

La APUESTA del
MILLONARIO

Serie Pecados de Savannah

MAYA R. STONE

LA APUESTA DEL
MILLONARIO

PECADOS DE SAVANNAH 1

Maya R. Stone

©Todos los derechos reservados

UNO
DOS
TRES
CUATRO.
CINCO.
SEIS.
SIETE
OCHO.
NUEVE
DIEZ.
ONCE
DOCE.
TRECE.
CATORCE.
QUINCE.
DIECISÉIS
DIECISIETE.
DIECIOCHO
DIECINUEVE.
VEINTE.
VEINTIUNO..
VEINTIDÓS.
VEINTITRES.
VEINTICUATRO.
VEINTICINCO.
VEINTISÉIS.
VEINTISIETE.
VEINTIOCHO.
VEINTINUEVE.
TREINTA.
DESENLACE.

UNO.

—¿Old Fashioned o Mint Julep?

Beau señaló la botella del bourbon añejo y el mozo se apuró a servir la bebida.

—Ah, nada como una clásica fiesta para elevar el ánimo—dijo su hermano Harrison—. Estas tostaditas de cangrejo están para morirse, y lo mismo los Hush Puppies de langosta. Aflojate, deja esa postura envarada, no estás presidiendo una junta—instó, y dio un largo sorbo a su burbujeante champán con melocotón.

Beau ensayó una sonrisa mientras pensaba en el gentil carácter de su hermano, el menor de los varones, que disfrutaba de los placeres de la riqueza sin cuestionarse. Comida, bebida, sexo, viajes, lo que se nombrase que fuese sofisticado y caro, Harrison iba por eso. Trabajaba como una máquina también, por cierto, así que bien ganado lo tenía.

Le envidiaba la capacidad de dejarse llevar por las circunstancias sin sentirse culpable. Algo que sí le ocurría a Beau, que no podía dejar las cosas fluir, sino que establecía dicho flujo, su necesidad de estar en control una constante.

Gajes de su posición como el primer heredero de la familia, el que debía velar por la continuidad del legado. Este argumento se desvanecía al pensar que su padre y abuelo habían estado en sus zapatos y tenían una postura más relajada.

Aunque, en defensa de Beau, sus predecesores tenían mujeres excepcionales a su lado. Su madre Eleanor era un puntal en la casa y en los negocios para Horace, su padre. Y su abuela, sin intervenir jamás en la parte económica, había regentado las propiedades con mano de hierro. Aún lo hacían. Beau estaba solo. Solo y muy bien así, argumentaba su mente.

—Buen bourbon, sí, señor—dijo, apreciando el sabor de la bebida y cediendo a la tentación de probar unas mini galletitas rellenas de jamón curado y con un toque de mermelada de durazno que eran típicas de la región, donde lo dulce y salado se mezclaba sin culpas.

—Eliza se ha lucido con la organización—dijo, mirando en derredor, y Harrison asintió.

—Nuestra hermana y socialité favorita es muy buena cuando enfoca su interés.

Sí, ese era el asunto con la menor de las Montgomery Beaumont. Eliza era mimada, porfiada y tenía mucho tiempo libre, y su interés fluctuaba de proyecto en proyecto.

El suave tintineo de los cubiertos y las conversaciones llenaban el gran comedor de la mansión. Las arañas de cristales lanzaban destellos iridiscentes sobre la larga mesa de caoba iluminando los lugares dispuestos a la perfección y las superficies de maderas y mármoles pulidos que hablaban de generaciones de riqueza.

La moderna finca se ubicaba en el mismo predio que la casa tradicional de los Beaumont, la familia materna de Beau y sus cuatro hermanos. Este era el primogénito de Horace Montgomery y Eleanor Beaumont.

Estos habían criado a Beau y sus hermanos Rhett y Daphne en el hogar original de los Beaumont, donde Ambrose y Clara, sus abuelos, reinaban (más la primera que el segundo, en realidad).

Pero cuando la prole aumentó, se hizo necesario mudarse. La abuela Clara y la tía Lucille eran celosas de sus espacios y objetos, y tantos niños... Era problemático, por lo que la construcción de la mansión, espléndida y moderna, trajo más privacidad para todos, y dio más libertad a los hermanos.

Ambrose obsequió la tierra y sacrificó parte del bosque para la construcción, una concesión que le permitió tener cerca a sus nietos. Eleanor y Horace no pusieron reparos ya que esto solucionó el asunto del cuidado de los niños mientras ellos trabajaban.

Así que los Montgomery Beaumont, hoy hombres y mujeres en sus treinta y finales de los veinte, crecieron entre las dos mansiones, mimados y protegidos por sus abuelos y tíos. Ambrose y su esposa Clara eran muy tradicionales y envarados, excepto cuando se trataba de sus nietos.

Las tías Lucille y Augusta, tan distintas como eran, les deleitaron y ayudaron, en el caso de la primera sofocándoles un tanto con su pesimismo y rigidez, y la segunda dejándoles ser. El tío Cornelious, el soltero eterno, jugador y esquivo al trabajo, era divertido.

La suya había sido una infancia y adolescencia feliz, aunque al final de esta las presiones por tener un lugar preponderante entre los hijos de la élite local comenzaron a ser ostensibles, en especial para Beau, del que se esperaba que tomara el control de las empresas de la familia.

Y así lo había hecho, luego de éxitos sucesivos en sus estudios, llegando a ser un graduado con honores en Negocios Internacionales, título que lo había proyectado como el CEO del imperio comercial y financiero familiar.

Hoy era un hombre exitoso, respetado. Debería sentirse en la cima, a gusto con su lugar en el mundo. Debería sentir... algo. Satisfacción, orgullo, calma. Nada de eso le embargaba, para su disgusto.

Sí vacío, uno que había comenzado a ser su enemigo en el pasado año. Esa sensación de que nada era suficiente, de que lo que tenía, y era mucho, no le llenaba. No alcanzaba, y esto traía desasosiego.

Esta noche no era diferente, y le encontraba parado frente a un gran ventanal, observando cómo los rayos de sol de la tarde se filtraban a través del musgo español colgante en los antiguos robles.

No es vacío lo que siento, reflexionó, levantando su vaso y tomando un sorbo largo. Tedio, eso le llenaba. La sensación lo había acompañado durante meses y se había hecho cómoda en su pecho.

La tranquila perfección de la habitación, las conversaciones medidas a su alrededor por parte de lo más granado de Savannah, Georgia, el lujo de la vestimenta y la joyería, todo le resultaba sofocante.

Harrison le dejó para hablar con unos amigos. A unos quince metros su hermana Daphne hablaba con animación acerca de una próxima gala de caridad, mientras Rhett revisaba su teléfono con claro interés.

El jodido tenía siempre algún ligue a la espera y se las arreglaba para escurrirse cuando los ojos de su madre o tías no se ocupaban de él.

Su padre rio alto, sin medirse, y los que le rodeaban, más compuestos, no se inmutaron. Horace había llegado a Savannah desde el norte, Pittsburgh, y su condición de norteño le complicó las cosas al inicio, pero la aceptación e integración vino con su matrimonio con Eleanor.

Las décadas no habían pulido su crianza distinta, y era un soplo fresco para Beau, que le adoraba. Siempre podía confiar en su sencillez y practicidad cuando necesitaba consejo, aunque esto no quitaba presión sobre él, porque su padre también era un perfeccionista competitivo, y esos rasgos se los había heredado.

—Señor, ¿desea un canapé?

Asintió y tomó una ostra de la bandeja, degustándola con fruición mientras se instaba a dejar la ventana y socializar. Miró a un lado y otro, buscando algún círculo donde la conversación no fuese mortalmente aburrida. Un pinchazo en su costado le sobresaltó.

Rhett le había tomado por sorpresa, y como el eterno adolescente que era, había usado un palillo para molestarle. Lo fulminó con la mirada.

—Pareces aburrido, Beau. No imagino por qué—dijo Rhett, con una sonrisa burlona en los labios—. ¿Qué te pasa? ¿Qué pensamientos rondan en esa gran cabeza tuya?

Beau se encogió de hombros y mantuvo su rostro impertérrito. Si su hermano le veía dudar o adivinaba su predicamento, estaría fascinado. No porque le deseara mal, lejos de eso.

Rhett se consideraba el encargado de *hacerlo vivir un poco, de sensibilizarlo, de mantenerlo humano*, así le solía decir.

—Estoy bien—gruñó.

—¿De verdad? Pues avísale a tu rostro, gilipollas—Rhett se movió unos metros para sentarse en uno de los sillones, y como había alzado su voz, Beau le siguió. No necesitaba atraer la atención de nadie—. Estás con la misma cara que tiene un deudo en un cortejo fúnebre. Peor que la de habitual, aunque en general esa es por agotamiento—. Suspiró, y movió su cabeza—. Beau, hermano, necesitas descanso, y un poco de emoción en tu vida.

—Estoy seguro de que tu versión de emoción no es lo que necesito—contestó—. No tengo deseos de romperme la crisma escalando alguna montaña o de viajar por el mundo con mi

mochila como única compañía.

Rhett resopló. Había probado ambas cosas, sin romperse la cabeza por fortuna. Había hecho eso y mucho más. Rhett sonrió con amplitud. *El imprudente, la oveja negra de la familia.*

O eso solía decir la tía Lucille. Beau no ignoraba lo gran trabajador e inteligente que era su hermano. Solo que condimentaba la labor con escapadas a lo que le excitaba o llamaba, en general deportes de riesgo.

—Tal vez no necesitas mi tipo de aventura, pero no puedes seguir viviendo así, hermano. Tienes treinta y cinco, no te haces más joven.

—Gracias por recordarlo—ironizó Beau.

—Has estado saliendo con el mismo tipo de mujeres desde los veintiuno. ¡No me digas que realmente consideras asentarte con una de esas princesitas de Savannah.! Sí, lo sé, es lo *adecuado* y la tía Lucille y mamá lo ven bien. Después del fiasco de tu noviecita...

—Deja eso, Rhett, no vayas ahí—advirtió.

Más de quince años y todavía le dolía el desenlace con la adorable Emily. Uno que él propició, claro. Sacudió la memoria y se ancló en el presente.

—Rhett, deja a tu hermano, querido—la voz de su madre les interrumpió, y Beau agradeció la ayuda.

Le sonrió. Eleanor era una belleza madura, o eso decían los periódicos, y su vestido largo y negro y moño alto resaltaban su elegancia. Ella apretó su mano en un gesto cariñoso y de reafirmación.

—Beau, querido, deja el rincón y cambia la cara. Recorre un poco, charla con la gente.

—Mamá, déjalo, ¿no ves que está cansado?—dijo Rhett, y Beau coincidió, aunque no lo expresó.

—Un CEO y heredero tan rico de Savannah no muestra sus emociones, Rhett. Beau es fuerte y capaz, y este es un buen momento para dejarse apreciar por algunas de nuestras bellezas sureñas. Necesita una esposa que le quite peso de los hombros.

Joder, como si pudiera olvidar sus obligaciones cuando su madre se las recordaba con tanto tino. No podía mostrarse débil o desinteresado, él era la cara visible de los Montgomery Beaumont, y los negocios no quedaban constreñidos a las reuniones de oficina.

De hecho, mucho de estos se trazaban y concretaban en comidas y galas como esta. Tenía que guardarse su tedio y seguir. Suspiró en su fuero interno, reconociendo que, si no tenía paciencia para las reflexiones de Rhett, no podía contradecirle. Su vida sentimental era un asco.

No existía, para ser más exacto. Las bellezas a las que su madre se refería eran mujeres que vivían para las galas de caridad y los eventos sociales. Todas muy similares. Pulcras, elegantes y perfectas para el rol de esposa de un Montgomery. Y ninguna despertaba nada real en él.

—Madre, en unos minutos, te lo prometo.

Ella asintió y se retiró hacia donde su esposo la esperaba junto al magnate Carrington y su esposa. Beau colocó su vaso vacío en la bandeja del mozo que llegó y tomó uno nuevo, dando un largo sorbo para darse ánimos. Mas Rhett no había terminado.

—Me enfurece que no puedas decir nunca que no, Beau. No es justo.

—Rhett, ya deja...

—¿Sabes qué creo? Es porque no eres tan seguro como te muestras. Apuesto a que no podrías lidiar con alguien fuera de tu precioso mundo. Estás tan acostumbrado a estas perfectas damas sureñas, con sus perlas blancas y pedigríes, que no sabrías qué hacer con una mujer de verdad.

Beau miró a Rhett con una ceja levantada, muy molesto. ¿Qué decía este cateto?

—Bromeas, ¿no es así? ¿Qué cojones es *una mujer de verdad*?—Enfatizó la expresión con gestos de sus dedos—. ¿Una de esas que ligas, follas y dejas como quien descarta un pañuelo?

El rostro serio de Rhett le dijo que se había sobrepasado, pero que se jodiera. El cabrón le sacaba de las casillas. Cuando niño o adolescente solía caerle a hostias, pero no podía ahora.

La madurez traía compostura y, además, su hermano era fuerte como un toro, resultado de sus proezas al aire libre.

Beau no era un pusilánime. Con su metro ochenta y cinco de músculos contruidos en base a sesiones diarias de natación, correr y levantar pesas, era sólido, pero no tan ágil como Rhett.

—Tú sabes a qué me refiero—Rhett se inclinó hacia adelante, los ojos brillando—. Alguien que no sea de nuestro mundo. Sin fondo fiduciario, sin doble apellido. Alguien con verdaderas luchas diarias, con experiencia de vida *real*. No durarías ni cinco minutos con alguien así.

La mandíbula de Beau se tensó. A su hermano le encantaba provocarlo, pero esta noche, se sentía como más que una simple broma casual. Se sentía como un desafío.

—Crees que no puedo, ¿eh?

Rhett se encogió de hombros.

—No has tenido que hacerlo. Has vivido en esta burbuja, nuestra burbuja, donde todo llega en bandeja de plata. Ni siquiera sabes cómo es el mundo afuera de la torre desde la que das órdenes, Beau.

El comentario le pegó, y quedó en silencio, la tensión espesando el ambiente. Harrison vino a ellos con el ceño fruncido, intuyendo que algo pasaba y tal vez buscando incidir, siempre el mediador entre ellos.

—Lidio con el mundo real a diario, cabrón—masculló—. Empleados, emergencias,

dificultades...

—Las de un millonario. Te desafío a salir de tu círculo y cambiar de aire. Te apuesto a que no puedes con una mujer con luchas diarias. Anda, Beau, ¿o no te atreves?

—Rhett, no seas gilipollas—gruñó Harrison—. Beau tiene demasiado en su plato y ...

—Co, co, co, co, co—susurró Rhett, inclinándose hacia Beau y haciendo leves gestos de aleteo, lo que hizo que este inflara sus carrillos y viera rojo.

—Idiota de mierda, ¿qué tienes, cinco años? ¡De verdad, Rhett, no has crecido!

Quiso dejarlo pasar, pero el imbécil reía desafiante, y el brillo en sus ojos actuó como un paño rojo enfrente a un toro. Algo dentro de Beau cobró vida, y no era extraño. No podía rechazar un desafío, y Rhett lo sabía.

—¿Eso es un no?

—De acuerdo—dijo Beau—. Anda, cateto, dime los términos.

—No le hagas caso, sabes cómo es—indicó Harrison, pero los dados estaban echados, y él no se hacía atrás.

Rhett sonrió, muy probablemente saboreando una victoria que no tendría, se prometió Beau.

—Te reto a que conozcas a alguien de verdad. Una mujer que no sea una de tus pulcras novias de la alta sociedad. Sal, encuentra a una que no encaje en nuestro mundo y pasa tiempo con ella. Citas, declaraciones, el paquete completo.

Beau parpadeó, considerando la idea, su parte más racional sopesando el desafío y atemperando sus impulsos. Era ridículo. Lo último que necesitaba era enredarse en uno de los juegos de Rhett.

Pero, al fin y al cabo, ¿qué tenía que perder? El tedio que sentía lo había estado carcomiendo durante meses. Quizás un cambio de lo habitual no sería tan mala idea.

—¿Y cómo sugieres que haga eso?—preguntó Beau, mosqueado, pensando en todo lo que tenía que hacer. No tenía tiempo de buscar a esa mujer real.

La sonrisa de Rhett se ensanchó.

—Esa es la mejor parte, hermano. Estoy tan seguro de mi victoria que te haré las cosas sencillas. Escucha con atención. Hay una pequeña floristería en el distrito de Starland. Lila's Flores. La dueña, Lila... Ella no se parece en nada a las mujeres a las que estás acostumbrado. Nada de aires, nada de vestidos de diseñador. Lo más real que vas a encontrar, te lo digo.

—Una floristería—repitió Beau, incrédulo—. ¿Cómo conoces tú a una florista?

Rhett se encogió de hombros.

—Regalo flores a menudo, y es un bonito lugar. Conócela, habla con ella. Ve qué pasa.

Beau entrecerró sus ojos, y luego asintió. No sería difícil, supuso.

—¿Es uno de tus ligues? Porque no voy a ...

—Claro que no, zopenco—Rhett lo miró airado—. No haría eso.

Le creyó, por supuesto. Rhett no mentía, jamás.

—Está bien. Tenemos un reto. Prepárate para comerte tus palabras y para ser mi lacayo por un largo tiempo. Porque cuando gane vas a tener que hacer lo que diga, un mes.

—Acepto, estoy seguro de que vas a perder—Se frotó las manos, luciendo victorioso—. Esto va a ser divertido.

Beau no estaba seguro de eso, pero al menos sería diferente. Y tal vez, solo tal vez, lo sacaría de la asfixia que lo tenía incómodo y errático.

DOS.

Un cálido resplandor dorado iluminaba la oficina de Beau. La privilegiada posición del edificio ofrecía una vista panorámica de Savannah. su espacio de trabajo era amplio y lujoso, aunque en un sentido minimalista, decorado con muebles sólidos y elegantes, cada objeto en su lugar, proyectando la misma sobriedad y control que él ejercía en su vida.

Un par de sillones de cuero en color habano flanqueaban una mesa de cristal, y sobre su escritorio descansaban su computadora y una pequeña pila de documentos apilados a la perfección. El desorden no tenía cabida allí, y Beau sabía que bordeaba lo maniaco en eso, pero toda persona tenía sus defectos.

Beau había estado atendiendo emergentes toda la mañana, algunos de ellos pequeñeces que no deberían llegar a su escritorio, pero ¡aquí arribaban! Tal parecía que una parte de los ejecutivos contratados temían su ira y le hacían saber cada paso que daban. ¡Idiotas!

El ser atrevidos e ir por todo a la hora de negociar era la razón de contratarlos en primer lugar. *El problema eres tú y tu obsesiva necesidad de control, no dejas hacer su tarea a tus subordinados*, le había dicho Harrison.

¿Había razón en esas palabras? ¿Debía aflojar las riendas con las que dirigía el imperio? El sonido del teléfono le sacó de sus pensamientos, y arqueó una ceja cuando vio la identidad de quien llamaba.

—Montgomery, tenemos que hablar

La voz de David Langston, CEO de Harrington Global Ventures, sonó con una dureza que no tenía nada de gentileza profesional. Beau contuvo el deseo de mandarle a tomar por culo, como correspondía ante el tono de demanda del gilipollas. Empero, respondió calmado.

—David. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Qué puedes hacer? —replicó Langston, sarcástico—. Podrías empezar por explicarme cómo pretendes seguir adelante con el proyecto de los Hamptons después de que ofreciste menos de la mitad de lo que valen esos terrenos.

Beau mantuvo la calma, dejando que el silencio de su oficina contrastara con la impaciencia de la voz al otro lado de la línea.

—Creo que tienes la información equivocada, David. Mi oferta fue justa, basada en el valor actual de los terrenos, no en lo que piensas que valen.

—¿Justa? —Langston bufó, indignado—. He estado en este negocio el tiempo suficiente para saber que intentas obtener esos lotes a precio de remate. Esto no es un juego, Montgomery. Tenemos inversores que esperan retorno, y tú lo sabes.

Beau dejó caer la mirada sobre los documentos que cubrían su escritorio, tomando un bolígrafo, que hizo girar entre sus dedos.

—David, entiendo que estés acostumbrado a ofertas desproporcionadas, pero mis clientes valoran la integridad de sus inversiones. No van a pagar cifras infladas por terrenos costeros, aunque vengan con las mejores vistas al océano.

Hubo un silencio tenso, palpable, hasta que Langston respondió con sequedad:

—Entonces creo que no tenemos nada más que discutir—La amenaza era clara, y Beau la recibió como una brisa gélida—. Si no estás dispuesto a subir la oferta, Harrington Global se retira de la mesa de negociación. Ya hay otros interesados, créeme.

Beau mantuvo la compostura, pero sus dedos apretaron el bolígrafo con fuerza.

—Tú decides, David. Pero antes tomar una decisión drástica, considera esto: si Montgomery Beaumont toma esos terrenos, no solo aumentará el valor del área. También proveerá a su empresa de la oportunidad de participar en uno de los desarrollos más exclusivos de la costa este.

—¿Y si yo decido que no quiero "participar" en tu juego? —replicó Langston, frío.

Beau sonrió, aunque sabía que el ejecutivo no podía verlo. Este ida y vuelta lo energizaba, lo desafiaba, y eso le gustaba.

—Entonces perderás la oportunidad de tener tu nombre ligado al proyecto de lujo más codiciado de los Hamptons en los últimos años. ¿Estás seguro de que quieres ver a otro holding en ese lugar?

El silencio que siguió fue breve, pero cargado de resentimiento.

—Tienes suerte de que mis inversores sean exigentes con la exclusividad, Beaumont. Sube la oferta en un diez por ciento.

Beau dejó que la propuesta flotara un momento en el aire.

—Haré lo que esté a mi alcance, David. Pero recuerda: este fin de semana el negocio debe estar cerrado.

—Asegúrate de que ese “alcance” sea suficiente, o no verás nada.

Langston colgó abruptamente, y Beau sonrió. A pesar de la tensión que bañó el intercambio, Beau sentía la satisfacción de saber que tenía a Langston justo donde lo quería. Cero remordimientos de su parte por forzar la mano del otro CEO; en el tanque de tiburones ganaba el más letal, y ese era él.

Se reclinó en su silla, pensativo, dejando que el silencio llenara la estancia. Sorteados los temas del trabajo, volvía a su mente el desafío que Rhett le había lanzado. Esto daba vueltas en bucle en su cabeza desde la noche anterior.

Era una insensatez, sí, pero el cabrón de su hermano le conocía y se las arregló para joderlo con algo que no podía dejar pasar. Conquistar a alguien "real", fuera de su círculo de lujos y pretensiones, lo retó. Una mujer que no se viera impresionada por su apellido o su fortuna.

¡Cómo si eso fuese posible! El dinero era tanto un imán como un afrodisíaco, y si en sus veintes exprimió esto para ligar a diestra y siniestra, pronto se tornó viejo, previsible, incluso un gran problema.

¿Cómo creer, sin asomo de duda, que lo apreciaban y lo querían por sí mismo cuando tenía tantos millones como el mítico Rey Midas? Había desarrollado piel gruesa luego de algunas decepciones grandes en la espalda que no tenía ganas de recordar.

Por ello había decidido que socializar y follar dentro de su círculo, o con profesionales, era lo mejor. Uno sabía a qué atenerse, qué esperar, y quitaba la incertidumbre de la ecuación.

Sin embargo... Esto no lo llenaba, joder. Hacía meses que se sentía al borde, encerrado, como un felino preso en una jaula. No había excitación, entusiasmo, o aventura en ir a lo seguro.

Lo que Rhett proponía... Tenía su atractivo. Agregaba picante a sus días. El gilipollas creía que no lo haría, que se acojonaría y le dejaría ganar. *Ni en sueños*, pensó.

Aunque... ¿Valía la pena salir de su zona de confort para complacer a su hermano? ¿Para demostrarle a él, o a sí mismo, que podía atraer a una mujer sin las ventajas que siempre lo rodeaban?

Suspiró, observando su reflejo en el vidrio del ventanal. *¿Por qué la incertidumbre? Es simple, sí o no.* Era un hombre acostumbrado a tomar decisiones frías y calculadas, y no obstante, aquí estaba, dudando.

Wilma, su asistente personal, golpeó la puerta entreabierta y esperó a que le autorizara a entrar, con su habitual compostura. Le hizo un gesto y se acercó taconeando con energía. Esta mujer valía oro; resolvía su agenda, atendía los emergentes sin inmutarse, siempre a la altura, y le hacía la vida fácil en la oficina.

—Wilma, ¿qué tienes para mí?

—El señor Whitefford llamó para excusarse, no podrá asistir al almuerzo pactado. Su esposa enfermó, al parecer. Nada grave, pero él es cauto.

Sí, lo era, y un buen esposo, consideró. Eso quitaba de su mañana una reunión importante y larga.

—Bien. ¿Hay algo urgente que deba ver o revisar?

—Nada que no pueda esperar—respondió ella, adivinando sus intenciones de salir y torcer la rutina.

Beau mantuvo el silencio unos segundos, su mirada perdida en el horizonte, antes de responder con tono bajo y reservado.

—Tengo un asunto personal que atender. Tal vez salga en un rato.

Wilma asintió, aunque sus ojos mostraron una ligera sorpresa; no era común que él se retirara temprano, y menos que anunciara *asuntos personales*, pero como la asistente eficiente que era, no inquirió más.

Beau quedó a solas con sus pensamientos, los que condujeron a reafirmar su decisión de actuar fuera de su molde y ganar esa jodida apuesta. Arregló su corbata y abotonó el botón de su saco, y luego apretó el botón de su intercomunicador.

—Wilma, consígueme la dirección de un negocio. Lila's Flores.

—Por supuesto, señor Montgomery. Deme un minuto.

Esperó, su mirada en el móvil, leyendo mensajes de colegas, de su hermano Harrison recordándole su reunión en la noche, y de su hermana Daphne pidiéndole que asistiera a un evento que organizaba. No contestó a ninguno, porque su cabeza estaba a medias en el asunto.

—Señor, le envío la dirección a su teléfono, con la ubicación satelital.

—Gracias—dijo, y se dirigió a la salida, pasando adelante de ella y sonriéndole con brevedad, apurando el paso.

Su destino era el distrito de Starland. No había estado allí en años, y a medida que lo recorrió a bordo de su Bentley, se le reveló como territorio desconocido.

Desaparecieron las calles impecables bordeadas de mansiones históricas, reemplazadas por otras más estrechas flanqueados por coloridas tiendas, cafés y negocios.

El distrito era conocido por su ambiente artístico y bohemio, algo alejado del mundo al que él estaba acostumbrado.

Cuando el GPS le anunció que habían arribado al lugar de destino, Beau aminoró la marcha y se detuvo pasando unos metros el local de la floristería que Rhett le había indicado.

Lila's Flores decía el letrero simple sobre la puerta. La tienda era pequeña, con las ventanas llenas de macetas y ramos de flores en colores variados.

Miró alrededor, un tanto sorprendido por la calma de la calle, por la que iban y venían algunas personas a ritmo de paseo más que de labor, deteniéndose frente a los escaparates. Era un marcado contraste con el mundo acelerado y pulido en el que Beau solía moverse.

Se quedó en el coche un momento, observando la tienda, dudando. ¿Qué cojones estaba intentando hacer? Esto era ridículo, no iba con su persona. Para Rhett esto era un juego más para pasar el rato, y si Beau detestaba ceder y dejarse vencer en lo que fuese, esto empezaba a sentirse como un error.

Estás a tiempo, Beau. Enciende el coche y vete pitando de aquí. No perteneces en un lugar como este.

Sus dedos tamborilearon sobre el volante, sin decidirse. La voluntad de imponerse a Rhett era fuerte, también su curiosidad. ¿Por qué su hermano le había guiado a la dueña de este local? Debía haber algo especial con ella, porque Rhett no era de los que se impresionaba con facilidad.

La sutil atracción de lo desconocido le impedía marcharse. Con un suspiro resignado, abrió la puerta del coche y descendió. La brisa le trajo el aroma de las flores que flotaba en el

aire mientras se acercaba a la puerta de ingreso.

TRES.

El suave tintineo de una campana anunció su entrada. El interior de la tienda era una explosión de color. Flores de todo tipo cubrían la mayoría del espacio, llenándolo con una vibrante gama de tonos y aromas.

Era un local pequeño pero acogedor, iluminado de forma natural por la luz del sol entrando a raudales a través de dos grandes ventanas y reflejándose en los pétalos de rosas, lirios, margaritas y más.

A un lado del mostrador, atareada armando un ramo de follaje había una mujer. Lila, imaginó. No era probable que un negocio tan diminuto tuviese empleados que se devoraran parte de la ganancia.

Ella estaba de perfil, inclinada sobre el verde. Su cabello rubio estaba recogido en una cola de caballo del que se habían soltado algunos mechones que rozaban su cuello y mejillas mientras se movía.

Su mirada descendió. Ella vestía un sencillo delantal de mezclilla sobre una camisa verde y jeans gastados, y sus manos estaban manchadas de tierra. No había nada de artificio en la mujer distraída que trabajaba con concentración.

Nada de peinado arreglado con cuidado ni uñas manicuras, ni una gota de maquillaje o fragancia a perfume sofisticado. La vestimenta eran tan simple como casual. La que tenía enfrente era la antítesis de las mujeres a las que Beau estaba acostumbrado.

Entendió de inmediato por qué esta florista había captado la atención de Rhett, aunque fuera pasajera: ella poseía la gracia sencilla de alguien que se movía por el mundo en sus propios términos.

Cuando se dio la vuelta y pudo observar su rostro completo, Beau contuvo la respiración, impactado. Líneas suaves trazaban una belleza serena y natural; su piel parecía besada por el sol y algunas pecas salpicaban el puente de su nariz. Adorable.

Sus ojos color avellana, que parpadearon con sorpresa al verlo, estaban enmarcados por largas pestañas oscuras, y eran cálidos pero inquisitivos. Inteligentes.

Joder, pero ¡qué bonita era! No impactante en el sentido convencional, como las socialités de su mundo, mas había algo magnético en ella. Sus labios, sin rastro de labial, parecían dos pétalos rosa trazados con perfecto cincel, en especial en el arco de cupido. Labios que se curvaron en una sonrisa cálida de bienvenida para él.

Un pequeño colgante de plata alrededor de su cuello soltaba pequeños brillos al chocar con los rayos del sol y llegaba justo al inicio de su escote. Beau controló a sus ojos para que no siguieran el recorrido hacia sus caderas y piernas, volviendo en sí.

—Hola, bienvenido. ¿En qué puedo ayudarle?—preguntó, su voz suave.

Sus ojos se encontraron con los de él, limpios de todo lo que Beau solía ver en las mujeres que le observaban. No había interés, lujuria, cálculo, sino amabilidad. Ella no sabía quién era, no esperaba nada de él. Esto le calmó, le hizo sentir aliviado y cómodo

++++

Okay, la mañana acababa de mejorar de forma dramática, consideró Lila mientras procuraba mostrarse calma y profesional. Era difícil, porque... ¡Joder, qué maromo tan atractivo!

No era un habitual, y no solo de su floristería. Este hombre no era del vecindario, ni de los alrededores. Lo denunciaba su porte, su ropa, la manera en que se conducía.

—Hola, bienvenido, ¿en qué puedo ayudarle?

Él fijó en ella sus ojos de un azul extraño, hermoso. *Cobalto*, pensó, y se perdió en la intensidad de la mirada, que no era agresiva, pero sí demandante. El tipo de mirada de alguien acostumbrado a ser escuchado, a tener la atención de los demás sin necesidad de pedirla.

—Estoy buscando flores... Obviamente—dijo él, y giró, observando la mercadería.

—Claro... ¿Tiene algo especial en mente?

Él se encogió de hombros, y caminó un paso para acercarse a la zona donde estaban expuestas las más coloridas. Era muy alto, bastante más que ella, aunque la mayoría lo era. Su metro cincuenta y ocho no impresionaba a nadie.

Su vestimenta realzaba lo ancho de hombros y pecho, y sus piernas... *¡Ojos arriba, Lila, nada de miradas pervertidas sobre un cliente! Mm, ese traje debe costar varios cargamentos de orquídeas.* El corte, el tejido, el ajuste perfecto, la tela, todo era de una elegancia extrema y gritaba *soy muy, muy caro*.

El lujoso reloj de diseñador en su muñeca que destacó en su muñeca cuando él elevó su brazo para acomodar su cabello le confirmó que este era un hombre rico. Lila no sabía de marcas de relojes, pero era obvio que aquel, por su diseño y destellos sutiles, valía una pequeña fortuna. Era un símbolo del mundo de millonarios y celebridades.

Lila enderezó los hombros, consciente de la simplicidad de su atuendo: una camisola de algodón, muy cómoda y práctica para el trabajo, unos jeans que había comprado en descuento y un delantal cubierto de manchas de tierra.

¡No seas tonta, no te atrevas a sentirte mal por ser una trabajadora!

Su ropa reflejaba la vida que había construido tras salir de la trampa que había sido su matrimonio con su exmarido, un hombre que siempre la había hecho sentir inadecuada, insuficiente.

Se había prometido ir por la vida con la barbilla levantada y con orgullo de lo que era y hacía, y hoy no sería el día en que le daría cortedad ser una sobreviviente. Había aprendido a

estirar cada centavo y a vestirse con lo que podía permitirse.

Ahora, su negocio le iba bien; no podía pagarse extravagancias, pero vivía de su trabajo, y bien. Eso era suficiente. Por otro lado, si el contraste entre ellos era evidente, Lila imaginó que cualquier persona promedio se sentiría intimidada por este hombre. ¡Si parecía un modelo recortado de una revista de lujo!

Este era el segundo maromo que la hacía sentir así, joder. Hacía dos semanas había venido uno similar. *Y compró las flores más caras y dejó muy buena propina, así que tal vez tu negocio está creciendo, Lila, espabila y atiende con deferencia a tus clientes ricos que pueden traer más.*

En verdad era raro, porque los millonarios como ella suponía que era este, podían darse el lujo de hacer traer sus flores de París o de Malasia: lo había leído. Que estuviese en este distrito, en su florería...

Debía de quedarle de pasada en camino a algún sitio extravagante y consideró el regalar flores a último momento. O no era nada más que un gilipollas aparentando con ropas alquiladas. Todo podía ser.

—Rosas, creo. Eso es un clásico—él respondió entonces, con cierta vacilación en su elección, como si estuviera fuera de su elemento.

—Okay, tengo una selección de rosas muy bonita, pero... Si me dice qué mensaje buscar con ellas, tal vez podamos encontrar algo más... Adecuado—le dijo.

No tenía nada en contra de las rosas, las adoraba, pero eran un cliché, con franqueza. Claro, era la elección más común y segura, la que no implicaba ningún esfuerzo. Si fuese ella... Querría algo más significativo, individualizado.

—¿Adecuado?

—Todo depende del quién y para qué. Si busca un detalle personal, tal vez debería pensarlo un poco más—dijo, con una voz tan neutra como pudo.

—No imaginé que comprar flores fuese una decisión tan trascendental—le respondió con ironía obvia, sus labios distendiéndose en una semi sonrisa que la molestó.

—No, por supuesto—sonrió de vuelta, sin bajar sus ojos, e impuso la misma ironía de vuelta—. Es solo que las rosas son previsibles y carentes de originalidad... Pero es mi opinión, por supuesto.

Él la miró, sorprendido por sus palabras, y ella mantuvo su mirada, evaluándolo. No era hostil; había aprendido a contener las emociones tras años de tener que tratar con hombres de todo tipo, algunos bastante difíciles.

Había reconstruido su vida a partir de los escombros, y ahora su pequeñín, Henry, su floristería, y sus dos únicas amigas, Greta y Preston, eran suficientes para ella.

—Pero el cliente manda. ¿Desea algún color en particular?—agregó.

Él parpadeó, y Lila intuyó que no estaba acostumbrado a que le hablaran de ese modo. Sí, era seguro que la mayoría de la gente le sonreiría y le daría lo que pidiera sin pensarlo dos veces. Pero allí estaba ella, porfiada y parándose frente a su ironía, sin una pizca de duda

—Bueno, deduzco que tiene experiencia, así que voy a escucharla—señaló, serio, aunque había algo de guasa en la comisura elevada en el lado izquierdo.

Como si hiciera una inesperada concesión. *Gilipollas*.

—La tengo—dijo, seria.

—Dejaré que su sabiduría me guíe—Su voz rica en matices era agradable, muy masculina—. ¿Qué me recomienda? No estoy seguro de lo que quiero—admitió, recargándose en el mostrador de madera desgastada.

Mientras él la observaba, Lila se preguntó si notaría las pequeñas manchas de tierra en sus uñas o el desaliño de los mechones que se le escapaban de la coleta. Si lo hacía, no lo demostró. Al menos era gentil.

Colocó el ramo que estaba arreglando sobre el mostrador y se limpió las manos en su delantal.

—Está bien, veamos—dijo con un tono profesional, moviéndose hacia uno de los rincones donde había una variada y colorida exhibición de flores que hacía las veces de muestrario para indecisos—. ¿Son para una ocasión especial?—preguntó.

—No... No en verdad, son...—dudó un instante—. Quiero que sean un detalle cariñoso, una muestra para dos personas muy queridas—dijo.

Mmm. ¿Era este uno de esos casos en que el hombre compraba lo mismo para dos mujeres, la oficial y la querida? Le disgustó la idea, con profundidad, pero cuando él se acercó para colocarse a su lado, y el aroma exquisito de su colonia la invadió, la mente se le nubló un pelín.

Tenía que ser uno de esos perfumes que valían miles de dólares, de diseñador exclusivo, y joder, lo valía, porque a ella le enervó todo. Masculina, con toques de cuero, amaderada. Lila distinguía olores con facilidad, en especial si eran de flores, y había una mezcla ahí. ¿Geranio, además de lavanda? Como fuera, la combinación era deliciosa.

—Muy bien—dijo, aclarándose la garganta—. Le mostraré qué flores podrían funcionar muy bien.

CUATRO.

Le gustó el tono de desafío con el que la florista le devolvió la ironía. Tenía carácter y no se impresionaba con facilidad. Beau conocía hombres que se habrían amedrentado ante su tono semi beligerante.

Esto hacía las cosas más interesantes. No había querido sonar altanero, pero no entendía nada de flores, y le pareció idiota tanto protocolo, pero ¿qué sabía él de esto? Después de todo, estaba usando una excusa para conocerla.

Así que confrontado con la novedad de que había flores específicas que iban con ocasiones e intenciones, Beau titubeó. Podría inventar algo, hablar de un evento formal o una reunión de negocios, pero no le parecía que ella fuera de las personas que caía ante frases vacías o explicaciones superficiales.

Si iba a proceder con la seducción que la apuesta implicaba, no quería que ella se hiciese una impresión equivocada de él. Así que optó por lo sencillo: sus hermanas Daphne y Eliza estarían encantadas de recibir flores.

Un detalle para dos personas muy queridas, le dijo, y era real. Ella asintió, aunque se puso un poco más seria, y se acercó a las flores del rincón más alejado, adonde la siguió Beau.

—Mis hermanas—aclaró, y sus ojos fueron a su escote.

Ella se había agachado y la blusa amplia dejó entrever el inicio de unos senos llenos y de dorada piel que le hizo la boca agua. Joder. Él era un hombre de pechos, y estos... La muestra ante sus ojos, muy breve, era prometedora.

—Oh, eso es muy dulce—dijo ella, y le sonrió, mirándolo con aprobación mientras lidiaba con algunas de las flores, eligiéndolas con delicadeza—. Bien, ¿qué diría es lo que más les gusta? ¿Un ramo alegre y colorido, un poco caótico? ¿Uno más delicado y en tonos suaves? ¿O prefieren algo más exótico?

Consideró lo que le decía, sin mayor profundidad. Sus ojos se empecinaban en valorarla, y lo que menos le interesaban eran las flores, pero para ella este era un asunto serio, y no podía cometer la tontería de desestimarla.

No se le había ocurrido que había tanto pensamiento detrás de los arreglos florales que adornaban las estancias de la mansión. Su madre adoraba las plantas y las habitaciones siempre tenían jarrones, motas de color y fragancia en las estancias que él había dado por sentado. Ahora resultaba que esto tenía códigos.

—Una de mis hermanas es más tranquila, ordenada. La otra es propensa a la espontaneidad y le gustan los colores fuertes.

Al menos Eliza era así con su ropa y sus autos. Daphne era más sobria, menos

rimbombante. La florista... *Lila*, dijo su cabeza, asintió con un aire reflexivo, evaluando la información.

—Bueno, los tulipanes son elegantes y duran mucho, además de que los colores son bellos y se puede armar un ramo en tonos contrastantes—Le mostró amarillos, morados, rosas y blancos—. Más simple, pero igual de bonitas, son las margaritas y gerberas. Estas hacen sonreír a la gente—le dijo, ella misma con una gran sonrisa mientras le mostraba las mencionadas—. Su decisión.

Después de un momento, Beau asintió.

—No lo voy a pensar más, creo que ha dado en el clavo. Llevaré un ramo de doce tulipanes en rosa, amarillo y rojos, y otro con gerberas y margaritas—dijo—. Los dos en similares tamaños, no quiero que mis hermanas se pongan celosas.

Ella rio.

—Seguro—dijo, y procedió a seleccionar las flores con habilidad.

La observó colocar todo sobre el mostrador, y recortar los tallos para disponer las flores en un diseño agradable, agregando follaje y cintas. En menos de cinco minutos tenía los dos ramos listos, y se los ofreció con una sonrisa que denotaba satisfacción.

—¿Desea tarjetas para escribir algún mensaje?

—No, se los diré en persona. Son hermosos, estarán felices.

—Queremos que aquellos a los que amamos estén felices ¿no es así?—sonrió ella y le indicó el dispositivo para que pasara su tarjeta y abonara—. Nada vale más que la familia contenta.

Él asintió y le extendió su tarjeta negra. Ella no había hecho el más mínimo gesto de sorpresa al tomarla, a pesar de que era el cliché de los millonarios. Y la frase final se lo dijo todo: no estaba impresionada.

Eso acicateó su interés, ya incentivado por su figura, su naturalidad y la diferencia con las mujeres de su mundo. Había calma en ella, autenticidad. Sin pretensiones, sin prisas, como si cada momento en esa pequeña floristería tuviera un propósito, y una paz que a él le era ajena.

—La familia lo es todo—contestó, afirmando, sus brazos llenos con los ramos, su propósito aquí cumplido, o al menos, el exterior.

Se resistía a irse sin más, empero. Su habitual capacidad práctica o la fluidez de su discurso parecían perdidas, lamentablemente, y los segundos pasaron. Se sintió torpe, y la sensación no le gustó.

—A mi madre le gustan muchísimo las flores, tal vez ha venido alguna vez aquí.

No era probable, lo sabía, pero...

—Podría ser, aunque... No es de por aquí, ¿verdad?—preguntó Lila.

La pregunta no denotó mayor curiosidad; era más bien una afirmación tranquila, como

si ya hubiera adivinado la respuesta desde el momento en que él cruzó la puerta.

—Pues no, ¿qué me denunció?

—¿Qué no lo hizo?—sonrió con deleite, y unos adorables hoyuelos se formaron en sus mejillas—. Todo usted. El traje, el reloj, la impaciencia.

—En verdad sí soy de Savannah. Mi familia ha vivido aquí por generaciones. Esta zona de la ciudad, sin embargo... No me muevo aquí de habitual.

—Pues es una suerte que decidiera visitarnos hoy. De seguro hay locales más grandes y con mayor oferta de flores por donde usted vive—agregó.

—Puede ser, confieso que es la primera vez que entro a una floristería en mi vida.

Ella le miró con sorpresa y elevó una ceja.

—Eso es triste. Pocas cosas alegran más un hogar o dicen algo con más contundencia que las flores.

—Considéreme educado al respecto—le dijo, y sonrió, imponiendo su lado más seductor a su sonrisa.

Sí, estaba decidido. Lila tenía su atención y su interés.

—Soy Beau—dijo, y dejó uno de los ramos en el mostrador para extender su brazo. Ella parpadeó y luego le estrechó la mano. Sus dedos, pequeños, algo callosos, de mujer de trabajo, se perdieron envueltos por la mano del millonario—. Beau Montgomery.

—Lila Green.

—Yo no soy del vecindario, y tú no eres de Georgia, o del sur—la tuteó—. De alguna región del norte—le dijo, mirándola con atención, sin soltar todavía su mano, apostando a ganar tanta información personal como pudiera.

Ella recuperó su mano, y luego se movió para poner el mostrador entre medio de ambos.

—El acento no miente, ¿eh?

—Así es. El de mi padre todavía es fuerte, a pesar de que hace más de treinta años que vive aquí.

—Soy de Nueva York.

—Okay, Lila de Nueva York, gracias por tu ayuda con esto—sonrió y tomó los ramos—. Nos veremos alguna otra vez, con seguridad.

—Espero que tus hermanas estén satisfechas—dijo ella, tuteándolo de vuelta—. Con seguridad apreciarán el gesto.

Beau la miró unos segundos más de lo necesario, tentado por hablar más y acelerar el proceso, pero tenía que ser inteligente y pensar cómo quería abordar esto, sin impaciencia.

—Gracias—murmuró al final, asintiendo.

Mientras salía de la tienda, el tintineo de la campana anunciando su partida, se sintió invadido por una extraña satisfacción. Consideraría esta como una avanzada de la que sería una

excitante aventura, tal vez el comienzo de un lígúe inesperado y refrescante, que además le permitiría lograr que Rhett mordiera el polvo.

CINCO.

Colocó los ramos en el asiento trasero de su Bentley y condujo con calma hacia la mansión. Eliza y Daphne de seguro estarían allá, la primera tal vez levantándose, la otra en su tercer café. Si ambas tenían departamentos, era habitual que prefiriesen almorzar con su madre, que les resolvía el tema alimentación sin problemas.

Lo interpretaría como una muestra de semi dependencia preocupante de no ser porque sabía que a ambas les iba bien en sus emprendimientos. El que la mayor se encargase de gestionar los fondos que el conglomerado dedicaba a obras benéficas era lógico considerando que había estado inmersa en cruzadas solidarias desde adolescente.

Eliza usaba el dinero familiar de manera menos prosaica, aunque en el último año sus diseños habían ganado notoriedad y ella se entusiasmaba cada vez más. Beau creía que pronto se cansaría de viajar y tomarse fotos para sus redes y se abocaría a ser una diseñadora a tiempo completo.

La construcción con columnas clásicas apareció al frente apenas traspuso la elaborada reja de ingreso al parque que era mantenido por un equipo de jardineros. La grava sonó debajo de las llantas de su vehículo cuando maniobró para estacionar en el espacio destinado a ese fin en el ala sur.

Tomó los ramos y caminó sin prisa, saludando al personal que trabajaba en la limpieza de la piscina, que bordeó para ingresar al interior de la mansión por una de las entradas secundarias.

Se dirigió con pasos decididos a la biblioteca, seguro de que allí encontraría a Daphne, que tenía en el lugar un pequeño escritorio junto a una ventana. No se equivocó: estaba leyendo un libro mientras tomaba té. Dos de las tres actividades que su hermana adoraba: leer, beber té dulce frío, y organizar eventos de caridad.

Estaba embebida en su libro, y Beauladeó su cabeza para leer la portada. Sí, era una de esas novelas de asesinos en serie que le fascinaban. Harrison solía bromear con que la dulce Daphne tenía una veta morbosa y peligrosa, y que era preocupante que supiera tanto de asesinatos.

Solían reír con eso, estableciendo que cuando alguno de ellos matara a Rhett, podrían salirse con la suya y evitar la condena. Dichos como este, y algunos peores gritados al calor de discusiones y peleas—menos usuales ahora que eran adultos—nunca lograron que Rhett dejara de ser un molesto cabrón cuando quería.

—Daphne—llamó su atención al acercarse, y ella miró con sobresalto, para luego fruncir el ceño.

—¿Flores? ¿Qué hiciste? ¿A quién debes reconquistar?—preguntó, dejando el libro, curiosa.

—No hice nada, sabes que soy la corrección hecha persona. Son para ti. Decidí que debía agasajar a mis hermanas.

Le extendió el ramo de margaritas y gerberas que había elegido, y se complació en la sorpresa en la faz de Daphne, que tomó el ramo y sin perder un segundo, hundió la nariz en las flores, aspirando su fragancia. Su expresión era de puro deleite.

—¡Son preciosas! No tenías que molestarte, pero... me encantan. Gracias—Le lanzó una mirada de gratitud—. Se verán divinas en mi loft. Escucha, estaba pensando en ti hace un rato. No me contestaste con claridad en relación al remate de solteros para recaudar fondos. Será para la conservación del río Savannah—explicó, con una sonrisa de satisfacción—. Necesitamos caras conocidas para atraer más donaciones, ya sabes... No puedo imaginar cuántas mujeres abrirán sus chequeras para acceder a una cena contigo, hermanito.

Beau arqueó una ceja, divertido, pero sin comprometerse.

—Lo pensaré. No soy el tipo de persona que se deja subastar.

Daphne soltó una risa ligera y le dio un suave golpe en el brazo.

—Oh, claro que no... Pero esto es una excepción, y es por una buena causa, Beau. El río es vital para nuestra ciudad, y su salud es la de todos. Piénsalo.

Él le sonrió y asintió, sin comprometerse de manera concreta. Ya vería. Por ahora, se quedaba con la satisfacción de haber puesto esa expresión de alegría en la faz de Daphne.

A continuación, se dirigió hacia la sala de estar, donde encontró a Eliza relajada en el sillón de terciopelo crema, con su móvil en la mano, mientras hojeaba las redes sociales. Al verlo con el ramo de tulipanes, su mirada se iluminó con sorpresa.

—¿Eso para quién es? —preguntó, alzando la mano para señalar las flores—. ¿Tienes una novia de la que no sé nada?

Su sonrisa era intrigada. Se preciaba de estar al día con el cotilleo de la alta sociedad.

—No hay novia, tranquila. Nada ha escapado a tu radar. Son para ti

Eliza se enderezó rápido y se incorporó, tomando las flores y pasando su mano sobre los pétalos suavísimos.

—¡Qué belleza! Perfectamente dispuestas, y los colores son tan vivos. Gracias. Alegrarán la sala—Hizo un gesto hacia una de las criadas que pasaba en ese momento—. Por favor, ponlas en un jarrón—pidió, antes de volver a mirar a Beau—. Gracias, hermano. Son realmente bonitas.

—Nada que agradecer. ¿Qué planes tienes? Contigo siempre hay uno.

—No te equivocas—sonrió—. Viajaré a Bahamas la semana que viene. Esperaba poder usar el avión, si no hay problema.

—No lo hay.

—Voy con algunas amigas. Vamos a hacer una sesión de fotos para las redes sociales, ya sabes... algo veraniego y atractivo. Con mis nuevos diseños.

—No hay nada pautado con el avión, claro que puedes usarlo, aunque nada de vuelos espontáneos a Europa, como la vez pasada. Sabes que los negocios de la familia son la prioridad. Y me alegro de que al menos uses a tus amigas como modelos.

—¡Beau, no seas así! Son buenas amigas, nos divertimos.

—Mmm, sí, sí.

El dinero atraía muchos amigos, su hermana no diferenciaba entre los reales y los ficticios, pero esa era una lección que le daría la vida, no él.

Ella asintió.

—Y sobre aquel viaje, ¿no puedes culparme! París estaba en oferta, no podía perderme la oportunidad.

Suspiró y meneó su cabeza. La menor era consentida y tenía a su padre envuelto en su meñique, aunque... Suponía que así era también con él y sus hermanos. Eliza era una cabecita floja que vivía en las nubes.

La diferencia entre sus dos hermanas era grande. Daphne era idealista, solidaria y creativa; Eliza, en cambio, se movía en un mundo más superficial y calculado, donde la imagen lo era todo. Nada de esto quitaba que era dulce y adorable.

Tras dejar las flores en manos de sus hermanas, Beau fue hasta el despacho en la mansión, desde donde llamó a su asistente.

—Wilma, necesito que me recuerdes los compromisos de los próximos dos días.

La profesional, eficiente, no dudó:

—Tiene tres reuniones con inversionistas: la primera de ellas mañana, a las nueve, y luego otra a las once. El día siguiente es la junta con el equipo ejecutivo, a las cuatro. Hay una videoconferencia con Japón programada para las seis.

Beau hizo una pausa, considerando la información. La agenda estaba completa, y cada reunión y junta requería largas horas de preparación. Esto se repetía en bucle semana a semana.

—A partir de la próxima semana, quiero que organices las reuniones de manera distinta, Wilma. Una por día, a lo sumo. Necesito reducir el ritmo. Y... —dudó por un instante antes de continuar—. Asegúrate de dejar mi agenda libre luego de las 17. Hablaré con Harrison y con el resto de la junta para agilizar la contratación del COO.

La renuncia del anterior jefe de operaciones de la oficina había dejado un gran hueco que él había ido cubriendo, pero estaba llegando al final de su cuerda, y sus planes inmediatos requerían tiempo. La vida no era solo trabajo, su padre siempre se lo había dicho.

—Entendido, señor Montgomery. Haré los ajustes necesarios.

Terminada la llamada fue a la cocina y pidió que le prepararan el almuerzo y se lo llevaran al jardín interno, donde dio cuenta del mismo mientras leía sus correos. Wilma filtraba lo que no era urgente, pero aun así era ingente la cantidad de solicitudes, propuestas y ofertas que le llegaban y necesitaban ser respondidas.

Luego de un rato que invirtió en charlar con su madre y saludar a su abuelo en la mansión contigua, regresó a su oficina, donde pasó cinco largas horas. El bastardo de Langston había cedido, pero no antes de lograr una mejora del ocho por ciento en la oferta por los terrenos.

A esto se sumaba la seguridad de que sus empresas de construcción estarían vinculadas con el mega proyecto de construcción de mansiones en la tan codiciada zona de los Hamptons.

De todas maneras, el negocio global era muy beneficioso para los Montgomery Beaumont, mucho. Las ganancias se contarían en decenas de millones. Era su proyecto estrella del trienio, y le satisfacía haber saldado la primer parte con éxito.

Harrison y Rhett ya le habían felicitado e invitado a festejar, pero estaba demasiado agotado para ello. Lo único que deseaba ahora mismo era estar en su refugio en el centro de Savannah.

SEIS.

Entrar en su apartamento siempre le daba una sensación de control y calma; era un espacio diseñado a su medida, con cada detalle escogido por él mismo. El amplio salón de paredes gris claro y ventanales de piso a techo ofrecía una vista impresionante del horizonte de la ciudad.

Los muebles eran modernos, de líneas rectas, y en el centro de la sala, una mesa de mármol italiano reflejaba el estilo sobrio y sofisticado que lo caracterizaba.

Desabotonó la chaqueta del traje y luego la corbata, sintiendo una liberación inmediata. Cruzó el salón en dirección a su dormitorio, donde una cama King-size lo esperaba, vestida con sábanas oscuras de algodón egipcio y un edredón gris perla.

A un lado, el vestidor, un espacio amplio con una colección de trajes de diseñador y zapatos organizados, reflejando el orden y la precisión que también aplicaba a su vida profesional.

Se dirigió al baño. El mármol blanco cubría las paredes y el suelo, y una ducha con paredes de vidrio ocupaba gran parte del espacio, junto a una bañera de diseño moderno. Las toallas estaban listas sobre una repisa, y el aroma a sándalo flotaba en el aire, un toque de lujo que le daba el ambiente de un spa personal.

Se desvistió y entró en la ducha, dejando que el agua caliente cayera sobre sus hombros, relajando los músculos tensos después de un largo día. Mientras el agua corría, permitió que sus pensamientos volvieran a la florista.

Algo en ella, en su mirada honesta y desafiante, lo había intrigado y atraído. Parecía auténtica en cada gesto, sin pretensiones ni falsedades. Eso era refrescante, a lo menos. Y su cuerpo... Un snack delicioso que no le importaría devorar una y otra vez, vaya que sí.

La ropa no le había hecho justicia, la blusa demasiado amplia, los zapatos sensatos y cómodos, chatos, de trabajo. Pero él había apreciado con deleite lo rotundo de sus curvas, lo tonificado de sus brazos y piernas, el trasero abrazado por esos jeans. Sí, su interés y entusiasmo se mantenían.

Salió de la ducha, se secó y se puso una bata de seda gris. Luego, fue a la cocina, donde su chef personal le había dejado una cena ligera y sofisticada: una ensalada de rúcula con queso de cabra, nueces y peras caramelizadas, acompañada de un filete de salmón cocido a la perfección.

Cada bocado era un deleite, una mezcla de sabores delicados que lo relajaban mientras comía en silencio, contemplando la vista nocturna de Savannah. Mientras terminaba la cena, una sonrisa apenas perceptible cruzó su rostro.

Estaba comenzando a sentir que este nuevo interés, este pequeño desafío, era justo lo que necesitaba. La florista había despertado en él una curiosidad inesperada, y estaba dispuesto a darle tiempo y espacio en su vida.

Se dirigió al sitio donde tenía instalada la televisión y el sistema de audio, y buscó algo para matar el tiempo mientras esperaba la compañía. El sonido del timbre llegó con precisión suiza, el habitual de los martes a la noche. Su cita estaba aquí.

Allanó la entrada a una bella castaña que olía de maravilla, maquillada a la perfección, sin parecer barata, y con un peinado de estilista caro. Su vestido era de diseñador y la envolvía con fineza, destacando sus atractivos de manera inteligente.

Su polla tomó interés de inmediato, sabedora de que en minutos habría fiesta y estaba invitada. Beau sonrió como un maníaco ante el pensamiento idiota.

—Bienvenida...

—Ruth—sonrió ella, distendiendo su pintada boca en una sonrisa que era puro sexo, y llevó calor a la entrepierna de Beau, de pronto tiesa como un poste.

—Ruth, un placer. Adelante, ponte cómoda. ¿Algo de beber?

No habría más que gaseosa o agua a disposición. Nada de alcohol o drogas en el proceso de conseguir la excitación o generar ambiente. Esto era limpio, una necesidad física que él adoraba satisfacer, y lo hacía sin problemas, pero sin caer en comportamientos depravados o insalubres. Su cuerpo era su templo, y la indulgencia tenía sus límites.

—Solo agua—dijo ella, y caminó bamboleando sus caderas de la manera más tentadora.

Beau sonrió y palmeó su erección sin cuidado. No necesitaba sutilezas con esta mujer, ni con las otras que la agencia enviaba. Eran profesionales del sexo, mujeres finas y hermosas que tenían como trabajo proveer placer a hombres como él, que no tenían tiempo para el romance y las citas, y cuyos gustos eran variados y, en algún sentido, no tradicionales.

No es que Beau fuera un perverso, o siquiera interesado en el mundo del sadomasoquismo o voyerismo, pero lo cierto era que le gustaba el control en el trabajo y también en la cama. Nada extremo, lo necesario para agregar picante a una velada de cuerpos enredados.

—Aquí tienes—le entregó un vaso con agua y ella bebió un sorbo, haciendo a un lado su bolso y quitándose el tapado.

Beau deslizó su mirada por el escote generoso que dejaba ver la mitad superior de sus senos y bajó hasta las piernas, apreciables desde medio muslo hacia abajo. Torneadas, enfundadas en zapatos muy altos.

Ella movió su cabello, una melena espesa que se desplegó sobre sus hombros y espalda, y pasó su lengua por su labio inferior con lentitud, sin quitarle los ojos de encima.

—Desnúdate—le ordenó, y ella se incorporó sin decir palabra alguna, la sonrisa acentuando su sensualidad, y sus manos fueron a la espalda, tras lo que hizo un mohín, y se

acercó, recostándose sin pudor contra el cuerpo de Beau.

Este tomó la cremallera y la bajó con calma, dejando que la tela se abriera y luego cayera a los pies de la mujer, que se dio la vuelta con las manos en las caderas. El conjunto de bragas y sostén en blanco resaltaba la piel bronceada y Beau no perdió el tiempo, acariciando los senos por encima de la finísima tela, y luego deslizando sus manos por los costados, llegando a sus glúteos, que masajeó y pellizcó, filtrando sus dedos para tocar su coño, ya húmedo y preparado, como era su demanda.

El ser un cliente preferencial y antiguo hacía que sus reglas estuviesen claras: quería a sus mujeres bellas, elegantes, vestidas para impactar, y preparadas en sus orificios. Su tiempo era limitado y no lo gastaría en excitar a una profesional que vivía de esto.

Sus dedos tocaron el tapón anal, y su deseo se multiplicó varias veces. Sin preocuparse por ser delicado o medido, sus manos estiraron la tela y rompieron las bragas. Una de las razones para que la tarifa fuese elevada era porque la lencería fina no era barata, pero era un subidón el comportarse como un Neandertal posesivo.

—Perfecto—murmuró—. ¿El control?—demandó, y ella hizo un gesto hacia su bolso, tras lo cual Beau la soltó y dejó que fuera hasta él y rebuscara para entregarle el pequeño mando.

—¿Cómo me quieres?—dijo ella, su voz miel pura y sus ojos intensos y a medio cerrar en una entusiasta puesta en escena que Beau aprobó.

—Sobre la mesa, en cuatro. No, no te quites los zapatos—indicó, y ella desistió del movimiento para quedar descalza y caminó hasta el robusto mueble que tenía la altura perfecta, y se colocó sobre sus manos y rodillas, mirando hacia él por encima del hombro.

Beau clavó sus ojos en el soberbio culo que se elevaba en el aire para él, adornado con la falsa piedra preciosa al final del tapón anal, y luego su mirada fue hacia la rosada vulva que brillaba, embadurnada de lubricante.

Desprendió el botón de su pantalón, bajó su cremallera, y caminó hacia ella. Su polla emergió enhiesta y dura como la roca madre, sin la constricción de la ropa interior, su glande húmedo.

Dio la vuelta a la que estaba en exposición y la apreció como lo haría con una regia escultura, sus instintos gritándole que la follara ya, en la habitual descarnada urgencia de un encuentro meramente sexual, vacío de otro estímulo que no fuera el vaciarse, el drenar sus testículos y satisfacer lo más primario.

Se colocó delante de la boca, que se abrió, lista y experta, y tomó su polla hasta la base, procediéndole a hacerle una fellatio que le puso a tope, y echó su cabeza atrás, vaciando su cabeza de cualquier pensamiento serio. Solo esa boca tibia envolviéndole y trabajando el largo de su miembro.

Sus caderas se movieron para ir tan hondo como fuese posible, y la mujer... Ruth, se

obligó a recordar, distendió su garganta. Luego de minutos maravillosos de sensaciones más que placenteras, se hizo atrás y dio la vuelta, no sin antes colocarse el condón.

Su polla se posicionó en la entrada de su coño, que penetró en una estocada, comenzando un ardoroso y potente ataque, cambiando el ángulo, sintiendo que su excitación crecía. Ella hizo algunos sonidos, no demasiados.

A Beau no le gustaba el teatro o la vocalización histérica de falso placer, así lo había establecido desde la vez primera. Esto era muy satisfactorio para él, que obtenía lo que quería, y vaya si quería correrse con este coño.

—¡Ah! Sí—susurró ella cuando él usó el mando para enviar vibraciones a su entrada trasera, y se retorció, curvando su espalda.

Beau se excitó más y redobló sus empujes, sus manos masajeando los senos, que colgaban, y pinchó sus pezones mientras sentía que la base de su polla y sus bolas se tensaban más y más.

La descarga final la realizó con fuertes empujes, su pelvis chocando con los glúteos firmes. Un graznido precedió a la liberación de semen y hormonas, el placer envolviéndole por unos segundos y dejándole liviano.

La mujer se sacudió y gimió, alcanzando también el orgasmo, a no dudar impelida por varias de sus zonas erógenas en plena excitación. Hizo un gesto de viril satisfacción, porque aunque no esperaba el goce de alguien que trabajaba de darlo a otros, era un empujón a su ego el obtenerlo.

Se retiró lento, y la ayudó a enderezarse, y luego ella fue al baño. No pasaron cinco minutos que estaba lista y perfecta sobre sus tacones otra vez, y con una sonrisa se despidió.

Un intercambio más que satisfactorio y en tiempo aceptable. Casi una operación de negocios. ¿Qué más daba? Beau estiró sus músculos y bostezó.

Estaba listo para descansar, drenado y satisfecho. Tocaba dormir. Mañana vería de seguir afinando sus ideas en relación a Lila Green.

SIETE.

Rhett: *¿Estás haciendo algo por ganar la apuesta, hermanito? Los días pasan y nada que sé de esto. Tal vez sería bueno establecer un plazo final, para hacerlo más interesante.*

Beau rodó sus ojos y dejó el móvil sobre su escritorio, girando su silla para mirar el horizonte que la ventana le ofrecía como un regalo. Savannah al amanecer era una vista que no le cansaba.

Había venido aquí muy temprano para conferenciar con un empresario en Tokio y ya iba en su segunda taza de café. Tenía una mañana larga por delante. El proyecto de los Hamptons había comenzado a rodar y eso le entusiasmaba, no importaba lo mucho que le tocara las pelotas la injerencia de Langston día sí y otro también con alguna perogrullada.

El cabrón no se resignaba a un papel secundario, y lo entendía, porque un CEO de su prestigio era irremediablemente alguien persistente y con agallas, pero no tenía tiempo para él.

Sus horas debían optimizarse más que nunca para dar lugar al plan de seducción que tenía a fin de ganarle a Rhett, y disfrutar en el proceso.

Beau: *Imaginé que estarías comiendo mendrugos y meditando en alguno de esos monasterios de Nepal.*

Sonrió. Rhett había partido con la intención de escalar una de las caras del Everest, algo que era su sueño desde muy joven, para horror de su madre y tías, que no habían cesado de mostrarle que la cima a la montaña era una trampa mortal y un camino de basura dejado por cientos de escaladores al año.

Nada de eso lo desestimuló. Beau suponía que aún no debía haber comenzado el ascenso, porque el mensaje mostraba que aún tenía señal suficiente para joderlo con sus mensajes.

Rhett: *Jajaja, qué chistoso. Pero no me has respondido. ¿Debo asumir que te retractaste y gané?*

Beau: *No, gilipollas. Tengo un plan en ejecución que hará que tenga a esa mujercita en mi lecho pronto. Pero lo haré a mi modo y sin plazos.*

Rhett: *Okay, Okay, es justo.*

Beau: *Ella tiene mi atención, como sabías que sería cuando la mencionaste, cabrón. Será un respiro interesante, y pretendo pasarla muy bien. Será bueno para ella también.*

Beau: *Estoy ocupado, no me molestes más con zarandajas.*

Beau: *Asegúrate de volver completo, cabrón.*

Rhett: *¡Ay, Beaucito, también te quiero!*

Jodido gilipollas, rezongó, pero sonrió con afecto. Se incorporó y bostezó, su mente comenzando a fijarse en su objetivo. La imagen de la bonita Lila vino a su cabeza.

Hoy volvería a la floristería. Lo había pensado bien y no daría marcha atrás. Quería saber más de ella, y probar que podía atravesar la pared de indiferencia con la que le había mirado. Quería ganar esa apuesta, pero no negaba que le empujaba más que esta.

La florista era refrescante, hermosa, tenía curvas y cerebro, si atendía a las respuestas rápidas y al hecho de que se le plantó con el tema de las rosas, haciéndole saber su opinión.

Una mujer así no era fácil de engatusar, y su apariencia habitual, con sus trajes de diseñador, su auto y sus joyas generarían más reticencia que amabilidad, estaba seguro de ello. Lila tenía ese aura de las que se cerraban y ponían barreras, desconfiadas.

Por ello había reservado uno de los autos del holding en lugar de los suyos. Adoraba cada detalle del Bentley, el Bugatti, o los dos Lamborghini; manejarlos era maravilloso y se sentía bien en ellos, pero no iban con el distrito en el que ella vivía.

Se vería ostentoso, algo que quería evitar. La súbita idea de la mujercita desnuda sobre el asiento de cuero de uno de ellos se le antojó interesante, empero. Tal vez cuando ella fuese arcilla en sus manos, consideró.

Lo otro que modificó de su rutina fue la vestimenta. En lugar de uno de sus trajes vestía un jersey negro ajustado al torso, unos pantalones negros que alargaban su figura, un abrigo largo azul marino, de corte clásico perfecto para el clima, y zapatillas deportivas blancas que contrastaban con el resto del conjunto. Se veía normal, imaginó.

Eso y las gafas de sol de marco oscuro y un reloj negro en su muñeca izquierda le mostraban sofisticado, pero también casual y sobrio, lo suficiente para impresionar sin amedrentar.

La riqueza era miel para los ambiciosos, pero podía ser vinagre para el común de la gente, que tenían sus reservas con los poderosos. Lo había comprobado en sus épocas de estudiante, y le había sabido mal perderse de conocer gente muy interesante porque estas tenían preconceptos sobre los hombres de dinero antiguo como era él.

La llegada de Wilma y el tránsito normal de la oficina ocuparon las siguientes horas y le sacaron de sus pensamientos, pero a las diez dejó el edificio, su destino establecido. La floristería estaba tranquila cuando entró, y el aroma de las flores frescas lo envolvió con calidez.

Lila estaba en el mostrador, de espaldas a la puerta, concentrada en arreglar un jarrón con flores silvestres y charlando con una mujer mayor. Un niño pequeño estaba sentado en el suelo sobre una alfombra con las piernas cruzadas y encorvado sobre un libro que parecía tenerlo atrapado.

Su cabello oscuro estaba alborotado y su ceño estaba fruncido mientras intentaba descifrar las palabras de la página. Beau se detuvo en seco, observando por un momento cómo el niño murmuraba para sí mismo en voz baja.

—Mamá—llamó el niño, levantando su cabeza para mirar a Lila con un suspiro

exasperado—. ¿Por qué es tan difícil?

Oh, joder, esto era inesperado. ¿Lila era madre? ¿Eso quería decir que tenía también un esposo? Había supuesto que era soltera, pero... No había indagado, dando por sentado que estaba libre. Frunció el ceño, alarmado y confuso, y decepcionado.

Observó a la mujer, que fijó toda su atención en el niño con adoración obvia en su rostro.

—Leer bien toma tiempo, Henry, y mucha práctica. Tú estás mejorando. Solo sigue intentándolo, ¿de acuerdo?—le dijo, con dulzura.

Volvió a mirar a su clienta, sonriente, y le extendió el arreglo floral, envuelto con primor. La mujer agradeció con profusión y se dirigió afuera.

—Señor, estoy con usted en un instante—dijo Lila, sin mirarle.

Esto perturbó a Beau, acostumbrado a la atención total sobre su persona. Era claro que la prioridad aquí era el mocoso exasperado que arrugaba uno de los bordes del libro.

—Mami, los otros leen mejor y se burlan. Tengo que poder...

Okay, eso sonaba como un niño en desventaja y siendo objeto de burlas, pensó Beau, atemperando su molestia para interesarse en el chiquillo.

Los ojos color avellana eran parecidos a los de Lila, y brillaban con una mezcla de frustración y determinación. Tendría unos siete u ocho años, supuso, su rostro aún redondeado por la inocencia infantil

Llevaba una sudadera holgada, con las mangas demasiado largas. Sus zapatillas estaban gastadas, como si hubieran pasado por muchos parques de juegos.

Beau notó cómo las pequeñas manos de Henry aferraban el libro, con los nudillos blancos del esfuerzo de concentrarse. Su frustración y enojo eran evidentes.

—¿Por qué no tomamos un descanso?—sugirió Lila, acariciando el cabello despeinado de Henry—. Has estado trabajando duro toda la mañana. Es tiempo de divertirte, mi amor.

Henry exhaló aliviado, a las claras contento por el respiro. Cuando Lila se levantó y por fin le dirigió toda su atención, Beau sintió satisfacción al notar que le reconocía. La sonrisa amplia que le dirigió le gustó, mucho. Era tan genuina, iluminaba su rostro.

—Ey, hola. Has vuelto—dijo, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Pues sí, tus ramos tuvieron mucha repercusión—respondió Beau, desviando la mirada brevemente hacia Henry, quien le observaba con clara curiosidad—. Espero no estar interrumpiendo.

Lila negó con la cabeza,

—Está bien. Henry y yo estábamos terminando su práctica de lectura.

Henry miró a Beau, aún aferrando el enorme libro.

—¿Eres uno de los clientes de mi mamá?—preguntó sin rodeos, su joven voz teñida de

curiosidad y escepticismo.

Estaba claro que Henry no estaba acostumbrado a ver extraños en su tienda, y mucho menos hombres como Beau. Este sonrió agachándose para quedar a la altura del niño.

—Sí, me encantan las flores de tu madre. Un placer, Henry—Estiró su mano, que el niño estrechó con suavidad y sonriendo—. Soy Beau. Veo que estás trabajando duro.

Henry se encogió de hombros, mirando el libro en su regazo.

—Supongo. Leer es un poco difícil, ¿sabes?

Beau asintió con gravedad.

—Sí que lo es. Pero sabes, las cosas más difíciles suelen ser las que valen la pena. Y leer te ayudará mucho, para lo que quieras hacer cuando seas grande.

—Pienso ser reponedor de mercadería en un Target. Dicen que puedes comer muchos dulces de ese modo—susurró, confidencial.

Beau sonrió, y miró furtivamente a Lila, que se había movido hacia el mostrador, escuchando pero dando espacio a Henry para expresarse, y rodó los ojos cuando Henry mencionó su meta laboral.

—Okay, un buen reponedor debe saber qué es cada producto, leer y escribir carteles, y mucho más. Leer te abre muchas puertas.

La mirada de Henry se mantuvo en él por un momento, como si intentara decidir si creerle o no. Tras un segundo, el rostro del niño se suavizó y asintió.

—Eso es lo que dice mi mamá.

—Bueno, ella es muy sabia—dijo Beau, mirando a Lila, quien observaba la interacción con un interés cauteloso.

Fue cuando ella se acercó, colocando su mano sobre el hombro de Henry.

—Henry, ve a jugar un rato, querido.

Henry dudó por un segundo, lanzándole otra mirada a Beau, antes de asentir y moverse hacia la parte trasera de la tienda. Su pequeña figura desapareció detrás de los estantes llenos de plantas y flores, dejando a Beau y Lila en silencio.

Lila suspiró, su mirada siguiendo a Henry antes de volverse hacia Beau.

—Es inteligente, ¿sabes?—dijo en voz baja, casi para sí misma—. Su dislexia es la que... Le hace más difícil seguir el ritmo a veces.

Beau no necesitaba que dijera más. Las señales estaban allí—la lucha de Henry con la lectura, la frustración en su voz, la forma en que se esforzaba tanto por actuar como si no le molestara. Ya lo había visto antes.

—Sé lo que es. Uno de mis hermanos es disléxico—dijo.

Claro que Rhett había sido diagnosticado muy temprano y había tenido apoyo de psicopedagogos y tutores que le ayudaron a potenciar sus capacidades y revertir la situación.

No era algo accesible a todos. La dedicación de madre de Lila estaba, eso era obvio, pero se necesitaba constancia y apoyo personalizado y profesional, y esto era caro.

Lila asintió, su expresión se endureció.

—Es un proceso lento. Él se esfuerza, pero también se frustra.

—Parece un gran chico—dijo Beau, mirando hacia la parte trasera de la tienda, donde Henry había desaparecido—. No debe ser fácil para ti y tu esposo.

Ahí, sutil, dejó fluir su principal curiosidad en este momento. Lila le dio una pequeña sonrisa, aunque Beau pudo notar que se replegaba, cuidadosa de su intimidad.

—Somos Henry y yo, y nos las arreglamos.

Y así, la conversación cambió. Lila volvió al mostrador, recuperando su modo profesional, pero Beau sabía lo que había visto. Lila no era solo una mujer fuerte y decidida que dirigía un negocio.

Era una mujer de trabajo, madre sola y protectora, dedicada al bienestar de su hijo. Alguien que debía trabajar a diario para subsistir, y era evidente en su ropa. La imagen de vulnerabilidad en sus ojos persistía en su mente, y por primera vez, Beau estuvo convencido de que había visto una parte de ella a la que pocos accedían.

Y su plan de seducción pareció... barato. Su interés, empero... No medró nada. Extraño. O no. Ella se veía sexi, *comestible*, con sus pantalones ajustados y su jersey en color rosa apretado, resaltando sus senos redondos y su cintura pequeña que devenía en caderas que se verían divinas adornadas con sus manos mientras su polla...

Calma, zopenco, estos pantalones denuncian una erección cuando apenas comienza, y no quieres mostrarte como un perverso.

—Tuviste éxito con los ramos entonces—le dijo ella, y él asintió, empujando el deseo fuera de sus ojos, que vagaban erráticos por su boca, ojos, pechos y piernas.

Era una fortuna que ella no estuviese quieta y hablara mientras ordenaba papeles, cintas, guardaba objetos y tiraba restos de tallos para despejar el mostrador.

—Pues sí, y mis hermanas alardearon tanto que mis tías se pusieron celosas, y he venido aquí por más.

—Eso es bueno. Veamos si puedo ayudarte a resarcirte con ellas. ¿Cómo se te ocurrió dejarlas afuera? Me habrías hecho el día con cuatro ramos—le dijo, guiñando el ojo, y Beau parpadeó.

Joder, ella era... Le quitaba el aliento, con franqueza.

OCHO.

Beau no podía sacar la imagen de Lila y Henry de su mente. La escena en la floristería se había repetido una y otra vez durante su trayecto de regreso a la mansión Montgomery. Ella se había distendido mientras él la hablaba de sus tías Lucille y Augusta, y él salió de allí con dos ramos más.

Satisfecho de saber un poco más de ella, pero también dudando qué hacer, porque una cosa era seducir a una mujer sin ataduras, y otra distinta era joder a una madre trabajadora con un hijo al que mantener. Uno al que ella estaba muy dedicada, además.

Por el otro lado, si la idea de dejar pasar el reto o buscar a alguien más para completarlo era decente, en su interior algo se negaba. Este no era el siglo XIX; las mujeres podían hacer muchas cosas a la vez.

No es como si ella no pueda ser madre y tener sexo con alguien que le guste, pensó.

No había un esposo o amante que le disuadiera de la conquista, y su libido gritaba por una oportunidad, alerta y pendiente de la hermosa hembra.

Lila no había hecho un solo gesto que delatara que el interés de Beau fuese devuelto, pero eso era lo de menos. Él no sufría de problemas de autoestima; tenía lo que se necesitaba para conquistarla.

Esta vez pasó por el salón de exposiciones de su tía Augusta y le dejó el ramo, además de ponerse al día con ella, que era su persona favorita. La rebelde de la familia, dedicada a su arte y a su esposo, un hombre gentil pero firme al que su tía Lucille veía con inquina y su madre Eleanor consideraba un *sin ambición*.

Sin embargo, Clark tenía el respeto de Beau. Hacía feliz a su tía y era un intelectual convencido de que la felicidad no pasaba por las montañas de dinero o las posesiones materiales. Él y su tía vivían holgados pero sin derroche.

La visita a la tía Lucille fue más rápida, por supuesto, porque ella podía ser cansina y no tenía más conversación como no fuera el cotilleo social. La quería, pero con reservas.

Había sido una de las más firmes opositoras a su amor con Emily en su juventud, y si hoy había superado aquel metejón, la falta de cuidado de los suyos con la joven y su familia, y las presiones sobre él habían sido complicadas.

No tenía rencores, pero aquella experiencia le había convencido de que sería muy difícil encontrar a alguien que contase con la aprobación de todos. Por ello había desistido de las relaciones a largo plazo.

Lo suyo eran los ligues, o follar a profesionales. Y ahora, tratar de ganar una apuesta que lo acercaba a una mujer muy particular. Las dudas sobre si avanzar o no lo rondaron, y

todavía lo hacían a la mañana siguiente cuando fue a la mansión de sus padres.

Era la fecha para uno de sus eventos menos favoritos: el brunch familiar mensual. Eleanor había insistido, como siempre, y Beau estaba sentado en silencio mientras su madre, su padre y Harrison parloteaban sobre negocios y chismes de sociedad.

Su mente, sin embargo, estaba a kilómetros de distancia, de vuelta en la tienda de Lila.

—¿En qué estás tan distraído?—la voz de Harrison irrumpió en sus pensamientos, devolviéndolo al presente—. Llevas media hora en las nubes.

Beau no respondió de inmediato, sus dedos trazando el borde de su taza de café con distracción.

—Nada en particular—murmuró.

Los ojos de Harrison brillaron con curiosidad.

—Oh, pensando, ¿eh? ¿Comenzaste a trabajar en la apuesta? Rhett me contó sobre eso.

¡Ah, joder! Harrison era un gilipolla? s. ¿Cómo se le ocurría tirarlo a los leones? Bueno, no literal, pero el tenedor de su madre Eleanor resonando con fuerza contra su plato fue prueba de que no saldría indemne de esto.

—Beau, ¿de qué se trata esto?—demandó, su tono ya desaprobador—. ¿En qué tonterías te metió Rhett esta vez?

—Él estaría muy herido con tus palabras si estuviese aquí—sonrió Beau, intentando distraer a su madre, que rodó los ojos.

—Espero que no esté haciendo alguna tontería en la montaña, pero no lograrás desviarme del tema.

—No es nada—dijo Beau, lanzando una mirada de advertencia a Harrison.

Lo último que necesitaba era que su madre se involucrara. Eleanor era protectora de su estatus social, y Beau sabía que cualquier insinuación de su interés en Lila levantaría alarmas en ella.

Pero Harrison no podía interpretar una mirada ni que lo mataran. O sí, y se divertía a su costa, el idiota.

—Rhett apostó que no puede conquistar a una mujer que no sea de nuestro círculo. Así que nuestro Beau ha comenzado a explorar fuera de la burbuja. Pero es por una buena causa, madre, Beau está demasiado inmerso en los negocios, no tiene vida social. Le hará bien distenderse, ampliar sus horizontes femeninos.

Beau tuvo deseos de caerle a hostias, y el ceño de Eleanor se frunció en confusión.

—¿Fuera de su burbuja? ¿Una apuesta con Rhett? Beau, espero que no hayas caído en la tontería de considerar esa insania.

Beau resistió la tentación de poner los ojos en blanco.

—Rhett le sugirió una florista, y ¡oh, casualidad! Han llovido ramos esta semana. La tía

Lucille estaba tan agradecida.

—¡Oh, caray! Así que esa es la razón detrás de esas divinas gerberas—intervino Daphne, y Eliza asintió con vehemencia.

Beau apretó la mandíbula. Podía sentir la tensión en aumento. El rostro de su madre se había endurecido en desaprobación, y sus ojos afilados se clavaron en Beau como los de un halcón.

—Beau, no sé qué crees que estás haciendo, pero no puedes estar considerando con seriedad el enredarte con una mujer por una apuesta. Además, alguien que no te conviene. Es inapropiado.

Beau lanzó una mirada asesina sobre Harrison, pero el daño ya estaba hecho. Respiró hondo, sabiendo que no había escapatoria.

—Fue solo un estúpido desafío—murmuró—. Rhett dijo que no sería capaz de conectar con alguien fuera de nuestro círculo habitual. Quiero educarlo para que vea que sí, que no soy un robot elitista. No es nada serio.

Eleanor se reclinó, presionando sus labios en una delgada línea.

—¿No te parece serio jugar con los sentimientos de esa mujer? ¿Usándola para demostrar un punto?

—No—dijo Beau con rapidez, aunque podía oír el tono defensivo en su voz—. No es eso lo que pasará. En verdad Rhett me abrió los ojos a algo que me da curiosidad. No soy un monstruo, pero sí es verdad que mi rutina es... agobiante y poco satisfactoria.

Joder. Decir esto no estaba en sus planes. Denunciar su hastío solo haría que su madre se preocupase, o sus hermanas. Y esto llegaría a su padre, lo que redundaría en charlas incómodas.

Sí, había un dejo de razón en lo que ella le decía, tenía un buen punto. No quería jugar con Lila, no en el sentido maligno, sí... Sí disfrutar de su cuerpo, saber más de ella.

Eleanor soltó un suspiro, y meneó su cabeza.

—No quiero que crean que pueden irrumpir en la vida de los demás por capricho egoísta. Que no me parezca apropiado o buena una relación con alguien que no sabe moverse en nuestras esferas no implica que toleraré uso y abuso sobre los que tienen menos y...

—¡No haría eso!—dijo, indignado, y frustrado, mucho.

¿Es que su madre no le conocía? ¡Él no era un abusivo ni un manipulador, joder!

—Eso espero, hijo.

—Mamá, no te preocupes por mí. Esa chica es interesante, me gusta. Soy un hombre libre, y no obligo a nadie a nada. No te metas en mi vida privada, por favor, bastante tengo con las presiones del trabajo.

La mirada de Eleanor no titubeó, su rostro duro como una piedra.

—Este no es el tipo de persona que eres, Beau. Eres un Montgomery. Tienes responsabilidades. No puedes perder el tiempo con una mujer que no entiende quién eres y lo que tienes sobre tus hombros.

El pecho de Beau se tensó, la presión de las expectativas familiares cerrándose sobre él.

—Sé cuáles son mis responsabilidades, pero también sé lo que quiero.

—¿De verdad?—preguntó Eleanor con dureza—. Porque parece que estás persiguiendo algo que solo te llevará hacia abajo.

Las palabras dolieron más de lo que Beau quería admitir, pero mantuvo su postura.

—Eleanor, querida, empujar a Beau no es buena idea—dijo su padre, quien entró sin que Beau se percatara y al parecer había escuchado el diálogo—. Sabes que lo empecinará más.

—Por favor, si pretenden hacerme sentir como si tuviera trece, lo están logrando, pero no funcionará su táctica—dijo con su voz más fría.

¿Psicología inversa con él? ¡Joder, eran frustrantes, y montaban un pollo por lo mínimo!

—No hay tácticas, es sentido común—dijo Eleanor, suspirando—. ¿De verdad puedes afirmar que estás pensando en el bienestar de esa mujer? Como yo lo veo...

Se incorporó, malhumorado, sin escuchar más. Tenía treinta y cinco años, podía tomar decisiones sopesando pros y contras, y no era un jodido bastardo en procura de quebrar el espíritu de nadie. Y menos de esa mujercita bonita.

Se dirigió afuera del salón, no sin antes dirigir una mirada asesina a Harrison, que fingió demencia. Por qué el cateto lo exponía frente a sus padres, no lo entendía. Solía ser el que mediaba, no el que incordiaba. Ese era el rol de Rhett.

Mas no cambiaba las cosas. Estaba decidido. Echarse atrás era dar la razón a Rhett y a su madre. Ni en sueños. Les demostraría que podía conquistar a Lila y hacer que ambos disfrutaran de momentos juntos excepcionales, y lo haría sin dañarla, o a su hijo.

NUEVE.

Beau hojeaba la pequeña carpeta que Ivar Anyukov, el estoico y gigante Jefe de Seguridad, le acababa de entregar, frunciendo el ceño mientras repasaba la información.

Le había encomendado recolectar tanto dato como fuese posible acerca de Lila Green, y el ruso no había parpadeado. Había obtenido lo solicitado en tres días.

Lila Darcy Green.

Treinta y dos años.

Divorciada.

Título en Letras.

Sin trabajos asociados a esa especialidad en Georgia.

Ha vivido en Savannah por 2 años en apartamento sobre la floristería.

Lila's Flores: sin deudas.

Lo que seguía eran más datos, y algunas fotos.

—¿Así que ella no tiene una vida social muy activa? —preguntó Beau, leyendo otra parte de la información.

—Es lo que puedo concluir de mis observaciones estos días. Con más tiempo tendría un panorama más completo...

—No es necesario—le cortó, y el hombrón asintió, sus ojos de un gris glacial fijos en Beau.

Si no le conociese bien y supiese de su leal proceder y dedicación a la familia le temería. Pero Ivar era el hijo de un migrante al que su abuelo Ambrose contrató confiando en su instinto, y este no falló. Los Anyukov eran incondicionales a los Beaumont. Y a sus descendientes Montgomery.

—Ella se mueve en un círculo pequeño—agregó Ivar, cruzando los brazos—. Las dos amigas con las que compartió tiempo son una maestra de nombre Greta y una bibliotecaria, Preston. Nada de clubes, ni eventos... ni citas.

Beau dejó escapar una media sonrisa.

—Perfecto. Más tiempo para mí —comentó, casi como una broma.

Ivar lo observó con una mezcla de escepticismo y respeto.

—Parece tenaz y muy capaz. Comenzó desde cero con la floristería, envía a su hijo a una escuela privada cara y paga expensas y proveedores con puntualidad—añadió, apuntando al informe—. Las ventas son buenas, aunque no espectaculares.

Beau asintió, impresionado por la manera en que Lila había hecho florecer su negocio. Literalmente.

—¿Y el exmarido? ¿Qué sabes de él?

Ivar negó con la cabeza.

—No mucho. El divorcio fue hace tres años, en Nueva York. El tipo no tiene contacto regular con el niño. La tenencia es exclusiva de la madre, y no hay registro bancario de pago de pensión de alimentos, así que no debe haber buen vínculo, imagino.

Beau tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

—Entonces, nada que la distraiga de... nuevos intereses —murmuró, satisfecho.

Ivar se aclaró la garganta.

—Su situación financiera es ajustada; paga sus cuentas, pero vive al día. Su auto está en condiciones pésimas, y ella no parece darse lujos. Me imagino que pagar esa escuela consume buena parte de las ganancias.

Por supuesto, Lila querría dar a su niño todas las oportunidades, máxime con su dislexia. Beau se recostó en su silla, asintiendo.

—Buen trabajo, Ivar, gracias.

—Oh, algo más. El niño cumple años este sábado, al parecer.

—Mm, interesante.

Podría hacer algo con eso, no sabía bien qué, aún, pero lo vería. El camino a la cama de Lila bien podía ser a través de su hijo. Era obvio que vivía para él, y quien quisiera ligarla debería tener al chiquillo de aliado.

Beau tenía una meta clara: conquistar a Lila, y no pensaba escatimar esfuerzo en ello, o atender las intervenciones de su familia. La determinación que aplicaba en los negocios se traducían en una intensidad implacable.

En su mente ella aparecía ya rendida entre sus brazos, su figura dibujada por las sábanas y la luz tenue de la mañana. Pero no bastaba con solo imaginarlo.

Necesitaba más que sus recursos habituales: quería llegar a ella sin su dinero de por medio, o al menos, que ese aspecto de su vida quedara bien disimulado.

Conquistarla sin que el peso de su fortuna mediara en sus avances sería un triunfo personal, casi tanto como el de verla seducida. Había comenzado bien al atemperar su vestimenta, pero lo esencial era conectar con ella en su ambiente.

Para el acercamiento debía elegir sitios en los que ella no estuviera trabajando, y mucho menos, en compañía de su hijo. Tenía que conversar con ella fuera de su ámbito, donde Lila era profesional, amable pero distante.

Entendible, porque sus clientes llevaban el pan a la mesa y pagaban la educación de su hijo. Necesitaba un entorno que propiciara la charla informal. Lo consideró un momento, y se convenció de que la cafetería cerca de la floristería era ideal.

De acuerdo con la información ese era el lugar al que ella iba a diario antes y después de

trabajar. Beau podía dejarse ver allí sin que resultara sospechoso.

La invitaría a un café, charlarían. La conversación fluiría, él podría saber más de ella, podría usar las estrategias de seducción que sabía ganadoras. Le habían dicho que sus ojos intensos y su sonrisa desarmaban. Y su cuerpo mostraba el rigor diario al que su entrenador personal lo sometía.

Un cazador un poco oxidado, eso era, pero se tenía mucha confianza. ¿O sería ella la cazadora? El pensamiento le arrancó una sonrisa burlona. ¿Podría Lila haber hecho su propia investigación sobre él y concluir que quería conquistarlo?

Googlearlo le llevaría pocos minutos. Aunque, claro, había detalles que no encontraría en una búsqueda rápida: él y su familia se habían asegurado de que la magnitud de su fortuna estuviera oculta.

Todo su patrimonio, distribuido en forma de propiedades y activos, figuraba a nombre de una red de empresas. Gran parte de Savannah sabía que los Montgomery eran ricos, conocían sus mansiones y el edificio de oficinas, pero pocos imaginaban la verdadera extensión de su riqueza.

Aun así, dudaba que Lila hubiese buscado esa información. Se la veía demasiado inmersa en su propio mundo, ocupada con su hijo y las flores, siempre en lo suyo. Ella parecía ser de esas personas que vivían día a día y afrontando las urgencias inmediatas.

Precisamente en esos momentos de urgencia era donde él quería colarse, insertarse en sus pensamientos, y de alguna manera, entrelazarse en el ritmo de su vida. Y sí, en su lecho también. La urgencia de verla sucumbir a su cercanía era cada vez más palpable.

Se reclinó en su sillón, cerrando los ojos un instante. Cada detalle, cada paso, cada mirada que planeaba dirigirle... todo tendría un propósito: lograr que Lila lo viera, no como un millonario, sino como un hombre hambriento de su atención, y merecedor de la misma.

++++

Lila removía su café, lento, observando cómo el remolino de espuma se disipaba en círculos. Frente a ella, Greta sorbía la bebida como si la necesitase para sobrevivir. Sonrió; no dudó de que ponerse al frente de un grupo demandante de chavales requería mucha energía, paciencia y restricción.

La cafetería estaba tranquila a esa hora, llena del suave aroma a pan recién horneado y café tostado, y era el momento diario en que se distendía y se sentía normal. Aquí sentada y conversando, con una bebida en la mano y deleitándose con alguna dona o pastelillo, con amigas, descansaba. Hoy Preston no venía, pero Greta era más que buena compañía.

—Entonces, ¿lista para el gran día de Henry? —preguntó esta, depositando su taza en el

platito.

Lila suspiró, esbozando una sonrisa.

—Todo está listo... al menos en teoría. He alquilado el local que me sugeriste y contraté algunos animadores para que entretengan a los chavales—hizo una pausa, como si la duda la frenara—. Quiero que él se sienta especial, ¿sabes?

Greta asintió, escuchándola con esa atención que hacía que Lila se sintiera comprendida.

—Lo será. Tendrá un día para él, para sentirse agasajado. Sus amiguitos con regalos, juegos, risas... Eso es lo importante.

—Sí... eso creo. A veces me pregunto si no estoy haciendo demasiado esfuerzo en encajar—murmuró Lila, evitando la mirada de Greta, como si decirlo en voz alta le quitara el peso de encima—. Esta escuela... la mensualidad me drena, Greta. La mitad de mis ganancias se va en su matrícula. Sé que lo vale, no en vano tienen el personal que tienen.

Le sonrió y apretó su mano. Greta trabajaba allí, y había sido la maestra de Henry el año anterior. Maravillosa con él, acompañando su proceso con paciencia.

—Él se adaptó bien y está creciendo, aprendiendo.

—Eso creo. Todo lo hago por él, porque necesita esa atención especial, pero no puedo evitar preguntarme si realmente vale la pena. Los niños... a veces pueden ser crueles.

Greta la miró, ladeando la cabeza con empatía.

—¿Te refieres a cómo algunos le miran por encima del hombro y le dicen tonterías? Esa es la realidad en todos lados, y hay que fortalecerlos frente a ella.

Lila asintió, mordiéndose el labio.

—Sí. No es solo eso, es como... como si siempre estuviera fuera de lugar. No va a los mismos lugares que ellos, no usa la misma ropa ni accede a los juguetes que ellos sí. He escuchado comentarios, indirectas. Sé que él también los escucha, aunque nunca me lo diga. Lo noto.

Greta suspiró, dejando su taza en la mesa.

—Lila, creo que lo que estás haciendo por él es increíble. Estás dándole la oportunidad de estar en un entorno que puede adaptarse a su manera de aprender, que le brinda apoyo personalizado. Esa atención es lo que va a marcar la diferencia en su futuro.

Lila miró por la ventana, mirando pasar a la gente sin realmente verla.

—Espero no exponerlo a la desilusión en un futuro no tan lejano—confesó en voz baja—. Quiero darle lo mejor, pero... ¿y si estoy dañándolo al mismo tiempo?

Greta extendió una mano y la colocó sobre la de Lila.

—Mira el panorama más amplio. Piensa en el niño que está creciendo con esa ayuda especializada, con una enseñanza que lo comprende. Claro que no todo será perfecto, pero... ¿alguna vez lo es? Esos niños mequinos son fruto de hogares igual de cerrados, y no son lo que

importa.

Lila se quedó en silencio unos segundos, reflexionando sobre las palabras de Greta. Suspiró y esbozó una sonrisa.

—Tienes razón, como siempre. A veces necesito recordar por qué hago estos sacrificios. Greta le devolvió la sonrisa.

—Estoy segura de que la fiestita va a ser increíble. Contrataste a esa emprendedora, ¿verdad? ¿La que hace esos bocaditos dulces y salados con temáticas infantiles?

Lila se animó un poco al recordar el esfuerzo que había puesto en cada detalle.

—Sí, me encanta lo que hace. Es una joven que se dedica con mucho amor a su negocio, hace cosas preciosas. Los dulces tendrán dinosaurios y todo el catering será temático. Henry está emocionado, por supuesto. No hace más que hablar de eso.

Greta rio.

—Me lo imagino. Es como debe ser; al fin y al cabo, es su día.

Greta se quedó en silencio de repente, sus ojos bien abiertos mientras se abanicaba con la mano, dibujando una sonrisa llena de picardía.

—Dios santo, Lila... —murmuró en voz baja, inclinándose hacia adelante como si compartiera un gran secreto—. Acaba de entrar un maromo impresionante. Alto, de complexión perfecta... Joder, la ropa lo abraza, ¡qué guapo! Vamos, que parece salido de una revista. Y el aura... —Greta suspiró—. Tiene una presencia que... bueno, me falta el aire solo de mirarle.

Lila, intrigada, se giró con lentitud y sus ojos se encontraron con una figura conocida. Beau Montgomery. El mismo que había ido a su floristería dos veces. Dios, Greta no exageraba nada.

Estaba vestido más casual, pero la indumentaria gritaba buen gusto y precio elevado: un abrigo oscuro, jersey negro ajustado, pantalones de corte impecable, y zapatillas blancas. Un porte impactante, y ese rostro de atractivo intimidante, como si estuviera hecho para dejar a cualquiera sin palabras.

Sintió su garganta secarse al instante. Era la tercera vez que lo veía, y el efecto era el mismo, si no mayor. Tenía una manera de llenar el espacio con su sola presencia, y cada una de sus visitas la había dejado sacudida.

¿Qué estaría haciendo aquí? No parecía el tipo de hombre que frecuentaría un sitio tan... común como esta cafetería. Era encantadora, pero... No encajaba.

—Le conozco —murmuró, intentando sonar casual mientras se giraba hacia Greta, que la miró sorprendida.

—¿Que le conoces? ¿Cómo? ¿De dónde?—su tono fue un susurro emocionado.

—Sí... ha venido un par de veces a la floristería. Se llama Beau Montgomery. Es de una familia importante aquí en Savannah.

Greta alzó las cejas, y luego abrió sus ojos, impresionada.

—¡Montgomery! —exclamó en voz baja, aunque su excitación era palpable—. ¡Lila, cariño, estamos hablando de una de las familias más importantes de la ciudad! He oído de ellos... millonarios, poderosos. ¡Qué interesante!

Lila no respondió. Sus pensamientos iban y venían, y justo en ese momento Beau alzó la mirada y la vio. Sus ojos se encontraron y él le dedicó una sonrisa sutil.

DIEZ.

A Lila le tembló la mano que sostenía la taza; no podía negar el placer de captar su atención, de ver esa expresión de interés en su mirada.

Con paso seguro, Beau comenzó a acercarse hacia su mesa. Greta le lanzó una sonrisa maníaca, llena de entusiasmo, mientras Lila, incómoda, le dio un discreto golpe en el tobillo bajo la mesa, intentando que se calmara.

—Buenos días, Lila —saludó Beau, con esa voz profunda y cálida que parecía envolver a su interlocutor—. Veo que haces tiempo en tu labor para disfrutar de un café .

—Beau, buenos días —respondió ella, esforzándose por mantener la calma—. Sí, es una rutina, que Greta y yo compartimos—dijo, y presentó a su amiga—. Greta Styles.

Beau estrechó la mano de Greta, quien sonrió como si acabara de recibir el mejor saludo de su vida.

—Encantado, Greta. Espero no interrumpir...

—¡Para nada!—dijo Greta.

—¿Os importaría si os invito el café? —preguntó con mezcla de caballerosidad y encanto natural.

Greta fue la primera en responder, otra vez, sin dudarle ni un segundo.

—Por supuesto que no nos importa —dijo, sonriendo y lanzando a Lila una mirada cómplice.

Beau hizo un gesto a la empleada, que estuvo atendiéndoles en un periquete. Beau se sentó junto a ellas, fijando sus ojos en Lila con una intensidad que casi la hizo apartar la vista.

—Estábamos hablando del cumpleaños de Henry —comentó Greta, lanzando una mirada rápida a Lila.

Beau se inclinó hacia adelante ligeramente, mostrando interés.

—¿Es su cumpleaños? —preguntó—. Va a tener una fiesta, imagino.

Lila asintió, algo cohibida por la atención de él. Sus intensos ojos cobalto parecían evaluar sus gestos, y escanear sus rasgos.

—Sí...—tragó saliva—. Estamos organizándolo. Será el sábado, con algunos compañeros de su escuela... —hizo una pausa, sin querer entrar en muchos detalles.

Beau sonrió, recordando algo.

—¿Y cómo va con la lectura? —preguntó—. Parecía desanimado, pero comprometido a mejorar.

El recuerdo le tocó el corazón. Le había agradado ver a Beau hablar con Henry en aquella visita, animándole sobre la importancia de leer con interés y paciencia, como si le

importara.

Había sido raro ver a alguien como este hombre mostrar tanta consideración con su hijo. Pero bonito, decidió.

—Sigue intentándolo—dijo Lila, sonriendo con un toque de orgullo—. Es un niño perseverante.

Beau asintió, su mirada cálida sobre ella.

—No me cabe duda de que tiene a quien salir—comentó.

Lila sintió un leve calor en las mejillas ante ese comentario, y hubo un silencio largo mientras él bebía su café, y Greta intentaba enviarle mensajes con los ojos.

—¿Tiene temática ese cumpleaños?

—Dinosaurios—dijo.

—Mm, un tema interesante.

—Está obsesionado con ellos—agregó.

—Tienen su encanto, imagino—se limpió la boca—. Hora de marchar, pero me llevaré las donas—dijo él, tomando el paquete envuelto—. Tengo una reunión a la que asistir. Un placer, Greta. Lila, nos vemos—dijo, y le dedicó una última sonrisa que la hizo perder el aliento.

—Sí... Okay... Hasta luego—susurró, y le hizo un saludo con su mano, como una tonta niñata estupefacta de que el niño más lindo de la clase fuera amable con ella.

Cuando salió, Greta dejó escapar una exclamación emocionada.

—Lila, por favor... ¡ese hombre no te quitaba los ojos de encima! —susurró, eufórica—. Joder, ¡cómo me gustaría que alguien tan guapo y elegante me mirase a mí así! Está claro que está interesado en ti.

Lila negó con la cabeza, intentando no darle demasiado peso.

—No, no. Él solo... es amable, eso es todo. —Bajó la vista a su taza, evitando el entusiasmo de su amiga.

Greta entrecerró los ojos, y negó, sin dejarse convencer.

—No, cariño. Esto no es simple amabilidad. La forma en que te miraba... Créeme, sé ver el interés de un hombre, y este... Este está muy, muy interesado.

Lila suspiró, una pequeña sonrisa resignada en sus labios.

—Oh, Greta, desvarías. ¿Qué podría querer un hombre como él, un millonario, con alguien como yo?

Greta la miró, con ternura y convicción.

—Quizás más de lo que crees, Lila.

++++

—Buenos días, Wilma—dijo Beau, y sonrió divertido al ver que su asistente parpadeaba al mirarlo, sorprendida por su atuendo.

No había asistido a las oficinas en nada que no fuese un traje de diseñador antes, pero había venido aquí directo desde la cafetería. Y allí su atuendo había sido un rotundo éxito. Las miradas de las dos mujeres sobre él habían sido intensas, aunque Lila trató de disimular la apreciación de sus ojos.

Él sí que no había sido tímido al chequearla, y la amiga había sonreído al percatarse de ello. Aprobaba, sin duda, y que una de sus amigas estuviera de su lado era un elemento más a favor.

Trabajaba en seducir al más importante, empero, por lo que se detuvo junto al escritorio de su asistente.

—Necesito un regalo para un niño de nueve años. No tengo idea de qué puede gustarle a un chaval de esa edad.

Wilma lo miró con sorpresa y curiosidad, pero mantuvo su postura profesional.

—¿Tiene idea de sus intereses, señor? ¿Quizá algo relacionado con animales, deportes...?

Beau recordó que Lila había mencionado los dinosaurios.

—Animales, sí... Dinosaurios. El niño tiene dislexia, si hay algo didáctico también podría funcionar.

Wilma asintió y le aseguró que se encargaría, y Beau se internó en su oficina para meterse en el trabajo. Menos de dos horas después tenía en su escritorio un paquete que contenía un enorme set de LEGO de un dinosaurio y un libro de historias sobre Velociraptors, adaptado para niños con dislexia.

Beau sonrió, complacido. No tenía duda de que esto pagaría bien y le pondría en el camino correcto para conquistar a Lila. Esto iba muy bien.

La mañana del sábado se dirigió a la floristería, regalo en mano. Al entrar, los vio, madre e hijo, sus dos cabezas juntas, mirando un video en el móvil. Henry parecía exultante, sus ojos brillaban de emoción.

Lila, en cambio, sostenía el teléfono con la mandíbula ligeramente tensa. Aunque sonreía, lo hacía con rigidez casi mecánica, como si intentara soportar la situación.

—¡Te quiero, papá! —exclamó Henry con una mezcla de alegría y melancolía cuando el video terminó.

Lila apartó la mirada un instante, intentando ocultar la tristeza que se le reflejaba en el rostro, y Beau achinó sus ojos. ¿Sería pesar, dolor por la separación? ¿Qué historia había detrás?

Sacudió sus pensamientos y se enfocó. Ella estaba divorciada y había venido aquí desde lejos para comenzar otra vida. Lo que hubiese en el pasado, no podía ser saludable.

—Mamá, ¿por qué papá no puede venir? Todos los demás tienen a sus padres con ellos —preguntó el niño, ceño fruncido, la inocencia de sus nueve años mostrándose en la frustrada pregunta.

Lila tragó saliva antes de responder, en voz baja.

—Sabes que él vive lejos. Y... recuerda que vivir juntos no funcionó bien, cariño. No olvides lo que pasó la última vez que lo vimos.

Henry bajó la mirada, y su expresión se apagó en un instante. Su desanimada expresión fue como un golpe al pecho de Beau, y su curiosidad se disparó. La sugerencia en las palabras de Lila y en el silencio tormentoso de Henry era terrible.

Beau carraspeó para llamar su atención, sintiéndose un intruso en un momento privado, pero no podía dejar pasar la oportunidad.

—Buenos días.

Lila le miró con los ojos grandes, recomponiendo su postura y sonriendo con levedad. Le gustó poner esa sonrisa en su rostro. Le gustó ser el que despejaba las nubes que cubrían su faz.

—Hola, Beau.

Ella parpadeó al ver el paquete envuelto con primor, mirándolo con sorpresa y primaria confusión, que él desestimó con un guiño. Sus tentadores labios formularon una *O* silenciosa, y luego un *Gracias* que le hinchó el pecho.

Joder, sí que le movía el piso esta mujer, era extraño. *Es la satisfacción de ver que voy por buen camino*, se dijo, tranquilizando su inquietud.

—He oído que hay un niño por aquí que cumple años y al que podría gustarle esto —dijo con una sonrisa, extendiendo el paquete hacia Henry.

Los ojos del niño se iluminaron al ver el tamaño del mismo y fue a él sin dudar, arrodillándose para abrirlo con un frenesí que eliminó la tristeza anterior, sus manos pequeñas trabajando con rapidez para quitar el papel.

Al ver el set de LEGO, dejó escapar un grito de entusiasmo.

—¡Es un dinosaurio! —exclamó, mirando la gran imagen de la caja con ojos redondos —. ¡Mamá, es un dinosaurio de LEGO!

Lila sonrió, más relajada al ver la felicidad de su hijo.

—¿Qué se dice, Henry? —le recordó en un tono suave.

El niño se giró hacia Beau, y sin previo aviso, lo abrazó. Beau se quedó rígido un instante, sorprendido por la calidez del gesto. Los pequeños brazos de Henry lo envolvieron con fuerza, y una extraña sensación le apretó el pecho.

No estaba acostumbrado a esas muestras de afecto espontáneo, y menos aún de alguien tan inocente. Sacudió esa emoción y racionalizó el gesto; era alegría pura al recibir un juguete

sensacional que no esperaba.

Recuperó su habitual compostura mientras Henry lo miraba con una sonrisa enorme.

—¿Quieres venir a mi fiesta?—preguntó el niño, con la esperanza clara en sus ojos.

Beau sonrió, encontrando inesperado placer en el ofrecimiento, y no pudo evitar reír al ver la expresión de Lila, claramente desconcertada e intentando ocultar su nerviosismo.

—Me encantaría, Henry, pero ya tengo un compromiso para esta tarde —dijo con un tono afable—. Pero ¿sabes qué? ¿Por qué no me envías fotos para que pueda ver cómo la pasaste? —Luego, se giró hacia Lila con una sonrisa sutil—. Si tu mamá me da su número, estaremos conectados.

—¡Sí, podemos hacer eso! Mamá, dale a Beau tu número.

Lila parpadeó, descolocada, pero asintió y sacó el móvil para agendar el contacto, que Beau suministró con gravedad. Henry, entusiasmado, le dijo que le enviaría fotos de los globos y del pastel.

Beau asintió, pero su mirada estuvo sobre Lila parte del tiempo, imprimiendo en esta sus intenciones, su interés, el deseo que le provocaba. Era tiempo de ser directo, no se necesitaban subterfugios.

Lila le devolvió la mirada con un leve rubor en sus mejillas, intentando mantener la compostura. Beau se despidió de Henry con un gesto afectuoso y le guiñó el ojo.

—Espero esas fotos, amigo —dijo, mientras le daba un último apretón de manos.

Al salir, echó un último vistazo a Lila. Ella lo seguía con la mirada, sus ojos reflejando una mezcla de desconcierto y algo más que él sabía reconocer muy bien. Apreciación física, deseo.

Beau sonrió para sí mismo. Había hecho su movimiento, y tocaba esperar que ella diera el siguiente paso.

ONCE.

Ver a Henry emocionado por el regalo y a Lila sorprendida y confundida por su presencia en la florería había sido gratificante. Desde que salió de la tienda, con el número de Lila agendado en su móvil, no había dejado de pensar en ella.

En su cuerpo, en las expresiones cambiantes de su bonita faz, que transparentaba sus emociones a través de sus ojos y de sus labios. Estos eran sugerentes, y anunciaban formalidad cuando apretados o levemente fruncidos, y contento al explayarse en sonrisa.

Esa boca en él se sentiría gloriosa, lo intuía. Beau se había corrido más de una vez con la memoria de su faz y la fantasía de esos labios pronunciando cosas sucias y lascivas en su oído.

Se le estaba metiendo bajo la piel antes de tenerla en su cama, y la inminente intimidad — que la habría— se construía con ferocidad, al menos de su lado.

La idea de conquistarla había comenzado como un desafío, una apuesta para vencer a Rhett. Sin embargo, Lila se le estaba colando bajo la piel y ocupaba sus pensamientos de una manera que no lograba comprender por entero.

¿Era esta una obsesión? No, no lo creía. Quizás era simple impaciencia. No tenía dudas de que podría haber cumplido con la apuesta antes, con otra mujer. No era un hombre engreído, pero tampoco un iluso: podía tener a muchas a sus pies de proponérselo.

Pero quería a esta. Maldijo a su hermano por su perspicacia, y por conocerlo tan bien. Rhett había intuido que ella era su tipo, y anticipó que le ocuparía la mente y el tiempo.

Esa noche, cuando su móvil vibró y vio la notificación de mensaje de Lila, acompañada de una foto, sintió que faltaba poco para triunfar. Ver la imagen del niño sonriendo junto a su pastel le hizo bien. A su lado, una Lila muy hermosa en un vestido blanco con la melena suelta, sonreía con dulzura.

Lila: *Gracias por el regalo, Beau. A Henry le ha encantado. Mira cómo presumía del dinosaurio 😊*

Le envió otra foto donde el niño mostraba la gran caja a un grupo de amigos.

Beau: *Me alegra saberlo. Nada puede ir mal cuando hay dinosaurios involucrados.*

Lila: *Un acierto, definitivamente. Gracias otra vez.*

Beau: *¿Cómo estuvo la fiesta?*

Lila: *Los niños la pasaron muy bien, Henry está agotado de tanto jugar. Una victoria para mí 😊*

Beau sonrió mientras leía el mensaje. Visualizó la escena, imaginando a Lila en medio del caos de niños, atareada, pero feliz.

Beau: *Supongo que te has ganado el derecho de descansar.*

Lila: *Un café y silencio se sentirían como el paraíso en este momento.*

Beau: *El silencio es un bien escaso, ¿verdad?*

Lila: *Exacto. Y aunque a veces me pregunto cómo sería mi vida si no estuviera tan llena de ruido y movimiento, la razón para eso lo vale.*

Beau: *El caos le da sabor a la vida, dicen.*

No era parte de su vida reglada y ordenada. Esa que lo estaba ahogando y era causa primera del tedio. Uno que se había atemperado desde que fue tras ella, se dio cuenta de repente.

Si iba a resultar que el jodido Rhett había tenido razón... No se lo reconocería ni que lo mataran.

Lila: *Mi vida no ha sido sino caos en los últimos años. Suficiente de mí. ¿Qué hay de ti? Dime algo, es lo justo. Sabes bastante de mí ya.*

Lo consideró, y sí era lo justo.

Beau: *Soy estructurado, me gusta el orden. Aunque a veces la novedad se cuele en la rutina y me recuerda que es bueno soltarse e improvisar.*

Lila: *¿Eso hacías cuando compraste ese dinosaurio de LEGO? 😊*

Beau rio, sorprendido por el ingenio de su respuesta. Hablar con ella era refrescante; la naturalidad, la ligereza, lo hacían sentir menos atrapado en la formalidad.

Beau: *Tal vez. Espero que no sea un problema. Todas esas piezas pequeñas pueden ser una pesadilla.*

Lila: *No tienes idea de lo peligrosas que pueden ser hasta que pisas una a mitad de la noche.*

Beau: *Me lo apunto, evitaré las piezas de LEGO. Gracias por el consejo.*

Beau consideró el intercambio como una victoria. El tono, el contenido de los mensajes, hablaba de acercamiento, de barreras que caían, y esto no hacía más que trabajar a favor de sus deseos.

A esta siguieron otras conversaciones en los siguientes días. En algunas hablaban sobre temas triviales, bromas o anécdotas de sus rutinas. Y en otros, la charla adquiría un tono más personal.

Beau: *¿Qué tal fue tu día?*

Lila: *Cansado. Los sábados siempre son así en la tienda, pero hoy en especial... demasiados pedidos. Lo que es bueno, no me quejo.*

Beau: *Quizás puedas tomarte un día libre. Seguro te lo mereces.*

Lila: *¿Y dejar que el caos me consuma después? No, gracias. Aunque un café en algún lugar tranquilo sí se antoja.*

Beau: *Conozco un sitio que tiene el mejor café de la ciudad.*

Lila dudó unos instantes antes de responder. Sentía la atracción y la curiosidad crecer

con cada intercambio y eso era excitante. Le gustaba hablar con él, pero su reserva natural le decía que mantuviera las distancias.

Sin embargo, la amabilidad y seguridad de Beau la invitaban a romper sus propias reglas. No era la primera vez que él sugería encontrarse, pero... Le costaba aflojarse y aceptar que eso era lo que quería.

No seas tonta, ¿qué puede ir mal? Tienes mucho por ganar, le había dicho Greta, que la alentaba sin cesar.

Lila: *Suena encantador. Podría considerar tu oferta. ¿Dónde es ese sitio?*

Beau: Paso por ti y te llevo. Considéralo una sorpresa. Es un lugar donde podrás olvidarte del ruido, aunque sea por un rato.

La cafetería era una joya escondida, ubicada en una esquina tranquila del centro histórico de Savannah. Al cruzar la puerta, Lila se detuvo un instante, impresionada por la elegancia del lugar.

Las paredes estaban revestidas de madera oscura, con estanterías repletas de libros antiguos y pequeños adornos de porcelana. Lámparas de cristal colgaban del techo, proyectando una luz cálida que invitaba a quedarse.

El aroma del café recién molido se mezclaba con el dulzor de las pastas que decoraban un mostrador al fondo, donde el barista trabajaba con precisión casi artística.

—Es precioso —dijo Lila, echando un vistazo alrededor mientras Beau sostenía la puerta para que pasara.

—Sabía que te gustaría —respondió Beau con una sonrisa tranquila, guiándola hacia una mesa junto a una ventana.

El sol de la tarde se filtraba a través de las cortinas de lino, creando un ambiente casi íntimo. El camarero apareció enseguida, ofreciéndoles el menú. Beau se inclinó hacia ella, señalando sus opciones favoritas.

—Tienen el mejor café etíope de la ciudad, si te gusta con un toque afrutado. Y estas masas—dijo, señalando una bandeja en el menú— son de mantequilla con almendra. Perfectas para acompañarlo.

Wow. No tenía idea de cómo sabía un café así, pero sonaba bien. Lila asintió, dejándose llevar por su entusiasmo.

—Voy a confiar en ti. Parece que sabes de esto—Cuando el camarero se retiró, Lila tomó aire, dejando que el aroma del café en el aire la envolviera. —Es... realmente precioso. No esperaba tanta... sencilla sofisticación. Quiero decir...

—Es elegante, exuda carácter, pero no es pomposo.

Asintió. Su pensamiento, así era.

Beau la miró con atención, sus ojos brillando, estudiándola con una intensidad que Lila

sintió sobre su piel. Era desconcertante estar en el foco de un hombre así, porque... Era tan atractivo, masculino.

Se movía como si los alrededores, los que fuesen, le pertenecieran, y eso era sexi a rabiar. Pero al mismo tiempo, había algo reconfortante en ello, como si su aura la envolviese y la protegiera.

Se sentía a gusto y segura con él. Muy apreciada, además, lo que era un subidón.

El café llegó en tazas blancas de porcelana con detalles dorados. Lila tomó la suya, respirando el vapor que subía, mezclado con el perfume tostado del grano.

—¿Y? —preguntó Beau, con una sonrisa curiosa mientras ella probaba el primer sorbo.

Lila cerró los ojos un segundo antes de responder.

—Es suave, pero con carácter—Suspiró, y tomó un segundo sorbo, largo. Delicioso—. Creo que es el mejor café que he probado en mi vida.

Él rio, una risa cálida que hizo eco en su pecho.

—Ya ves. Te lo dije. Nunca decepciona.

El camarero regresó con un plato lleno de pequeñas pastas con cobertura en dorado brillante. Cuando ambos alcanzaron una de las de almendra al mismo tiempo sus dedos se rozaron brevemente, y Lila sintió una chispa recorrerla.

Él no apartó la mano de inmediato, y sus ojos buscaron los de ella, profundos y serenos.

—Henry, ¿cómo está? —preguntó luego, rompiendo el contacto pero no la conexión que parecía haberse establecido en el aire.

—Oh, él está bien. Le encantó el libro que le regalaste. De hecho, está entre sus favoritos. Me pidió que te lo agradeciera.

—Me alegra saberlo—Beau se inclinó hacia ella, apoyando un brazo en la mesa. —No sabía si acertaría, pero parece que tenemos un buen lector en formación.

Lila sonrió, relajándose un poco.

—Ojalá. Es motivo de frustraciones, y la paciencia para la lectura es algo que debe construirse. Por fortuna, él se apasiona con las historias.

—Eso es motivante. Para mejorar tiene que persistir, pero es importante que le guste, que se sienta atraído, interesado. Es como con el trabajo, creo. A ti, ¿te gusta lo que haces?

Dijo que sí con su cabeza.

—Me encantan las flores, y la perspectiva de que un ramo o arreglo esté en las mesas de las familias, que alimente una relación, o sea un gesto de amor final... Es invaluable. ¿Qué hay del tuyo?—inquirió, poniendo foco en él, deseosa de saber más.

Beau la estudió un momento antes de hablar, inclinándose apenas hacia adelante.

—Mi trabajo es demandante, pero está más calmo estos días.

Lila se atrevió entonces.

—¿Qué es lo que haces, con exactitud?

Él sonrió, un poco de misterio en sus labios.

—Manejo los negocios de mi familia. Bienes raíces y comunicaciones, cosas así.

Ella asintió, evaluándolo, intuyendo que había bastante más en la sintética descripción. Siempre tan impecable, tan seguro de sí mismo, tan... fuera de su mundo.

Pero mientras lo observaba, captó más: la manera en que su mirada caía a sus labios mientras ella hablaba, el breve desliz hacia su escote antes de regresar a sus ojos. Se sintió como una joven en una cita, nerviosa y emocionada a la vez.

Hacía años que no tenía una, y esto, técnicamente, no era más que una salida para tomar café. Mas la forma en que él la miraba, cómo sus dedos rozaban los suyos al alcanzar otra pasta, o cómo se inclinó para limpiarle una pequeña miga de la comisura de los labios... Parecía decir lo contrario.

El contacto breve de sus dedos al limpiarla hizo que su piel hormigueara. Lila se obligó a apartar la mirada y respirar. Sentía una calidez en su interior, una que no recordaba haber experimentado en mucho tiempo.

Se preocupó. Sabía lo que él buscaba, y debía admitir que ella también lo quería: intimidad, compartir la cama, dejar que sus cuerpos se conectaran, fluyeran. Pero al mismo tiempo, había dudas, y el instinto la obligaba a protegerse.

—Gracias —dijo, levantando los ojos para encontrar los de él. Beau sonrió de nuevo. Esa sonrisa prometía mucho, y Lila se preguntó si, después de todo ese tiempo sola, sería tan malo dejarse llevar.

DOCE.

Lila se miró en el espejo, tratando de calmar el temblor en sus manos mientras aplicaba una última capa de labial rojo. No se había sentido así el día de la salida a la cafetería, pero esta vez... Esta era una cita formal, la primera en años.

Cuando su matrimonio con Travis tomó el peor camino, había jurado no volver a mirar a nadie con esperanza romántica, no permitirse vulnerabilidades. No obstante, Beau despertaba emociones que creía enterradas, y se revelaba anhelando más ante su presencia segura y su atención.

Él había sido muy directo.

Beau: *La pasé muy bien ayer, y me encantaría repetirlo en una cita. Cena, tú y yo, el viernes. ¿Qué dices?*

Sí, gritó su mente, sin dudarlo, pero la calmó. Le tomó algunas horas decidirse a dar el paso y contestar con un escueto.

Lila: *Okay.*

—¿Segura de que esto es buena idea? —preguntó, más para sí misma que para Greta, quien estaba a su lado ayudándole con un peinado sencillo, y una extendida sonrisa de alegría por ella.

Greta la miró en el espejo y le dio un ligero apretón en el hombro.

—Lila, es comprensible que estés nerviosa, pero recuerda que esto es distinto a lo que viviste en el pasado. No puedes medir a los hombres con la vara de tu ex—Greta sabía de su pasado, de Travis y su violencia, de su huida de Nueva York—. Beau parece diferente, amable, atento. No hay nada de malo en darle una oportunidad.

Lila esbozó una sonrisa nerviosa y asintió. Llevaba un vestido negro ajustado de líneas simples, pero favorecedor, y unos tacones que le conferían una elegancia que no siempre se permitía.

Quería lucir bien, estar a la altura de la situación, aunque por dentro la inseguridad latía con fuerza. Justo en ese momento Henry asomó la cabeza, con una expresión curiosa y protectora.

—¿A dónde vas, mamá? —preguntó, mirándola con el ceño fruncido—. ¿Necesitas un guardia? Yo puedo serlo, como los que cuidan a las princesas.

Lila no pudo evitar sonreír y se inclinó hacia él, dándole un beso en la frente.

—No, cariño, no hay peligro donde voy. Tú te quedarás aquí para proteger la casa, ¿de acuerdo?

El niño asintió con una expresión solemne, como si acabara de recibir una gran misión.

El teléfono vibró en su bolso

Beau: *Te espero abajo.*

Sintió un remolino en el estómago y respiró, y tras un último vistazo al espejo, bajó las escaleras, tratando de controlar los nervios. Pero al salir a la calle, cualquier vestigio de tranquilidad se desvaneció.

Delante de su casa la esperaba un Bugatti de color negro, brillante y de líneas agresivas, como si fuera una bestia en reposo. Todo en el coche gritaba lujo y poder. Cuando alzó la vista, lo vio a él.

Beau estaba descendiendo y fue hasta ella arreglándose el cabello. Lila sintió que le faltaba el aire. El vestía una camisa azul que resaltaba el tono de su piel, unos pantalones claros y una chaqueta elegante.

Confiado y sereno, irradiaba una atracción que Lila sintió en cada célula de su cuerpo, en especial las de sus zonas erógenas. Él le sonrió y tomó sus manos, y sin mediar palabra, la besó en la mejilla. Esta ardió y se enervó, y una corriente tibia viajó por su mandíbula y le constriñó la garganta.

Dios, si con un beso casto la dejaba así, no quería pensar cuando... ¡Oh, estaba jodida! Su mente no pensaba *SI* se acostaba con él, sino *CUÁNDO*. Era cuestión de tiempo, inconscientemente se veía con él de la manera más íntima.

Beau se separó y le abrió la puerta con un gesto cortés.

—Lila, estás bella. Ese vestido te sienta como un guante—saludó, su voz profunda y segura.

—Gracias—respondió con un murmullo, intentando esconder el rubor que sentía quemando en las mejillas.

Beau bajó del auto apenas la vio salir, y decir que le dejó sin aliento era minimizar el impacto. La apreció en detalle mientras avanzaba, sus ojos como dos láseres focalizados en Lila.

Estaba bellísima, y no había perdido nada de su naturalidad a pesar del obvio esfuerzo por adecuarse a una salida nocturna. Su melena rubia caía en ondas sueltas sobre sus hombros como un manto dorado.

El vestido negro se ajustaba a su silueta realzando cada curva con una sensual elegancia que desarmaba. Pero fueron sus labios los que atraparon su completa atención. La boca en un labial rojo intenso, provocador, era tentadora y le invitaba a perder el control.

Cada paso que la acercó a él intensificó su deseo, el hambre de ella, de probarla. No se había sentido tan urgido, antes. O no por tanto tiempo. Lo cierto era que no había dejado de pensar en ella con obsesiva impaciencia desde el momento en que la dejó en su casa ayer.

Sus pensamientos habían cobrado un cariz más urgente, más necesitado, tanto que se

había sentido sin control de sus pulsiones. Detestaba eso, y por eso decidió que no podía postergar el ir por lo que lo había traído a ella.

Debía follarla para sacarla fuera de su cabeza, para purgarla de su piel. Ponerla en su cama sería glorioso, y le traería el triunfo sobre Rhett. Satisfacería sus deseos y ganaría la apuesta. Solo que... Algo le decía que no le bastaría con tenerla entre sus piernas una vez o dos.

Esta noche, de funcionar como planeó, la pondría en su lecho en unas horas. ¿Confiado? Era probable, pero la mirada de Lila no mintió ayer ni lo hacía ahora, cuando le recorría de cabeza a pies y la mostraba muy, muy impactada.

Había algo muy satisfactorio en verla tan arreglada, en su coche, sabiendo que había elegido dejar de lado sus dudas para estar con él. El pensamiento le resultaba tan placentero como inquietante.

Beau nunca había sido un hombre posesivo, pero la convicción de que esta noche Lila sería suya lo llenaba de una satisfacción desconocida.

Sus labios rozaron la suavidad de su mejilla en un saludo breve. Su piel, cálida y sedosa, le dejó una sensación que quiso retener más tiempo del que debía. El aroma de su perfume lo envolvió, una fragancia dulce, ligera, y fresca como la misma Lila.

—Te ves espectacular —murmuró, su voz más grave de lo habitual, cargada de un peso que no ocultó.

Ella sonrió, tímida, y Beau apeló a su lado más gentil al abrirla la portezuela, cuidando que estuviese bien antes de cerrarla con cuidado y dar la vuelta al lujoso Bugatti. Se sentía en la cima esta noche, y ya no había necesidad de disimular su riqueza.

Eso no importaba de fondo a esta mujer, pero se aseguraría de ofrecerle las mejores experiencias que el dinero podía comprar. Mientras conducía hacia el restaurante, dejó que sus pensamientos vagaran hacia la conversación con Rhett más temprano ese día en la cocina de la mansión familiar.

Había llegado hacía menos de una hora, y tenía el aspecto agotado que correspondía con el largo viaje desde Nepal luego de intentar escalar a la cima del Everest. No lo completó, pero sí la mitad de su objetivo y la fatiga no le impidió mantener su usual aire de suficiencia.

<<¿Y bien? Espero no hayas olvidado nuestra apuesta>>, le había preguntado, esbozando esa sonrisa que lograba irritarlo.

Beau mantuvo su expresión neutral, no dándole el placer de ver alguna reacción.

<<Todo está bajo control>>.

Rhett había reído, sacudiendo su cabeza.

<<Suena a que estás evitando responderme. ¿La florista está cayendo en tus redes o se te ha complicado la conquista?>>

Beau lo miró con inquina, y su tono tuvo un borde al contestarle.

<<No lo hagas parecer algo bajo. Lila no es un juego>>.

Se maldijo, porque esto despertó la curiosidad de Rhett, quien alzó una ceja mientras se servía un vaso de agua.

<<¿Lila? Joder, suena a que es más serio de lo que debería. Cuéntame, ¿qué es lo que te tiene tan... enfocado? No es común verte tan interesado>>.

Beau sostuvo la mirada de su hermano, firme. Rhett era un cabrón, pero se entendían, y sabía cuando retroceder. Al menos esperaba que recibiera el mensaje.

<<Es diferente. No voy a entrar en detalles, pero lo es>>.

<<Diferente.>> Rhett dejó el vaso sobre la encimera, mirándolo con algo entre diversión y escepticismo. <<Espero que sepas lo que haces. Porque si no... bueno, ya sabes cómo puede complicarse esto. Se suponía que sería sana diversión cuando lo propuse>>.

No respondió. No valía la pena intentar explicar lo que ni siquiera él entendía del todo. Solo sabía que Lila había despertado algo que no podía ignorar. Rogaba que solo fuese cruda y profunda pasión, deseo físico. Lo comprobaría pronto.

De vuelta en el presente, Beau soltó un leve suspiro y se abocó a la charla inocua hasta que llegaron al restaurante. El valet se encargó del vehículo y el maître les recibió obsequioso, guiándoles hasta la mesa.

El restaurante era discreto pero exclusivo, elegido con cuidado para evitar ojos curiosos. Beau no quería interrupciones ni rumores que llegaran a su familia. Esta noche era para ellos, y solo para ellos.

Observó cómo Lila se acomodaba en la silla. La luz de las velas proyectó un resplandor suave sobre su rostro, acentuando los tonos cálidos de su piel y el brillo de sus labios.

El camarero les ofreció el menú, pero Beau apenas pudo concentrarse en las opciones. Sus ojos seguían cada movimiento de Lila: cómo sus dedos acariciaban las páginas del menú, cómo su mirada se movía entre los platos descritos, cómo sus labios se curvaban ligeramente al leer algo que le llamaba la atención.

—¿Qué te parece? —preguntó, esforzándose por mantener un tono casual.

Ella levantó la vista, y por un instante, sus ojos se encontraron y no se despegaron, como magnetizados. Él sonrió y elevó una ceja, esperando su respuesta.

—Interesante. Todo parece sofisticado, pero tiene un toque familiar.

Beau rio, disfrutando del comentario.

—Eso es exactamente lo que quería que sintieras. A veces, las cosas más sorprendentes están en los lugares más inesperados—se inclinó adelante, fijo en ella—. Lo he comprobado en persona, y me felicito por ello.

Lila parpadeó y se sonrojó. *Deliciosa*, pensó. El camarero regresó para tomar la orden, y mientras Lila escuchaba sus sugerencias, Beau se inclinó hacia atrás, permitiéndose un momento

para admirarla.

TRECE.

Hablaron poco mientras esperaban por la comida: comentarios sobre la decoración, la música, su día. Era como si ambos estuviesen pendientes del después. Joder, al menos él lo estaba.

No cabía en sí de deseo, pero tenía que mostrar su juego y rogar que Lila estuviese dispuesta a lo mismo.

Volvió a fijar su mirada en ella mientras dos camareros disponían una entrada de carpaccio de res con aceite de trufa y parmesano finamente rallado. Comieron con aprecio y en silencio, y Beau apreció cada pequeño gesto: cómo ella tomaba su copa de vino tinto y la inclinaba para disfrutar del aroma antes de beber, el movimiento de su melena, su sonrisa.

Su escote sutil pero tentador estaba enfrente y era el principal objetivo de sus ojos, que no eran sutiles. Para nada. Cargaban y comunicaban intenciones.

—¿Te gusta? —preguntó, señalando el carpaccio con un movimiento casi imperceptible de su cuchillo.

Ella cortó un pequeño trozo y lo llevó a sus labios rojos, dejando que el sabor se desplegara antes de responder.

—Es delicioso. Nunca había probado, es tan delicado. Es casi un pecado.

La elección de palabras no pasó desapercibida para Beau. Se permitió una sonrisa, inclinándose hacia adelante.

—Los pecados bien elegidos suelen ser los más memorables.

Lila soltó una risa suave, y Beau sonrió predador. Ella no retrocedía ante sus palabras y el doble sentido, y eso era un mensaje en sí mismo. El camarero volvió con el plato principal, y Beau deseó que el tiempo volara, pero se contuvo.

Estaban aquí para disfrutar, y nada sacaba con apurar las cosas. Lila merecía la experiencia entera. Se abocó a degustar el impecable corte de costillas glaseadas con bourbon y miel acompañado de puré de batatas.

Lila mostró con su cara y sonidos casi lascivos que los camarones sobre una cama de sémola cremosa con un toque de vino blanco eran una maravilla culinaria. Tortura, eso fue, con franqueza, pero le encantó que disfrutara de lo que había planeado para ella esa noche.

—No esperaba algo tan... refinado. Es perfecto—comentó Lila.

—Es un lugar especial para alguien especial.

Beau dejó flotar la frase sin perder la oportunidad de sostener su mirada. Ella pareció vacilar por un momento, como si estuviera evaluando sus palabras. Luego volvió a cortar su comida, aunque sus ojos no lo abandonaron del todo.

Bebió un sorbo del whisky escocés que había pedido, notando que Lila se animaba con cada minuto que pasaba. Su segunda copa de vino tinto estaba casi a la mitad, y su postura había pasado de ser un pelín rígida a relajada, como si hubiera encontrado comodidad en el entorno.

—¿Y Henry?—preguntó Beau, inclinando la cabeza para mostrar interés genuino.

—Quería venir. No está acostumbrado a que salga, pero estará bien. Le encomendé el cuidado de la casa, y Greta va a entretenerlo. Es una amiga excelente, y él la adora.

—Perfecto, no hay apuro ninguno entonces. La noche está en pañales, como dicen, y te tengo para mí—indicó.

Ella sonrió, y asintió.

—Eso parece.

—Quiero saber más de ti—dijo—. Cuéntame. ¿Qué haces que sea solo para tu satisfacción, que te llene? Más allá de tu rol de madre.

Lila dejó el tenedor sobre el plato, considerando su respuesta. Cuando lo miró, había sinceridad y vulnerabilidad en la expresión.

—No mucho, la verdad. La tienda, Henry... ocupan casi todo mi tiempo. Tal vez por eso estoy aquí esta noche. Para hacer algo por mí. Para mí.

Beau no apartó la mirada. Le gustaba esa honestidad, esa ausencia de pretensiones.

—Eso vuelve esta noche y este encuentro muy importante.

El silencio que siguió no fue incómodo. Había una electricidad sutil entre ambos, haciendo las palabras innecesarias. Beau llevó su whisky a los labios, permitiéndose saborear el calor del licor mientras ella tomaba un sorbo de su vino.

Sus ojos no se apartaban de ella, y fue recompensado con la visión de su lengua lamiendo el borde de su copa, un gesto reflexivo que fue directo a su polla. Cada movimiento suyo parecía diseñado para provocarlo.

La sobremesa se acompañó de charla sobre temas más personales, como la forma en que ambos veían sus vidas y sus prioridades. Beau habló de su trabajo, aunque sin profundizar, mencionando al pasar que manejar los negocios familiares a veces era pesado y complejo.

Ella lo escuchó con atención.

—Debe ser agotador —comentó Lila, con un tono que mostraba tanto empatía como curiosidad. —¿No sientes que te quita demasiado?

Beau negó con la cabeza.

—Puede serlo, pero es satisfactorio saber que lo hago bien. Que cumplo con lo que se espera de mí. Es rutina, a veces lleva al tedio. Pero entonces aparecen noches como esta, y la vida se vuelve más bonita.

El comentario quedó suspendido entre ambos, cargado de significado. Sus ojos bajaron por un instante a sus labios, luego a la curva de su cuello antes de regresar a su rostro.

La reacción de Lila fue sutil, pero le hizo saber que ella había notado sus miradas. Cuando el camarero retiró los platos, sugirió café, pero Beau negó con la cabeza.

—Creo que el momento no necesita más. ¿Tú qué piensas?

Lila lo miró, sus labios curvándose en una pequeña sonrisa antes de asentir.

—Ha sido perfecto, pero suficiente.

—Al menos aquí—dijo él—. Mi apartamento puede ser el lugar perfecto para un café. Entre otras cosas—añadió, y ella mordió su labio inferior, sin contestar por unos segundos.

Cuando su cabeza subió y bajó, en mudo asentimiento, Beau casi elevó su puño al aire. Esta noche... Era la noche.

++++

Lila miró por la ventanilla prácticamente todo el trayecto hasta el edificio, los nervios haciéndose sentir en su tripa y en la garganta. La cena había sido magnífica, la conversación adecuada, y cada minuto sintió la mirada de Beau sobre ella, solícita pero intensa al dos mil por ciento, haciéndole saber que la deseaba.

La invitación había llegado al final, y ella dudó unos segundos antes de aceptar ir con él <<*a por café y otras cosas*>>. Otras cosas, por Dios. La cabeza se le había vuelto bruma al imaginarse en posiciones olvidadas, tanto era el tiempo transcurrido desde que había follado por última vez.

Y no es que anhelara volver a las mismas experiencias, porque habían sabido a poco en el año final de su matrimonio. ¿Iba a sucumbir a sus impulsos y dejarse ir en los brazos de este hombre? ¿Estaba segura de que era lo correcto? ¿Y si se arrepentía y...?

Por favor, Lila, ¿de qué podrías arrepentirte mañana? ¿De no disfrutar en los brazos de un hombre que era estupendo, guapísimo, gentil? Casi podía sentir la voz de Greta en su cabeza: ¡a por ese maromo, Lila!

—Aquí estamos—dijo él, y ella miró adelante mientras Beau maniobraba para ingresar al estacionamiento de uno de los edificios del centro de la ciudad—. ¿Estás bien? Has estado muy callada...—lo miró y él hizo lo mismo apenas estacionó—. Si te arrepentiste y estás considerando cómo zafar de forma elegante, no tienes que hacerlo. Te llevaré a casa al instante, no...

—¡No, no! Estoy... nerviosa, pero no arrepentida.

Él sonrió y sus ojos se entornaron.

—Me alegra. Vamos entonces.

Descendieron y le siguió por el desierto estacionamiento. Por la manera en que la miraba y su cercanía esperó que la asaltara apenas ingresaron al elevador, pero él se limitó a

apretar el botón, mirarla con sus manos en los bolsillos de su pantalón, piernas abiertas y sonrisa devastadora.

A Lila se le secó la boca al pensar que en minutos ella podría disfrutarlo, las fantasías que había imaginado con él y que aplastó por idiotas y ridículas volviendo con virulencia para inundar cada resquicio de su cabeza.

—Aquí estamos—dijo Beau, y extendió su mano en invitación para que avanzara hacia la única puerta del piso.

—¿Tienes todo el piso para ti?—preguntó, mirando alrededor.

—Privilegios de ser el jefe de la empresa que lo construyó—le dijo, y le colocó su mano en el bajo de la espalda para dirigirla a la puerta.

El calor que irradiaba su palma pareció un sello imprimiéndose en su piel a través del vestido, apenas por encima de su cola. La temperatura de Lila subió algunos grados, y la expectativa siguió construyéndose, abrumadora.

Cruzó el umbral y se topó con un ambiente elegante, sobrio y muy, muy masculino. Era espectacular, por supuesto, pero Lila... Estaba un pelín intimidada. La razón no era el espacio amplio y lujoso, sino sus deseos, que se le revelaban incontrolables a medida que se adentraba en los dominios de Beau.

Se esforzó en apreciar el apartamento en detalle: las paredes grises y los muebles de líneas rectas daban idea de un orden férreo, pero aquí y allá aparecían detalles de color, como cojines en tonos oscuros de rojo y azul, que suavizaban el ambiente y le daban calidez.

Se detuvo un instante frente a un cuadro que colgaba en la pared apuesta a la puerta y parecía dominar el ambiente. La pintura era intensa y enigmática, con trazos enérgicos de color que parecían contar una historia incompleta, abierta a la imaginación del que la contemplaba.

—¿Te gusta? —preguntó él, colocándose a su lado, y con ello trayendo otra vez su perfume envolvente y masculino.

Embriagador.

—Sí, es... fascinante—Lila se volvió hacia él, sus ojos brillando de curiosidad—. ¿Es de un artista conocido?

Él dejó escapar una sonrisa, y hubo un dejo nostálgico en la manera en que contempló la pintura y habló.

—Algo así, al menos en Georgia. Mi tía Augusta adora pintar, y tiene una galería. Es una gran artista y una mujer increíble. Mi persona favorita, con franqueza. Ella es esto—señaló—. Color, pensar fuera de las normas, caos controlado. El polo opuesto de sus hermanas.

Lila sintió un nudo en el pecho al escuchar la ternura en su voz. Este lado de Beau, vulnerable y genuino, era un contraste al hombre seguro y sofisticado que solía ver. Sin pensarlo, extendió una mano y la apoyó en su brazo, en un gesto instintivo de cercanía.

CATORCE.

El contacto fue un chispazo. Beau le sostuvo la mirada, y Lila sintió que la atmósfera se volvía más densa, cargada de una tensión imposible de ignorar. Sus respiraciones parecieron sincronizarse, y la distancia entre ambos se fue cerrando poco a poco, hasta que él inclinó el rostro y la besó.

No hubo lentitud ni exploración en el beso, todo lo contrario. Fue como si ambos levantaran la presa que había contenido sus deseos, y saltaran a comerse la boca.

El cuerpo de Lila respondió al instante, pegándose al pecho de Beau y elevándose sobre los dedos de los pies para tener mayor y mejor acceso a esos labios impenitentes que parecían querer sorberla y volverla tonta.

Cada caricia, cada roce de sus labios pareció llenarla de electricidad, y sus oídos zumbaron mientras sus ojos se cerraban para prolongar las sensaciones y abandonarse a estas. Él sabía a whiskey, y ella quería embriagarse de él.

Cuando la lengua masculina demandó entrada, se la concedió sin más, y llamó a la suya al combate. Las manos de Lila sostuvieron los lados de la cara de Beau, impidiéndole retirarse. Lo quería a su merced, besándola, besándola...

Él la envolvió en sus brazos, acercándola a él, pegándola a su pecho y pelvis, haciéndole sentir su erección, y Lila se abandonó a la sensación, olvidando por completo sus reservas. Su mente dejó de cuestionarse, y lo único que hizo fue dejarse llevar para sentir cada centímetro de su cuerpo junto al de él.

La intensidad aumentó cuando él la tomó por la cintura y la elevó sin esfuerzo, gesto que ella facilitó al colgarse de su cuello. La guio hacia el amplio sofá de la sala, sin romper el contacto, y la empujó para que yaciera en él.

Lila se dejó caer con suavidad, atrapada por la mirada ardiente de Beau que no dejaba de explorar cada detalle de su rostro. Los dedos de él recorrieron la piel de sus brazos, hicieron formas sobre su pecho, acercándose a su escote, despertando cada fibra de su ser.

En segundos el ambiente había mutado de romántico a primitivo, urgente.

—He esperado esto—dijo él, su voz ronca, y su boca se movió por su faz, rozando la piel y despertándola, enervándola, hasta que llegó al lóbulo de su oreja, que tomó entre sus dientes y mordisqueó con suavidad, provocando que Lila lanzara una exclamación.

—¡Oh! Yo...—Los labios ahora estaban detrás de la oreja, y allí descubrieron una zona que Lila desconocía podía hacer que se arqueara de placer, pero así fue—. También... Lo pensé...

Sus palabras no tuvieron mucho sentido. Se sintió tímida, y a la vez un poco

sobrepasada. Tendida en el sofá carísimo, en un apartamento que debía costar millones, a merced (voluntaria) de un millonario tan atractivo que, por alguna peregrina razón la quería aquí, Lila perdió capacidad de vocalizar y ganó deseos de sentir, de disfrutar.

—Dime qué imaginaste—la urgió él, demandante, su lengua deslizándose hasta el hueco de su clavícula, y esto pareció ir directo a su coño, que se humedeció.

—Esto... Algo...—susurró, aferrada a la camisa, haciendo su cabeza atrás para dejar sitio a esos labios que calentaban su piel.

Estos se fijaron en el centro de su garganta, ascendiendo con lentitud, deliberados, mientras sus manos la envolvían y atraían, semi incorporándola, como si fuese una muñeca, para desprender la cremallera del vestido.

Lila alcanzó a verse en un espejo en la pared más cercana, y le azoró lo grande de sus ojos y el que su piel pareciese brillar. No era justo que él la desnudara y permaneciera vestido, consideró, y sus dedos fueron a los botones, tembleques.

Se le tenía que notar la poca experiencia, el poco mundo, el que no podía creer estar aquí con él, y se sonrojó al considerar que Beau debía divertirse al verla tan inerme y torpe. Esto la hizo dudar y detenerse.

—Ey, ¿qué pasa?—dijo él, tomando su barbilla con dos dedos y elevándola para que le mirase.

Enfrente suyo, Lila vio a un hombre excitado, con la misma expresión de deseo que en la suya, y gentil. Las dudas bobas retrocedieron.

—Un pelín... oxidada y consciente de mis defectos...—susurró.

—Eres hermosa y te deseo, mucho, Lila—respondió, y sus manos hicieron descender el vestido hasta su cintura, dejando sus hombros y senos al descubierto. Sus pupilas parecieron tomar todo el iris cobalto, y hubo una interjección—. ¡Hostia puta, eres tan sensual!

Ella parpadeó. No lo era. Travis se había quejado tanto de eso:

<<Tan mojigata, Lila.>>

<<Tu estómago tiene estrías, joder, deberías hacer algo. ¿Que no hay cremas para eso?>>

<<Las mujeres de tu edad tienen estómagos chatos, pero claro, se cuidan, no como tú.>>

<<Eras divertida y atractiva cuando más joven, pero la maternidad te hizo decaer.>>

Travis es un bastardo manipulador y violento que te minimizó y psicopateó, Lila. Sus palabras no tienen razón de ser en tu cabeza, no le dejes arruinarte esto. Ya tomó mucho de ti.

—Incorpórate, Lila, déjame verte—demandó Beau, y ella parpadeó, abrumada por la autoridad de su voz, que pareció colarse hondo y pulsar en una parte sumisa, que le obedeció sin segundos pensamientos.

Se elevó y el vestido cayó a sus pies, y Lila miró la tela negra amontonada sobre sus zapatos. Demoró en levantar los ojos, y cuando lo hizo, la imagen de Beau recorriéndola con los ojos le dio seguridad.

No había decepción ni dudas en él, sino pura y descarnada lujuria. La sonrisa en su rostro fue un pelín salvaje, y retrocedió para sentarse a dos metros en un sillón que más parecía un trono de cuero.

—Date la vuelta, Lila. Quiero ver mi regalo desde todos los ángulos.

Ella tragó saliva y se sonrojó, consciente del tanga que exponía su culo y de lo transparente del encaje de su sostén. No obstante, se instó a obedecer, y giró lento.

—¡Detente!—gruñó él cuando estaba de espaldas, y así lo hizo.

No pasó un segundo que él estaba sobre ella, pegándose contra su espalda, y la sensación de la tela finísima de su pantalón sobre sus glúteos y de su piel caliente sobre su espalda la hizo cerrar los ojos. Su pecho desnudo, claramente velludo, porque la sensación era innegable.

Él frotó su pelvis contra sus nalgas, arriba y abajo, y llevó más humectación al coño de Lila. Los brazos la envolvieron desde atrás y la atraparon en un círculo, sus manos tomando los senos y sopesándolos, apretándolos y rozando los pezones, jugando con ellos y excitándola en el proceso.

Lento, sus yemas la acariciaron, trazando los huesos de su caja torácica, los de sus caderas, su ombligo, para volver atrás y torturar sus picos, otra vez.

—Adoro tus senos. Llenos, pesados. No puedo esperar a probarlos—Lila gimió, y él rio bajito—. Pero tengo tanto en mis manos que me resulta... Difícil elegir... ¿Por dónde comenzar? ¿Tus pechos? ¿Tu coño? ¿O dejar que me complazcas con tu boca? Mm, elecciones, elecciones.

Parpadeó rápido, impactada por lo descarnado de sus palabras. Era... raro, primario, pero ¡lo que provocaba en ella! Nunca se había sentido tan encendida.

Memorias de una intimidad plana y sin mucho más que interjecciones y gruñidos quisieron emerger, pero las comprimió bajo el peso de su deseo monumental por este hombre que la tenía al borde con unos pocos toques y frases.

Estaba lista, oh, tan lista para esto.

—Ven aquí, Lila, pero gateando. Arrástrate para mí, gatita hermosa.

¡Oh, no estaba lista, no! ¿Qué cojones? Tragó saliva y le miró, azorada. Él se hizo adelante en el sillón, y luego se incorporó, desprendiendo su cinto y maniobrando con los botones de su pantalón, que cayó a sus pies, y le dejó en un apretado bóxer gris claro que delineaba a la perfección una erección... monstruosa.

Lila tragó saliva y casi sin pensar dobló sus rodillas. Él bajó la única capa de ropa que le cubría y su polla emergió, bamboleando y exhibiéndose orgullosa.

La garganta de Lila se contrajo, y cuando él volvió a sentarse como un rey y comenzó a masturbarse, mirándola desafiante, no lo pensó más.

Su gatear fue torpe, sin ritmo, pero veloz sobre la mullida alfombra, y estuvo entre los musculosos muslos en pocos segundos.

—Muy bien, hermosa—descendió el rostro para besarla, y ella correspondió, y rezongó cuando él se retiró, lo que provocó la risa baja—. ¿Estás cómoda con esto, Lila?—su voz seductora tenía un borde de cuidado que Lila apreció.

Él estaba preguntando si quería, si lo haría, y ella asintió, su mano elevándose para ir a la base de su miembro, acariciando sus testículos, sus dedos enredándose en los vellos y luego ascendiendo por el largo, apreciando la textura, hasta llegar a la punta, húmeda con cremosidad.

Sus dientes mordieron el labio inferior, y elevó sus ojos, pidiendo autorización para hacer lo que su lengua ya paladeaba. Él asintió.

—Abre tu boca, Lila. Toma mi polla y dame placer.

En las fantasías que había bordado con Beau Montgomery, su rol era más pasivo, con franqueza. Estas habían estado plagadas de besos, piel sobre piel, y la idea de los dos cuerpos fundidos y en contacto, mientras él pujaba en ella.

Esto, ahora... Era removedor. Él la ponía en un lugar de protagonismo que Lila no había tenido antes y... Era enervante, la ponía a mil, pero la llenaba de nervios. Había hecho sexo oral antes, por supuesto, pero no le había gustado, en general. Travis era...

¡A la mierda Travis, Lila! ¡Es un bastardo violento y manipulador que no buscó nunca más que humillarte y satisfacerse! Esto es otra cosa. Otro hombre. Uno muy, muuuy diferente.

Podía hacer esto, y lo haría bien. Abrió sus labios y envolvió el glande, suave como terciopelo, y sus papilas se llenaron del sabor pungente masculino.

Fue deslizando su boca hasta que media polla estuvo en su boca, y su lengua trabajó en el largo devorado, tentativa, acariciando con la punta, redondeando la cúspide, volviendo atrás.

—¡Eso, bien! Uff, joder—graznó él, y la cabeza fue atrás, para de inmediato volver y mirarla con hipnótica concentración—. Sabía que esos labios tuyos me iban a hacer ver estrellas, preciosa—Sonrió, y su mano fue a la cabeza de Lila, y se enredó en su cabello, empujándola con mucha suavidad a que tomara más—. Relaja la garganta... Eso, déjame entrar, haz espacio para mi en tu deliciosa boquita.

Esa voz, gutural y cavernosa... Esos ojos que no se apartaban. La polla que la llenaba y la dejaba sin poder hablar, solo capaz de succionar...

La experiencia era impactante, pero Lila no se sintió intimidada, sino... Empoderada. Este hombre jadeaba por ella, porque le estaba dando placer. Era exhilarante.

El empujaba su pelvis para ir más adentro, pero no había violencia en el movimiento. En unos minutos Lila encontró que su nariz chocaba contra su piel y el cosquilleo de los vellos de la

base le anunciaron que, de algún modo, tenía su polla en su garganta, comprometiendo su respiración en el proceso.

Se atoró e hilos de saliva cayeron por las comisuras de sus labios, y lágrimas brotaron de sus ojos. Debía ser una imagen patética, pensó, sucia, y la conciencia la hizo retroceder.

—Mírate...—le dijo Beau, pero no había repudio o desagrado en él, sino pura lujuria—. Podría correrme en tu boca, no tomaría más que unos segundos. Tu boca es magia, Lila, pura magia.

Sus manos grandes ascendieron y la tomaron del cuello, haciendo que retrocediera, y le limpió la boca con su camisa, eficiente, para luego besarla con pasión. Ella sentía sus labios encendidos, bien usados.

La trajo hacia él y la sentó en su falda, y ella se frotó contra su cuerpo firme, musculoso, de una manera tanto primaria como íntima. Cada toque y movimiento alimentó el fuego en su interior y se sintió viva de una manera que no le había pasado en mucho, mucho tiempo. Tal vez nunca.

QUINCE.

El pasado con su ex, el dolor de las repetidas humillaciones, infidelidades y golpes, el miedo a repetir errores, todo se disolvió. En su cabeza solo estaban Beau, el presente, el momento. Su cuerpo sabía lo que quería.

Lo besó con hambre fiera, vertiendo sus emociones más profundas en la conexión que construían. Era intoxicante la manera en que habían pasado de cero a cien, en minutos, sus cuerpos reconociéndose como si fuesen viejos amantes.

Sus respiraciones eran cortas, y sus dedos trazaron formas sobre la piel masculina, Le sintió estremecerse debajo de sus yemas. El toque de Beau era cuidadoso, exploratorio, reverente, y su tanga y sostén desaparecieron como por arte de magia.

Él maniobró para tenerla sobre sus muslos, abierta, su espalda contra su pecho, y sus dedos fueron a su coño. Lo primero que sintió fue un toque casi fantasma mientras las yemas recorrían su raja con exasperante lentitud, como si exploraran lo desconocido.

Luego, dos dedos de una mano entreabrieron sus labios mayores y la otra mano se abocó a enloquecerla, distribuyendo la abundante humedad que su coño exudaba sobre toda la superficie, y...

Oh, joder, y él llevó dos dedos juntos a su boca, y succionó, haciendo un sonido de satisfacción que reverberó en el oído de Lila.

—Delicioso—susurró, y retornó a su coño para estimular su clítoris con ahínco.

Sensaciones olvidadas partieron de allí para despertar lugares dormidos en Lila. Su pequeño punto de nervios nunca había sido bien tratado, pero Beau estaba compensando años de desidia con expertos toques.

—No será hoy, porque estoy que me salgo, pero voy a probarte, Lila. Voy a devorarte el coño con placer—le murmuró, y ella gimió largo, porque la declaración se acompañó de más estímulo, y se incentivó con la entrada de dos dedos a su vagina, que pujaron en ella con cuidado.

—Tan apretada... Tengo que hacer sitio para mi polla aquí... Vas a estrangularme si no te abro más. Joder, Lila, me estás volviendo loco, preciosa.

Su voz no mentía, ronca y baja, y tampoco sus ojos o lo frenético de su respiración. Beau quería esto tanto como ella.

De pronto se encontró sobre su hombro, rebotando contra su espalda, mirando sus firmes glúteos moverse mientras caminaba hacia el dormitorio, imaginó. No importaba, nada importaba como no fuese tenerlo sobre ella, recibiendo la atención de su boca y sus manos.

Rebotó contra el colchón, una nube envolvente, y no supo nada de la habitación salvo

que Beau estaba ahí. Lo tuvo sobre ella en un instante, y el bulto de su hombría se pegó a su intimidad, empujándola, desafiándola.

—Voy a follarte, Lila. Este es el momento de parar si lo quieres... Estoy que me salgo, joder, no me sentía así desde...—se cortó y la miró, y ella negó.

—Estoy bien, más que bien. Vamos, apúrate—le urgió, desquiciada de placer, y le atrajo para besarla, envolviéndole con sus piernas para que no se fuera, para que su piel siguiera sobre ella.

—Espera—susurró sobre su boca—. Protección—aclaró, y se movió rápido.

Lila se elevó sobre sus antebrazos y le miró buscar en los cajones de una mesa de noche en madera oscura. De allí sacó un envoltorio que rompió con manos algo temblorosas, y colocó el condón en su largo en un movimiento experto que fue también muy sexual.

—Ahora sí.

Se movió sobre el lecho para colocarse sobre ella, y la miró fijo, sosteniendo su peso con una mano y sus rodillas mientras la otra tomaba su miembro y lo colocaba entre las piernas de Lila, que podía escuchar su intimidad cantar como una sirena para atraer a la polla que quería la poseyera.

—¡Fóllame, Beau! No te contengas.

—Oh, no lo haré, preciosa. Estoy demasiado cargado, me enloqueces—su voz se hizo más baja en la medida que la penetró, lento, ingresando y llenándola, haciéndola consciente de lo grueso de su miembro.

Su cuerpo se abrió para recibirlo, y ella cerró sus ojos, dejándose invadir por más deseo. Lo quería por completo, duro, haciéndose sentir. Se movió hacia arriba con impaciencia, y él rio.

—Paciencia, Lila. Te daré lo que quieres y mereces.

Su polla retrocedió y avanzó, cuidadosa, y luego otra vez, y otra, cada vez acelerando, hasta que pronto pujaba en ella con la fuerza y la profundidad perfecta. Sus pieles desnudas, sudorosas y en fricción, enrojecieron, y sus bocas gimieron.

—Caliente... Apretada... Tan húmeda... Perfecta...—gruñó él, y la besó mientras redoblaba las embestidas y la conducía a la locura.

Su cabeza no podía pensar en nada más que él, su polla, su boca, el divino peso sobre ella que la estaba despertando a la vida sexual, otra vez.

No lo llevó más que algunos minutos el correrse, gimiendo largo, arqueándose y elevándolo en su loco perseguir el orgasmo.

—¡Eso, eso, Lila! ¡Córrete, córrete para mí!

La desesperación con la que estalló, la urgencia, la necesidad, le eran desconocidas, y que él la incentivara y la mirase con intensidad feral, y luego rugiese y se corriese con renovados bríos en sus empujes fue la experiencia más brutal que Lila había tenido.

Guau. Joder. Esto... De esto hablaban las canciones, las historias de pasión, los romances tórridos. De este placer difícil de describir, pero que hacía perder la razón y las palabras. Cuando el deseo se volvía urgencia primaria, el orgasmo era una experiencia transformadora.

¡Había sido hermoso, maravilloso! Y corto. Lo quería otra vez, decidió mientras su cabeza volvía a la realidad y sus ojos miraban al que jadeaba a su lado. Quería follar cien veces y más, de todas las formas con Beau Montgomery.

Cuando Lila se despidió con un beso profundo y ardiente, uno que pareció decir más que muchas palabras, Beau sintió un peso en el pecho. Miró mientras el auto que ella insistió en llamar se alejaba del edificio y la sensación de vacío que la partida de ella dejó en el espacio se le antojó densa.

En cuanto estuvo en su apartamento otra vez, se sentó en un sillón, y se quedó inmóvil por un buen rato, repasando cada instante de lo que acababa de suceder. No había esperado sentir tanta intensidad, tanto apego, ni mucho menos este deseo incontrolable de querer más.

La fragancia de Lila, sus suspiros, cada caricia y cada mirada estaban impregnados en su mente como una marca. Apoyó una mano en el sofá, aún con el calor de su piel grabado en él, y cerró los ojos, intentando recuperar la calma.

La había tenido aquí, a su merced, su cuerpo curvado pintado de rubor desde sus mejillas hasta su cuello y escote. Había acariciado y apretado sus senos llenos, pinchando los picos que los coronaban.

Su respiración se cortó mientras la pensaba. La forma en que le miraba, sus ojos desmesurados y la boca entreabierta. Su cortedad cuando le ordenó gatear hacia él, y ¡oh, bendita sea!

Lo que le había jodido la cabeza el verla venir a él, sus senos colgando, su culo en el aire. Sus brazos colgándose de él mientras sus piernas encerraban sus caderas. Esa sumisión que no había demorado nada en aparecer, y que estaba hecha de confianza.

Espantó de un bofetón imaginario su voz interna que le cuestionó y recordó lo discutible de sus intenciones: ganar la apuesta que lo inició todo. No tenía cabida en estos recuerdos. Casi podía sentir la tibieza de su piel contra él, otra vez.

Su mente conjuró el momento cuando su polla fue envuelta por su boca y sus labios carmín lo succionaron. Era una imagen que lo perseguiría donde fuese y le haría correr una y otra vez.

—Esa boca... Esa roja, maravillosa boca...—gruñó, sintiendo que su polla reaccionaba.

Su calor apretado dando la bienvenida a su polla, su cuerpo estremeciéndose con cada envión de sus caderas. Los sonidos que susurró y gritó, unos que tal vez hacía años no

pronunciaba. El placer con el que se corrió.

—No alcanza—susurró—. No alcanza con esto. La apuesta está ganada, pero no me importa—verbalizó en alta voz lo que su cabeza había pensado al liberarse dentro de ella.

Apretó sus dientes. La manera en que ella gritó al alcanzar el orgasmo, sin aliento, saciada. Quería ver eso, provocar eso otra vez.

Volver a terminarse en ella luego de poseer cada trazo de piel con su boca y sus dedos. La quería desesperada, necesitada bajo él, encima, en cuatro, como fuese.

Había tanto que podía enseñarle. Era campo fértil para sus fantasías. Esas muñecas suyas se verían exquisitas con esposas, atrapada para él. ¿Estaría horrorizada si sabía lo mucho que le gustaba jugar en la intimidad? ¿Lo entendería?

Lila había luchado por su independencia con uñas y dientes, así le contó que había sido su proceso para llegar a su posición actual. Se preguntó qué versión de Lila encontraría debajo de esa apariencia propia y calma. La muestra que acababa de ver...

Ella podía ser huracán, lo intuyó, y él era un tonto que deseaba que lo abatiera.

DIECISÉIS.

Beau despertó temprano, pero permaneció un rato en la cama, el brazo extendido sobre la sábana donde ella había estado horas antes. La calidez de su piel se había fugado, pero no el recuerdo de sus gemidos o la imagen de su cuerpo arqueándose contra él. Si se esforzaba podía oler el muy leve rastro de su perfume en el aire, una mezcla dulce casi intoxicante.

Se levantó, incapaz de quedarse quieto, y se abocó a trabajar. Su día pasó en un vaivén de reuniones insípidas que lo dejaron más ansioso que satisfecho. Sus pensamientos regresaban a Lila con una intensidad que no podía sacudirse.

Finalmente, cuando llegó la tarde y tenía que alistarse para cenar en la mansión familiar, decidió actuar. Con el móvil en la mano, escribió un mensaje:

Beau: *¿Cómo estás? Espero que haya sido una noche especial para ti. Yo la disfruté, más de lo que esperaba, y eso que tenía expectativas elevadísimas.*

Lo leyó dos veces antes de enviarlo. No era su estilo dudar, pero con Lila, todo parecía un poco más... complicado. Cuando el mensaje fue enviado, se dio cuenta de que estaba apretando la mandíbula. Su respiración se calmó cuando el teléfono vibró.

Lila: *Estoy bien. Fue intenso, diferente.*

¿Oh? ¿Qué significaba eso? Cuando dudaba, llegó el alivio.

Lila: *Pero lo disfruté, mucho.*

Podía leer la timidez entre líneas, casi imaginársela acariciando el borde de su cabello, un gesto que había notado la noche anterior cuando ella estaba nerviosa.

Beau: *Me alegra saberlo. Quiero verte de nuevo, Lila. Me gustaría seguir conociéndote.*

Lo pensó, y agregó un emoticón de diablito. Eso, sugerente. Hubo una pausa, y luego la respuesta sonó:

Lila: *¿Conociéndome? ¿Qué significa eso? ¿Quieres que sea tu amante?*

Guau. Eso era más crudo de lo que esperaba. Lo consideró, su mirada fija en el teléfono. Directa. Esperaba franqueza, y se la devolvería.

Beau: *Una relación casual. No tengo pareja, si eso te preocupa. Soy soltero, sin compromisos. Y mi único interés hoy día eres tú.*

Esperó, pero la respuesta no llegó, y dejó el teléfono a un lado. Debía prepararse para la cena con su familia. La declaración que acababa de escribir resonó en su mente. Era cierto, ella tenía todo su interés concentrado.

Lila lo provocaba y le convocaba, y era más que puro deseo físico. No estaba dispuesto a ponerle nombre, no todavía, pero reconocía que esos sentimientos estaban allí, debajo de la piel, creciendo a pesar de sí mismo. Se conminó a controlarse y no demostrar nada con los suyos.

La mansión familiar estaba llena de luces cálidas y flotaban en el aire los aromas de la cena que se preparaba en la cocina. Rhett estaba de pie junto a la barra de la sala principal, sirviéndose una copa de bourbon, cuando Beau entró.

—Beau. Llegas temprano. ¿Un milagro o un reflejo de que estás de mejor humor? —dijo Rhett, levantando su copa como si brindara.

Lo ignoró, tomando un vaso y sirviéndose un poco del mismo bourbon. Dio un sorbo antes de hablar.

—Un poco de ambos, tal vez.

—¿Y eso a qué se debe? —Rhett ladeó la cabeza, estudiándolo—. Déjame adivinar... tiene algo que ver con nuestra pequeña apuesta.

Beau apretó la mandíbula y miró alrededor para ver si su madre o tía Lucille estaban cerca, y no encontrarlas le permitió relajarse. Miró a Rhett con suficiencia y frialdad.

—Si eso es lo que quieres saber, sí. La gané. Cómo ambos sabíamos que pasaría desde el inicio.

Ahí estaba, sereno y propio. No mentía, desde luego, porque seducida, Lila lo estaba. Él también, pero eso no tenía por qué saberlo este jodido que ahora le miraba con una ceja elevada y visible interés.

—¿De verdad? ¿Así que la florista cayó en tus redes? Bien, bien. ¿Detalles?

Beau lo fulminó con la mirada, y cuando el idiota sonrió, supo que le provocaba, como el cateto que era.

—No hay detalles que debas saber, Rhett. Fue como lo predije. Fin de la historia.

—¿Fin de la historia? —Rhett ironizó, inclinándose hacia él—. ¿Seguro? Porque, por la forma en que estás actuando, no parece que haya terminado para ti. Más bien da la impresión de que estás comenzando. Te conozco bien, hermanito. No me engañas con tu fachada.

Beau sostuvo su mirada, sin ceder.

—Lo que haga con mi vida es asunto mío, Rhett. No tuyo, ni de nadie más.

Rhett levantó las manos, como si se rindiera.

—Solo digo que tengas cuidado. Sabes cómo puede ser la familia cuando... bueno, cuando se enteran de lo que no encaja con sus expectativas.

Beau no respondió. Rhett tenía un buen punto, pero no iba a pensar en eso. No quería que nadie interfiriera con lo que estaba pasando con Lila. Era tan endeble, tan casual que no necesitaba que alguien sacudiera el brote de lo que apenas nacía.

—Beau, hijo, ¡bienvenido!

La voz grave de su padre llamó su atención y le saludó con un abrazo, y con un beso a su madre, que vino detrás y le miró con suspicacia. Por fortuna su fachada, como llamaba Rhett, sí funcionaba con ella.

Pronto estaban conversando con calor sobre las dificultades que el jodido Langston estaba levantando para su proyecto. El millonario había cedido, pero estaba metido en el medio de cada decisión conjunta.

Cuando Daphne, Eliza y Harrington llegaron, los cuentos de Rhett sobre sus andanzas en el Everest se llevaron la atención de la noche, y se distendió lo suficiente como para disfrutar de la reunión familiar.

Cuando regresó a su apartamento, se encontró revisando su teléfono, ansioso, y para su alivio, la respuesta de Lila había llegado.

Lila: *Estoy de acuerdo con una relación casual. Pero te ruego que si tu estatus cambia, me lo hagas saber. Confío en que eres un hombre digno y sabes que Henry es mi todo, y no necesito complicaciones.*

Beau suspiró, recostándose contra el sofá. Tecleó pensando cada palabra, asegurándose de que fueran claras:

Beau: *Te respeto a ti y a Henry. No hay nadie más. Quiero que esto sea tan simple como tú lo necesites. Divertido, apasionado, sin ataduras para ninguno.*

Envío el mensaje antes de pensarlo demasiado. Era lo más honesto que había sido con alguien en años. Se dio cuenta de que, aunque no entendía del todo lo que sentía por Lila, estaba seguro de una cosa: no quería retroceder, no de momento.

Lila llegó a la Biblioteca Bull ST a última hora de la tarde, llevando bajo el brazo un par de libros que Henry había terminado de leer. El majestuoso edificio, con su aire de intemporalidad y sus altas columnas, era uno de sus lugares favoritos en Savannah.

A pesar del largo día de labor, se había obligado a pasar. Preston, su amiga y la bibliotecaria del lugar ya la había llamado dos veces esa semana para preguntarle si todo estaba bien.

Cuando cruzó las puertas principales la divisó en su escritorio, sentada al frente del ordenador con su habitual parsimonia. Era una mujer de pocas palabras, pero con una inteligencia brillante que hacía que sus opiniones fueran muy valoradas. No era alguien que hablara por hablar, y no hacía preguntas sin razón.

—Pensé que ya no ibas a venir —comentó levantando la vista de la pantalla, acomodándose las gafas con un movimiento mecánico.

—Henry terminó los libros antes de lo que esperaba. Y ya sabes cómo es, necesita material nuevo cada semana.

Lila dejó los libros sobre el escritorio, notando cómo Preston los inspeccionaba, pasando los dedos por los títulos con una expresión de aprobación.

—Tiene un gusto excelente. Pero eso ya lo sabes.

Preston se hizo atrás y fijó su mirada en Lila, achinando sus ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Lila, intentando mantener un tono ligero.

—Nada en particular —respondió Preston, con esa neutralidad que la caracterizaba—. Solo me pregunto si todo está bien. Greta mencionó que has estado... distraída, ocupada.

Lila sintió cómo el calor le subía al rostro. Greta, por supuesto. Su amiga era leal, pero también demasiado directa cuando se preocupaba por ella. Bajó la mirada hacia el mostrador, intentando buscar una respuesta que no revelara demasiado.

—Bueno, he tenido algunas cosas entre manos. Nada importante—dijo.

Era falso, y lo sabía ella y Preston, que la leía fácil, y ahora apoyó las manos en el escritorio, entrelazando los dedos. Su mirada era tranquila, pero era obvio que esperaba más información.

—Si no es importante, ¿por qué has cancelado nuestro café habitual dos veces?

Lila exhaló despacio. No podía evadirla, ni tenía por qué, en realidad. Preston era paciente, y no le preguntaba por cotillear. Era su amiga.

—Estoy viendo a alguien —admitió al fin, aunque su voz bajó un poco al decirlo.

Preston levantó las cejas, pero su reacción fue mesurada.

—Eso explica bastante.

—No es nada serio —añadió Lila con rapidez, como si necesitara aclararlo antes de que su amiga llegara a conclusiones equivocadas—. Es... complicado.

—Complicado no es necesariamente malo —respondió Preston, con un leve movimiento de cabeza—. Aunque sí suele ser agotador.

Lila soltó una pequeña risa, más por nervios que por otra cosa.

—No diría que es agotador, pero tampoco estoy segura de cómo sentirme al respecto.

Preston hizo una pausa, como si procesara lo que acababa de escuchar. Luego, preguntó:

—¿Quieres hablar de ello?

Lila dudó un momento antes de asentir. ¿En quién confiar si no era en sus amigas? Necesitaba oídos y opiniones objetivas.

—Es alguien... diferente. Tiene una vida opuesta a la mía. Me ha dejado claro que si bien no tiene compromisos ni pareja, esto es un lígúe para él. Me lo dijo, no es como si me ha engañado.

Preston no respondió de inmediato. En lugar de eso, se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo que sacó del bolsillo de su chaqueta.

—¿Y para ti?

—Para mí, es... Más—confesó, sintiendo un nudo formarse en su garganta—. No quería que lo fuera, pero... es difícil no desarrollar sentimientos cuando estás con alguien que te gusta y se muestra... Es un hombre espectacular, Preston. Guapo, gentil, apasionado.

Preston volvió a colocarse las gafas y la miró con una expresión más suave de lo habitual.

—Aceptaste una relación sin ataduras, por lo que entiendo. Y no has podido mantenerla como física, nada más. Estás bien, pero preocupada, ¿entendí bien?

Lila asintió, y suspiró.

—Sí, es eso, tal cual. La estoy pasando muy bien, pero temo terminar en pedazos cuando él siga con su vida.

Preston inclinó la cabeza a un lado.

—¿Y si no termina así? ¿Y si solo te permites vivir esto, sin pensar en el final? Date tiempo para vivir sin culpas ni anticipar miedos.

Lila parpadeó, y no respondió, pensativa. Las palabras de Preston eran sencillas, pero resonaban en ella. Su amiga tenía razón, estaba complicando las cosas.

Basta de proyectarte, de pensar en fracaso, en sufrir... Esta no es una telenovela, es la vida, y hay que tomar los momentos de felicidad cuando llegan.

Esa noche fue al departamento de Beau decidida a seguir el consejo de Preston. Sentada en posición de loto en la alfombra de su estar y vestida con una camiseta suya que le quedaba grande, disfrutó del cansancio bonito que la invadía luego de follar con pasión.

Lo que Beau le hacía... El picante y las novedades que introducía cada vez que estaban juntos era digno del porno más kinky, o eso pensaba Lila, consciente de lo poco que había vivido su sexualidad antes.

Esta noche, por ejemplo, él la había torturado al excitarla una y otra vez hasta el borde del orgasmo, para retroceder y comenzar de nuevo, dejándola sin aliento, sorprendida, deseosa hasta el delirio, e incluso furibunda. ¡Le había gritado, joder!

<<Fóllame ya, cabrón!>> ¡Cómo había reído él, extasiado, como maníaco, y le había susurrado que le encantaba alterarla así.

<<Apuesto a que me atacarías si no te doy lo que quieres cuando estás así. Saltarías en mi polla como una puta si pudieras,>> le había susurrado en el oído, y ella gimió, porque la declaración se hizo mientras la penetraba con un envión carente de sutileza, su polla como un estilete del acero más impenitente.

Solo entonces se había calmado, con su miembro cogiéndola con desesperación. Sí, él también había estado al límite, y eso le gustaba. Movilizarle, saber que no era inmune, sino que la quería en su cama y en su vida, al menos por unas horas.

Su yo anterior a Beau se horrorizaría ante las palabras que aceptaba que él le dijera, o el que no dudara en rogarle por su polla, o que anhelara que restringiera sus manos o le quitara visión, privándola de sentidos necesarios para cuidarse.

Pero lo que sucedía entre las paredes del dormitorio o del estar, o del baño... O en el

auto, en el estacionamiento, detrás de vidrios polarizados y mientras pasaban algunos inquilinos en camino al ascensor... Era un juego.

Apasionados momentos, privados, que no la hacían sentir menos, ni indecorosa o indecente. Él se aseguraba de que estuviese cómoda, de preguntar si quería, si aceptaba, si le gustaba.

¿La verdad? Mucho, muchísimo. De la misma forma que le gustaba el tiempo que compartían después. Como este. Frente a ella, las cajas de comida estaban abiertas, y el aroma de los fideos y las especias llenaba el aire. Sostenía los palillos en una mano mientras veía a Beau servir vino en dos copas.

Él se sentó a su frente, apoyando un codo en la mesa baja y sosteniendo su copa en la otra mano. Sus ojos la recorrieron de manera tranquila pero intensa, deteniéndose en sus labios antes de regresar a sus ojos.

Lila fingió no notar cómo su mirada parecía desnudarla, otra vez, después de haber compartido la cama.

—Siempre aciertas con la comida —dijo ella, dejando un fideo enredarse en sus palillos antes de llevárselo a la boca.

Beau sonrió, dejando la copa de vino sobre la mesa.

—Es fácil contigo. Eres sencilla, aunque no por eso menos interesante.

Lila sintió el peso de sus palabras, pero decidió no responder. En lugar de eso, tomó un sorbo de vino y dejó que el sabor dulce e intenso llenara su boca.

—¿Y tú? —preguntó, rompiendo el silencio—. ¿Eres sencillo? Sé poco de ti, pero no me lo parece.

—Tengo una vida compleja por mis obligaciones, por la responsabilidad, pero me fascina la perfección de lo simple. Mucha gente complica las cosas de maneras indecibles, impensadas... Y hay que vivir acorde a las expectativas que construyen—respondió él, pensativo.

Ese tipo de comentarios era lo que Lila había obtenido de él. Beau lo sabía casi todo de ella, pero resguardaba su vida familiar y laboral con celo. Era como si supiera exactamente cuánto mostrar para mantenerla interesada, pero no lo suficiente como para volverse vulnerable.

Era comprensible, intentó convencerse Lila, ella no era importante ni permanente. Dolía un poco, pero era su problema. Podía dramatizar o disfrutar, y elegía lo segundo. En la balanza de su presente, Lila sentía que el plato de la gratitud pesaba más.

Tenía un negocio que funcionaba, un hijo divino, un hombre que la hacía sentir especial. Valía la pena vivir el presente, se repetía, como un mantra.

Beau Montgomery era un hombre complicado, pero también era alguien que la hacía sentir viva, y eso, por el momento, era más que suficiente.

DIECISIETE.

Cada encuentro con Lila era un escape, una forma de salir de la rutina meticulosa que tanto esfuerzo había puesto en construir. Lo que comenzó como un reto se había convertido en una conexión que no lograba ignorar, incluso en los momentos en los que debería estar enfocado en su trabajo.

Más de una vez, se encontró distraído en reuniones, aburrido, mirando por la ventana y pensando en ella. Estaban bien, el sexo era fantástico, y la charla y conexión le agregaban interés.

Le gustaba hablar con ella, escucharla, y a pesar de sus reticencias iniciales, el paso de las semanas llevó a la intimidad y la comodidad. Beau se encontró conversando con ella sobre los suyos. Nada largo ni íntimo, pero sí impresiones. Era algo que no hacía, antes.

Le habló de lo mucho que admiraba a su padre, de lo mucho que él y su madre se querían, de lo interesante que su tía Augusta era, o de lo diferente que esta era con su otra tía, Lucille.

Algunos detalles sobre Eliza y Daphne, o sobre sus hermanos, también se filtraron, en especial cuando llegaba a estar con Lila después de alguna comida con ellos. La noche en que festejaron el cumpleaños de su abuelo había sido una en la que él aflojó más su lengua.

<<Mi abuelo es... Es alguien a quien respeto profundamente. Es el pilar de nuestra familia, el que heredó y multiplicó el capital. Mi padre hizo mucho, claro, pero mi abuelo es un pilar de Savannah. Todos lo respetan.>>

<<Se nota cuánto lo amas y admiras,>>dijo Lila.

Sí, y no lo decía suficiente, no a quienes debía. Era avaro con las palabras, con los halagos, con los momentos. Excepto con esta mujercita que lo llevaba loco y de la que no se cansaba.

Su esperanza de follarla fuera de su piel había sido ridícula. Lo casual se mantenía a duras penas y por pura fuerza de voluntad. No había nada de casual en la manera en que la echaba de menos cuando pasaban más de dos días sin verla o tocarla, y menos aún, en el hecho de que se presentaba en su casa y compartía tiempo con su hijo.

En su defensa, Henry era un niño encantador que le hacía sentir bien.

Mas el tiempo que usaba en disfrutar de Lila, se lo había recortado a su familia, y su madre no había sido sutil al señalárselo.

Lo había abordado con reproche, y como consecuencia, había caído en la trampa de una cena en la que le pusieron a la heredera del imperio Carrington en las narices.

La mujer, Becky, era bonita y agradable, del estilo de su hermana Eliza: un pajarito de

colores acostumbrada al lujo y pretendiendo que trabajaba en las redes.

Sí, su padre tenía mucho dinero y había negocios comunes entre las familias, pero la idea de que podría estar interesado en ella... Pff, era risible.

Ella no se parecía en nada a Lila. Carecía de su vibrante interés por todo, de su humor, de la capacidad de charlar con seriedad de temas del mundo, del país.

Su risa era hueca, no tenía nada que hacer frente a la que esbozaban aquellos labios que le volvían loco.

Cuando se percató de que no hacía más que tolerar sandeces y comparar a la joven con su amante, había perdido las ganas de mostrarse urbano, por lo que se llamó al silencio y a beber.

Tras dos horas se despidió, justo en el momento en que su tía Lucille sugería el que Beau invitara a Becky a un evento. Antes de retirarse, dejando atrás a su madre molesta, a su tía lívida con su falta de maneras y a Harrison divertido, Daphne le había detenido.

—Recuerda que me prometiste asistir al evento de la subasta de solteros la semana que viene—dijo.

Beau suspiró, aceptando a regañadientes. El evento apoyaba una causa benéfica, así que no podía negarse.

—Oh, te veré allí entonces—señaló Becky Carrington, inmune a la seriedad y falta de interés que Beau intentó comunicarle toda la noche.

No pudo escapar de allí lo suficientemente rápido, y cuando estuvo en su cama, escribió a Lila.

Beau: *¿Sigues despierta?*

Lila: *Sí. ¿No puedes dormir?*

Beau: *Pensando en ti. No puedo evitarlo.*

Era verdad. Joder, sí que sonaba patético. Si el grano en el culo que era Langston le viera con Lila, si se percatara de lo débil que era con ella, de lo que la necesitaba...

De seguro se reiría y no lograría conciliar al CEO grave e implacable en los negocios con este hombre necesitado que se alegraba de la voz en el teléfono y no dejaba de fantasear con la dueña de la misma, con su cuerpo.

Lila: *Me gusta saber que piensas en mí.*

Si solo fuese eso... No estaría partido al medio entre lo que quería y lo que debía.

Beau: *Más de lo que crees. ¿Cuándo podré verte otra vez?*

Ella trabajaba mucho, y además tenía a Henry. Lila era inflexible en ese tema: por ello la veía menos de lo que quería, pues la madre se anteponía a la amante.

Estaba bien, le gustaba lo excelente que era con el niño, el cuidado, el apoyo. Había mucho sacrificio económico, de tiempo y de vida por él, ojalá Henry lo apreciara cuando adulto, rumiaba.

Lila: Pronto, espero. Henry tendrá un campamento la semana entrante.

Beau: Podría darle algunos tips al respecto. Mis hermanos y yo acampábamos todo el tiempo.

Era un intento por verla antes, y la respuesta demoró. A Lila le preocupaba que Henry se acercara demasiado a él, se lo había manifestado.

<<No quiero que mi hijo se encariñe contigo, Beau. Ha sufrido y no deseo que se sienta mal cuando...>>

La frase inconclusa era obvia, y no pudo desmentirla. Él era alguien que podía desaparecer en cualquier momento de sus vidas, eso insinuó. Tanto como Beau le hubiese gustado decir que no sería así, no pudo.

Aunque tampoco podía irse sin más, a contrapelo de lo que creía Lila. Sus emociones estaban más involucradas de lo que creyó posible.

Los mensajes que siguieron no fueron tan satisfactorios, porque eran de su madre.

Madre: Tu comportamiento esta noche fue errático, hijo. No parecías tú. Esa chica es encantadora, y un excelente partido.

Suspiró. Esto era lo que le faltaba. ¡Cómo extrañaba a su tía Augusta en estas ocasiones! Debería incluirla en un chat entre él y su madre, porque aquella no dudaba en recordar a la estirada Eleanor Beaumont que ella había tenido un pasado de rebelde y había sido por amor.

Increíble, considerando cómo le empujaba hacia lo adecuado y apropiado. Suponía que el paso de los años transformaba a todos en giros increíbles.

Beau: Me disculpo, aunque te advierto que no aprecio esas encerronas con las que la tía Lucille pretende lograr que me comprometa. No estoy interesado en esa mujer. Fin de la historia.

Madre: Espero que aquello que insinuó Harrison sobre una apuesta sea historia, Beau.

Beau: Buenas noches, madre.

No le mentía a su progenitora, pero tampoco le daría munición para que lo hostigara. Eleanor Beaumont podía ser muy intensa cuando se lo proponía. Tendría que sugerir a su padre que era tiempo de un viaje a solas que la sacara de su empecinada obsesión con casarlo.

DIECIOCHO.

Lila colgó el teléfono después de hablar con Beau, sonriendo. Él lograba que su día mejorara, y sus noches... Joder, esas, si bien espaciadas por lo ocupado de sus vidas, eran explosivas.

Hoy tampoco se verían, empero, y la razón era uno de esos eventos que tomaban parte del tiempo del millonario. En esta ocasión lo organizaba su hermana Daphne, y era una recaudación que los ricos hacían para causas solidarias.

Lila a veces olvidaba que era un hombre acaudalado, encumbrado, con obligaciones extras y el peso de miles de empleados y muchas empresas sobre sus hombros. Era casi surrealista y no lo dimensionaba, porque entre ellos las cosas eran simples.

Sí, su departamento era lujosísimo, comían y bebían de los mejores sitios, aunque en general take out, su ropa y autos eran brutales... Pero la sencillez de Beau con ella y Henry eran increíbles.

Justo en ese momento, Greta entró a la floristería con su energía habitual.

—Lila, tengo planes geniales para Henry si tienes que salir esta noche.

—No será necesario—la miró, agradecida, Sus amigas eran lo mejor, tan solidarias y dispuestas—. Beau me dijo que esta noche estará en un evento organizado por su hermana. Algo de beneficencia.

Greta entrecerró sus ojos y luego asintió, sonriendo.

—¡Oh, eso debe ser el remate de solteros de la alta sociedad!—exclamó, divertida—. Estuve escuchando a las madres hablar de eso en la escuela. Los solteros más codiciados estarán en la lista. Suena lógico que los Montgomery la encabecen. ¡Imagina a quién no le gustaría tener una cita con uno!

Lila sintió un nudo formarse en su estómago, una punzada de celos que la tomó por sorpresa. *¿Qué estoy haciendo?*, pensó, sintiéndose avergonzada. *Él no es mío, no tengo derecho a sentirme así.*

Pero la imagen de Beau rodeado de mujeres de la alta sociedad, listas para competir por él, le dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir. En su interior, una voz suave y persistente susurraba lo que no quería enfrentar: que ella quería algo más, pero sabía que no podía tenerlo.

Se esforzó por disimular su molestia, pero Greta, perceptiva, le tocó el brazo con suavidad.

—Lila, ¿estás bien?

Sonrió y asintió, luchando contra la marea de emociones que amenazaba con desbordarse. Sin embargo, justo en ese momento, su teléfono vibró con una llamada de un número que reconoció de inmediato.

Su corazón dio un vuelco y su expresión se demudó. Genial, lo que necesitaba para joderle el día. No tenía necesidad de escuchar a su ex, la única razón por la que este tenía el número era por Henry, porque no acababa de decidirse a cortar ese cordón en su vida.

Algún día, cuando su hijo fuese adulto y evaluase su pasado, quería que comprendiera que, a pesar de que había tenido mil razones para eliminar a Travis de su vida, hizo el esfuerzo de darle la oportunidad de ser padre.

Solo por eso tomó la llamada.

—¿Qué? —preguntó, su voz fría.

Al otro lado, la voz de su ex sonó rasposa y llena de resentimiento.

—¿Así saludas, perra?

—Voy a cortar a menos que sea algo importante.

—Quiero hablar con mi hijo.

—Es obvio que está en la escuela.

—No sé qué te crees para hablarme con esa actitud. ¿Desarrollaste ovarios, por fin?—la risa desagradable le estremeció, y feas memorias emergieron—. No puedes mantenerme alejado de Henry, Lila. Él es mi hijo también. No puedes borrarle de su vida.

Lila sintió cómo la ira le subía al pecho, sus manos temblando mientras se esforzaba por mantener la compostura.

—Nadie te está impidiendo nada, Travis. Sabes que puedes comunicarte con él, pero en horarios y días acordados. Y lo harás sin intimidarlo, ¿entiendes? No voy a permitir que lo lastimes.

Él soltó una risa amarga.

—¿Quién te crees que eres para darme órdenes? Voy a ir a verlo, y ni tú ni nadie podrá evitarlo.

El miedo y la rabia se mezclaron en el rostro de Lila. Apretó los labios, decidida a no dejarse intimidar.

—Escúchame bien, Travis. Tengo una orden de restricción, y te advierto que si te acercas a Henry o a mí, no dudaré en hacerla cumplir. No toleraré que nos lastimes otra vez. Henry no necesita a alguien que solo le causa daño.

Hubo un silencio tenso al otro lado de la línea, y luego él colgó sin decir nada más. Lila se quedó inmóvil, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza y una oleada de temor y angustia la envolvía.

—Lila... Tranquila, amiga, respira, anda—le dijo Greta, viniendo a ella y ayudándola a sentarse y a tranquilizarse.

Ese maldito hombre, trayendo recuerdos amargos y amenazas a su presente. Hizo caso a Greta y al cabo de respiración, té y charla amigable, recuperó control.

Estaban bien, y lo estarían. Travis era un hombre pequeño que quería contagiar su oscuridad y gritaba desde su cobardía.

Al día siguiente, mientras intentaba concentrarse en el trabajo, su teléfono vibró con un mensaje de Greta. Era un enlace al Instagram de una entidad benéfica, y al abrirlo pudo ver fotos de la gala de la noche anterior. Fue como si le hubieran dado un golpe en el estómago.

Allí estaba Beau, de pie, sosteniendo la mano de una mujer hermosa y sofisticada, con un vestido fabuloso y joyas que debían valer cientos de miles de dólares. La heredera de los Carrington, leyó.

Beau estaba deslumbrante en su smoking. Sonreía, relajado, mientras la mujer parecía exultante. Se veían perfectos juntos. Lila sintió un nudo de dolor en la garganta.

Ambos en su burbuja cómodos entre los flashes y el dinero fluyendo, pensó. Ese es su mundo, no el mío, y encajan. Yo soy... soy un insecto comparada con ella.

Greta: *Beau fue el soltero mejor pago, seguido por sus hermanos Harrison y Rhett. Un hombre Langston vino detrás. El caso es que se recaudó mucho, y se benefició esa organización, pero también la que está Preston, sobre el desarrollo de bibliotecas en entornos carenciados. ¡Podrá cumplir su sueño!*

Lila: *¡Maravilloso! Ha de estar exultante, le escribiré.*

Era vergonzoso estar atrasada con las novedades de Preston, considerando que ella estaba siempre para Lila. Se apresuró a felicitarla y chatearon un poco, comprometiéndose a reunirse esa tarde.

El resto del día se sintió melancólica y pensativa, cuestionándose. *¿Qué estoy haciendo?*, pensó una y otra vez, tratando de convencerse de que debía alejarse antes de que fuera demasiado tarde. Visto cómo la afectaba el verle en una foto con otra, el dolor sería inevitable.

Las ventas la mantuvieron distraída, y cerca del mediodía estaba contenta. Esa tarde de sábado la tomaría para descansar. Estaba acomodando las flores, regando las plantas y ordenando cintas y tarjetas, cerrando el día, cuando escuchó la puerta.

Una mujer madura, alta y muy elegante vino al mostrador, mirando a su alrededor con expresión de desagrado, como si el lugar no mereciera su presencia.

Llevaba un abrigo impecable sobre un traje sastre, una cartera de diseñador y collar de perlas, que no dudó eran reales. Su postura erguida reflejaba años de refinamiento y orgullo.

Lila la observó con curiosidad e incomodidad, pero sonrió, profesional.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó.

La mujer la miró, sus ojos agudos evaluándola, y Lila supo que no estaba allí para comprar flores.

—Soy Lucille Beaumont —dijo, como si su nombre fuera suficiente para transmitir toda

la importancia de su visita—. La tía de Beau.

Lila sintió que su corazón se aceleraba. La forma en que Lucille la observaba, de arriba a abajo, la hacía sentir como si fuera un objeto de segunda categoría.

—Oh, claro. Bienvenida, señora.

—Mi sobrino no sabe que estoy aquí, pero me pareció necesario venir. Le he observado, ha estado distraído, y discutió con sus padres. Tristemente, por usted—Lila se sonrojó, porque la frase filtró decepción, incompreensión, como si la mujer no entendiera—. Es inadmisibile. He venido a darle un consejo —continuó Lucille, con una sonrisa helada—. Le sugiero que conozca su lugar. Beau es un hombre con ambiciones, con un destino muy diferente al suyo. Entiendo su entusiasmo, creyendo tener a un heredero en sus garras—Lila parpadeó—. Usted es una distracción pasajera, si me permite decirlo. Una apuesta ridícula entre él y su hermano. ¿Cuánto puede durar algo así? Espero que sea sensata y lo entienda, no sacaré un dólar a mi sobrino o a nuestra familia.

Las palabras de Lucille cayeron sobre Lila como un balde de agua helada. Cada frase, cada sílaba, la hicieron sentir más pequeña, más humillada.

Podría haberse defendido mejor, haberle gritado que no quería dinero, que trabajaba por él, que lo que tenía con Beau no se compraba, pero...

Esta mujer no había venido a escucharla, y la forma en que le dio la espalda sin esperar respuesta lo probó. No era como si Lila la fuera a seguir. Estaba congelada.

<<*Apuesta entre Beau y su hermano*>>. Ella era una apuesta. No quería creerlo, pero la certeza en los ojos de Lucille le hizo ver que no había espacio para la duda.

Cuando la puerta se cerró, Lila apenas podía sostenerse en pie. Sentía un vacío en el pecho, una mezcla de incredulidad y profundo dolor. Temblando, escribió un mensaje para Beau, sus manos apenas capaces de teclear las palabras:

Lila: *Tenemos que hablar.*

DIECINUEVE.

La noche del remate había sido una prueba de paciencia para Beau. Apenas llegó, su madre y Lucille volvieron a querer forzar su presencia junto a la heredera Carrington, empujándolo hacia ella con una insistencia que apenas pudo soportar.

Su madre lo miraba con severidad no disimulada cada vez que intentaba alejarse, y Lucille, a su lado, no dejaba de murmurarle comentarios sobre las “excelentes perspectivas” que esa unión traería para la familia.

El colmo fue la situación que la misma Becky Carrington generó al pujar en la subasta en su favor, consiguiendo que el martillo bajara en una cifra considerable que sería de gran ayuda a las dos causas para las que Daphne recolectaba fondos.

Solo el ayudar a su hermana lo mantuvo en el salón más tiempo del necesario. Ahora, tendría que complacer a la caprichosa heredera durante un día, de acuerdo a los términos del evento.

Era desquiciante, y el que lo emboscaran así, el perder control... Beau estaba al final de su cuerda con su familia, o parte de ella. Las sonrisas amplias de su tía y su madre, la burlona de Rhett, la palmada de su padre en la espalda, creyendo que estaba feliz...

La tormenta en su cabeza era peligrosa, y tenía que contenerse.

Se acercó a Daphne, y le susurró que donaría la suma que Becky aportó, más cincuenta por ciento más, si le sacaba del compromiso. Daphne le dijo que no podía torcer las reglas, que quedaría mal.

—Beau, tú sabes que no puedo, le quitaría credibilidad al evento, y Becky... Su familia estaría furiosa.

—Si tengo que hacer esto, será con la peor de las ondas, Daphne, y sabes que puedo ser desagradable.

—¿Qué pasa contigo, Beau?—le preguntó—. No te reconozco y...

—Es lo mismo que me pregunto—interrumpió su madre, con la tía Lucille detrás—. ¿Qué locura es esa de que no quieres salir con Becky? Es hermosa, elegante, entiende nuestro mundo, y ...

—Es perfecta para ti, perfecta, Beau—insistió su tía.

Beau tuvo que morderse la lengua para no explotar, pero no podía montar un pollo aquí.

—Soy un hombre ocupado, no tengo tiempo para zarandajas. No hay nada, nada que esa mujercita y yo tengamos en común.

—No lo sabes, no te has dado el tiempo. Te has agriado, necesitas a una mujer en tu vida, querido, y ...

—¡Tengo una, la que quiero, no la que ustedes me quieren meter por los ojos!

—¿Qué? ¿Quién?

—¿Qué dices?

—¿Pueden calmarse?—intervino Rhett, sonriendo, pero era mera fachada, intentando salvar la situación. Estaban llamando la atención, era obvio—. No podemos hacer esto acá.

—¿Quién es esa mujer, Beau?—dijo su madre, sonriente de dientes para afuera, pero sus ojos muy graves.

—No importa.

—Sí, importa—dijo la tía Lucille, igual de falsa en su sacarina expresión.

—Se llama Lila, y hace meses que salimos. Es todo lo que diré.

La maldición baja de Rhett y la contenida expresión de sorpresa de Daphne se agregaron a los susurros escandalizados de su tía, que instaba a su hermana Eleanor a averiguar más, porque él no le contestó una palabra más.

—¿Hay reunión familiar en el medio del evento?—dijo Eliza, que llegó con una gran sonrisa, confundida.

—No más—indicó, y tomó el resto de su bourbon de un sorbo, y se retiró del lugar, no sin antes escuchar que el interrogatorio comenzaba sobre Rhett.

Se cruzó a su padre y a Harrison, y les saludó de un gesto, y abandonó el lugar, respirando hondo al salir. Dios, cada día detestaba más estas sandeces.

La idea de estar con Lila era seductora, pero era muy tarde.

Al día siguiente se despertó a media mañana, cansado, y su mente no demoró en comenzar a dar vueltas a lo sucedido la noche anterior. Tendría que evitar las reuniones familiares por un tiempo, decidió.

Lo único que deseaba era ver a Lila, encontrar un respiro en su presencia. Cuando vio el mensaje en su móvil sintió una punzada de preocupación.

Lila: *Tenemos que hablar.*

Sonaba ominoso, y no era la frase que quería leer.

Beau: *Estoy en casa. ¿Vienes?*

No tuvo respuesta, pero no demoró una hora que ella estaba golpeando su puerta. Cuando ingresó, Beau notó de inmediato que algo no estaba bien. Su rostro estaba pálido, sus ojos rojos e hinchados.

Sin esperar, se acercó, intentando tomarle la mano, pero Lila se apartó con un gesto muy serio, casi ¿dolido? que lo dejó desconcertado.

—Lila, ¿qué pasa? —preguntó, su voz llena de preocupación.

Ella lo miró, y sus labios temblaron antes de hablar.

—Sé sobre la apuesta, Beau. Sé que fui un juego entre tú y tu hermano. ¡Qué divertido!, ¿no? Jugar con la idiota madre soltera que vende flores.

La voz se le quebró, y una lágrima cayó por su mejilla, a la que siguieron otras, que ella limpió con fiera resolución. A Beau se le hizo un nudo en la garganta y se quedó sin palabras, y su rostro debió reflejar la sorpresa y la culpa, porque Lila sacudió su cabeza.

—Sí, tu cara no miente. Tenía la esperanza de que...—se cortó, y las lágrimas en sus ojos lo golpearon como yunques.

Él había puesto la humedad en su faz, bastardo que era. El corazón de Beau se hundió. Buceó por respuestas, y aunque no tenía otras que no fuesen confirmación, atinó a explicarse. Tenía que, se urgió.

—Lila, no es como piensas... yo... al principio... Comenzó como eso, pero dejó de ser lo que me guiaba, te lo juro...—balbuceó, tratando de encontrar las palabras correctas, pero cada intento solo empeoraba la situación.

Ella retrocedió, el dolor en su mirada palpable, como una herida abierta.

—Eres un cobarde, Beau. Dejé que entraras en mi vida, en la de Henry, y todo este tiempo solo fui una pieza en tu juego. ¿Cómo pudiste?—su voz era un susurro lleno de angustia.

Beau sintió la oleada de vergüenza invadirlo, dejándole sin argumentos, pero igual fue a ella, intentando abrazarla y borrar el desastre con besos, hacerle entender que ese reto no importaba, no lo guiaba.

Pero Lila levantó la mano y lo abofeteó con fuerza, y su mejilla ardió. Mas se mantuvo inmóvil, incapaz de hacer otra cosa que aguantar la furia de su amante, sabiendo que merecía aquello y mucho más.

—No tienes idea de lo humillante que fue escuchar eso de alguien como tu tía mientras me miraba como si fuese basura en su zapato—dijo, y sus palabras se cortaron, sin poder contener las lágrimas—. Te creí diferente. Me hiciste pensar que tenías sentimientos, que te importaba un pelín, al menos—rio, sin alegría, como si se burlara de sí misma, y esto fue sal en la herida de Beau—. Idiota, siempre confiando.

—Puedo jurar que las cosas comenzaron así, pero todo cambió, Lila, tienes que creerme.

—¿Creerte? ¿De verdad? ¿Cómo, o por qué lo haría? No confío en ti. Esto... esto se acabó. Adiós, Beau.

Beau sintió que las palabras lo atravesaban, como si cada una fuera un golpe directo a su cerebro y su corazón. Quedó pegado al piso, atónito al notar que perdía lo que más quería con la que se daba la vuelta y se iba de su vida.

Se quedó, solo, devastado por la pérdida. En el tempestuoso y dolido adiós de Lila se reveló la verdad que había mantenido presa: la amaba.

Beau llegó a la mansión con una furia soterrada que bullía por salir a la luz. Había manejado su Bentley por los alrededores de la ciudad por más de una hora, intentando desahogar su desazón y su ira para volverla manejable, pero no había funcionado.

No quería herir a los suyos, no quería descargarse con su familia. Él había aceptado la apuesta, había ido hacia Lila, había orquestado el plan. Lo demás, había estado fuera de su control.

Mas, ¿en qué estaba pensando su tía? ¿Con qué derecho? Cerró sus ojos y respiró hondo antes de cruzar el umbral. Sus pasos resonaron en el mármol del vestíbulo, y al instante, Lucille apareció en la sala.

Su habitual expresión de superioridad lo desafió. Tras ella vino su madre, Eleanor, el ceño fruncido al verle, leyendo lo tormentoso de su expresión, no tuvo duda. Siempre había sido así.

—¿Por qué, tía? ¿Qué creíste que lograrías? —preguntó Beau, su voz baja pero cargada de enojo.

Lucille levantó la barbilla, con los brazos cruzados.

—Hice lo que debía hacer. Es mi deber proteger el nombre de esta familia y evitar que te desvíes hacia...—hizo una pausa, buscando la palabra adecuada, y terminó diciendo—. Distracciones innecesarias.

Beau apretó los puños, conteniendo las ganas de gritar.

—¿Quién te dio el derecho de interferir en mi vida?

—No dramatices. Esa mujer...

—Lila. Así se llama, y no es una distracción. Es una persona, alguien que me importa. No tienes idea de lo que significa para mí. O sí, y por eso fuiste.

—Rhett fue claro en señalar que no era más que una apuesta, y...

—¿Qué cojones sabe él? ¿O tú?

Su fachada se quebró, la ficción de calma evaporándose ante la falta de arrepentimiento o siquiera cortedad por el atrevimiento. Lucille creía que tenía la potestad y la tarea de apartar de él o de la familia a quienes juzgaba *inapropiados*.

La tía Augusta siempre había dicho que su hermana vivía en una burbuja donde solo importaban los Beaumont y su estirpe, y esto lo refrendaba. El suspiro condescendiente con el que recibió su grito, como si estuviera escuchando a un niño testarudo, fue descorazonador.

—Beau, eres un Montgomery. Tienes una responsabilidad con el legado de esta familia. No puedes esperar que esa... mujercita se adapte a nuestro mundo. Te mereces algo mejor, alguien que nos honre y no sea una vergüenza.

Antes de que Beau pudiera responder, Eleanor intervino, colocando una mano en el brazo de su hijo, aunque su expresión era tan fría como la de Lucille.

—Beau, cálmate. No sé que pasó, aunque intuyo que tu tía fue impulsiva. Empero, lo que dijo es cierto, Beau. Esa mujer... no es adecuada para ti. No encajará jamás en nuestro círculo.

Beau soltó una risa amarga y miró a su madre, sorprendido de escuchar sus palabras.

—¿Adecuada? —repitió, con una mezcla de incredulidad y rabia—. ¿Y qué hay de tu historia, madre? ¿No recuerdas lo que sufriste cuando el que no era *adecuado* era papá? Recuerdo que llorabas, que te molestabas cuando le dejaban de lado, cuando le pretendían humillar. Era pequeño, pero lo vi, lo viví. Claro que padre es como el teflón, y duro como pedernal, no acepta idioteces. Así elijo ser, madre. Y espero que no quieras que repita tu historia. Espero que no pretendas que viva una vida de apariencias por cumplir con el "legado". Sería muy hipócrita de tu parte.

Las palabras golpearon a su madre, quien abrió los ojos en una expresión de sorpresa y vulnerabilidad que rara vez dejaba entrever. La tensión se sentía como una carga en el aire, y Lucille, por una vez, permaneció en silencio.

—Beau, te adoro. Solo quiero lo mejor para ti—murmuró Eleanor, intentando recuperar su tono firme—. Anoche, con Becky Carrington, te veías... bien. Ella viene de una familia respetable, tiene una posición...

Beau la interrumpió, con un brillo de determinación en la mirada.

—Elegiré a mi pareja bajo mis propios términos. No seré parte de sus estrategias sociales. Y sí, esa apuesta fue una vergüenza; lo reconozco. Si alguien lo supiera, podría arruinarme, pero lo que realmente me avergüenza es que Lila se enteró por boca de alguien tan insensible como tú, tía Lucille.

El asombro en el rostro de ambas mujeres era evidente, y antes de que pudieran responder, Beau continuó, sin darles tiempo de reaccionar.

—Lila es hermosa, generosa, y tiene un hijo increíble. Ellos son reales, no una extensión de este mundo vacío que ustedes creen perfecto. Y no me importa si no lo entienden; yo sé lo que quiero.

—¡Tiene un hijo, además!—dijo Lucille, pero Beau ya no escuchaba.

Sin decir más, dio media vuelta y salió de la mansión, dejando a su madre y a su tía en un silencio incrédulo.

VEINTE.

Pasó dos días de mierda, durmiendo poco y evitando los llamados de sus hermanos y de su padre. Dejó incontables mensajes de voz en el teléfono de Lila, le escribió en el chat, sin respuesta. Era factible que le hubiese bloqueado.

No podía respirar bien, no tenía cabeza para los negocios, no quería reuniones. Solo mantuvo lo imprescindible de su agenda, y derivó a Harrison y a Rhett parte de sus obligaciones, usando a Wilma como vehículo.

Estaba enojado con todos, aunque no desconocía que el gran responsable de su situación actual era él. El tercer día le encontró estacionado a metros de la florería, con el corazón latiendo con fuerza y una mezcla de culpa y arrepentimiento apretándole el pecho.

La imagen de Lila, con sus ojos llenos de dolor y traición, le había perseguido. No podía apartar de su mente la forma en que ella lo había mirado, como si lo hubiera visto por primera vez, pero no como un Montgomery, sino como el hombre que le había roto el corazón.

Respiró hondo y se decidió a hacer lo que correspondía. Ser valiente para confrontar su ira y su dolor, hombre como para reconocer sus errores y rogar por otra oportunidad. Caminó determinado, y empujó la puerta de la tienda.

El suave tintineo de la campana llenó el silencio, y el aroma familiar de las flores lo envolvió de inmediato, un marcado contraste con el tumulto que sentía en su interior. Lila no estaba en el mostrador, y por un momento, Beau pensó en dar media vuelta y marcharse.

Tal vez ella no quería verlo. Tal vez era demasiado tarde para arreglar lo que había roto. Pero justo cuando estaba a punto de irse, escuchó pasos suaves en la parte trasera de la tienda.

Lila apareció, sosteniendo unas tijeras de podar y un manojo de tallos recién cortados. Su cabello estaba recogido en un moño desordenado, y ojos enrojecidos y sus ojeras eran rastros de llanto y cansancio. Cuando lo vio, su expresión se endureció.

—¿Qué haces aquí, Beau? —preguntó con frialdad, su voz cargada de resentimiento.

Él dio un paso adelante, intentando acercarse, pero mantuvo la distancia al ver la barrera invisible que ella levantó retrocediendo detrás del mostrador.

—Quería disculparme. Por todo—respondió, su voz suave, casi en un susurro.

Lila dejó las flores en el mostrador y cruzó los brazos, mirándolo con fría seriedad.

—¿De verdad crees que puedes entrar aquí, pedir disculpas y que todo se arreglará?

Su voz temblaba, y Beau pudo ver la lucha en sus ojos, entre la tristeza y el enojo.

Él negó con la cabeza, sus hombros hundidos bajo el peso de la culpa.

—Sé que no es tan simple. Sé que no puedo borrar lo que hice con una disculpa. Pero quiero que sepas que lo que empezó como una apuesta... dejó de serlo hace mucho. Me

importas, Lila. Me importa Henry. Esto no es un juego para mí.

Lila lo miró con intensidad, como si intentara ver a través de sus palabras, buscando cualquier señal de deshonestidad. Beau mantuvo la mirada, dejando que ella aquilatara la sinceridad en sus ojos, esperando que pudiera percibir sus emociones.

Finalmente, Lila dejó escapar un suspiro largo y bajó los brazos, aunque su postura seguía siendo cautelosa.

—Me lastimaste, Beau—dijo en voz baja, su tono vulnerable—. Me hiciste sentir como si solo fuera un desafío para ti. Confié en ti. Te dejé entrar en mi vida, en la vida de mi hijo... y luego descubro que todo fue por una apuesta estúpida. De hombrecitos pobres de espíritus, aburridos en su torre de dinero.

Cada palabra de ella se sintió como un cuchillo retorciéndose en su pecho, pero Beau no se atrevió a interrumpirla. Tenía que escucharla, enfrentar la realidad de sus errores.

—Lo sé, y lamento haber hecho eso—Su voz estaba cargada de arrepentimiento—. Pero te juro que no me quedé a tu lado por la apuesta. Es la verdad. Solo quiero una oportunidad para demostrarte que hablo en serio.

La mirada de Lila se suavizó apenas un poco, pero la duda siguió muy presente en sus ojos.

—¿Quieres demostrarlo?—respondió, su voz aún temblorosa, y él asintió, desesperado por la posibilidad—. Entonces demuéstremelo. Dime que esto no se trata solo de un capricho, de jugar a vivir una rutina diferente por un tiempo. Dime que estás dispuesto a estar aquí, para mí y para Henry, y no solo cuando te sea conveniente.

Beau asintió con vehemencia, su voz firme y decidida.

—Te lo probaré, Lila. No te pediría esto si no estuviera dispuesto a hacerlo. Por favor... Dame la oportunidad.

Ella lo miró durante un momento más, dudando, la inquietud y la desconfianza envolviéndola. Él había traído eso a su vida, y le tocaba eliminarlas, tomase el tiempo que tomase.

—Necesito tiempo, Beau. Necesito pensar en... En todo esto.

Él asintió con comprensión, aliviado de que no lo hubiera rechazado de plano.

—Lo entiendo, Lila. Tómate el tiempo que necesites. Yo estaré cerca.

Lila le dio un breve asentimiento antes de girarse y regresar a su trabajo, y Beau supo que era su señal para marcharse. Salió de la tienda con un poco más de ánimo. No era la resolución que había esperado, pero había una pequeña esperanza.

Lila estaba de pie junto a la ventana de su pequeña sala, una taza de té humeante entre las manos. Miraba la calle tranquila mientras su mente recreaba, una y otra vez, las palabras de

Beau.

Su disculpa, su promesa de demostrar que hablaba en serio, resonaban como un eco constante. La vulnerabilidad en sus ojos había sido tan impactante como desconcertante.

Por más que quisiera cerrarle la puerta por completo, titubeaba.

Era cierto que enterarse de la apuesta había sido humillante y doloroso, que la partió al medio el enterarse de que no había sido más que un reto entre dos millonarios. Una diversión.

Pero él había vuelto, y no tenía sentido hacerlo, salvo que ella le importase un poquito. Insistió en que su sentir había cambiado, sin negar la cruda verdad. Una pequeña parte en su interior deseaba creerle. ¿Era posible que lo que Beau le decía fuera real?

Henry dormía en la habitación contigua, su respiración acompañada rompiendo el silencio de la casa. Sus juguetes y libros estaban desparramados por el suelo, el desorden típico de un niño feliz.

Por un momento, Lila pensó en lo que había construido para ambos: una vida sencilla, pero estable, lejos de las sombras de Travis y de las decepciones pasadas. No podía arriesgarse a que esto se viniera abajo.

Y a la vez cerrarse a vivir no era lo mejor. Su hijo debía verla resiliente, combativa, cayendo y levantándose. El amor dolía, en general, ¿o no? Los saltos de fe eran costosos, pero a veces daban frutos.

Dejó la taza sobre la mesa y decidió bajar a la tienda. Necesitaba distraerse, y por fortuna, tenía pedidos por realizar. El trabajo era siempre bienvenido. Se abocó a organizar un arreglo de lirios y girasoles, y luego de un buen rato, la campanilla de la puerta sonó, anunciando la llegada de Greta.

—¿Dormido ya el pequeño? —preguntó, sacudiéndose el polvo de los zapatos y dejando su bolso sobre el mostrador.

—Como un tronco.

Lila sonrió, aunque la pesadez en su pecho seguía allí. Greta la observó con atención, su mirada inquisitiva, pero sin juicio.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

Lila suspiró, apoyándose contra el mostrador.

—No lo sé, Greta. Todo esto con Beau... Es confuso, me lleva loca.

—No te envidio. Pero es que esa familia es increíble. Esa señora, ¡qué atrevida, venir así! Te juro que le doy vueltas a esto de la apuesta y no me lo creo. Sobra tiempo a esos catetos —movió su cabeza, exasperada—. ¡Qué tóxica esa familia!

Lila hizo un gesto con su boca, sintiendo un nudo formarse en su garganta. Greta sabía cómo ir al grano, aunque a veces deseara que no lo hiciera. Tenía razón, claro.

—Me ha rogado perdón, por todos los medios—confesó—. Estuvo aquí, y me

pregunto... No sé si puedo creerle—. Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas—. Dice que me quiere, que la apuesta fue una estupidez que dejó atrás. Pero...

—¿Pero temes que sea solo una excusa?—Greta jugueteó con una hoja de eucalipto, asintiendo, pensativa—. Te entiendo, créeme. Confiar después de una mentira no es fácil, y tanto como me molesta el que Beau haya sido tan gilipollas, quiero que entiendas que él no es Travis. Ese millonario tiene fallos, sí, pero... Si solo quisiera un ligue y ganar un desafío, te habría dejado atrás sin una mirada. No sé, tal vez no sea malo el darle un voto confianza, en especial porque así lo deseas. Tú le quieres—dijo—. Si no le das la oportunidad de demostrarte que puede ser mejor, te quedará esa duda clavada.

Lila abrió la boca para responder, pero la campanilla de la puerta la interrumpió. Dos hombres entraron y llenaron el pequeño espacio de la tienda como si les perteneciera.

Les reconoció al instante porque les había visto en las redes, en fotos: Rhett y Harrison Montgomery.

Su cara se transformó. Rhett, el de cabello castaño oscuro y sonrisa sardónica, había sido el imbécil que plantó la idea de la apuesta y dio su nombre a Beau. Por qué, y cómo la conocía, lo ignoraba.

Que no tuviera ni un poquito de respeto y viniera aquí moviéndose con la confianza de alguien que sabía cómo causar incomodidad era un abuso. El otro, de cabello más largo, ligeramente más alto y sin gesto de maromo envanecido, mantenía una expresión neutral, aunque sus ojos analizaban el lugar en detalle.

No había en estos el desprecio que si tuvieron los de Lucille Beaumont, pero le molestó de igual forma.

—¿Qué hacen ustedes aquí?—preguntó Lila, su voz gélida, indignada.

—Buenas tardes, bienvenidos, ¿en qué les ayudo?—dijo Rhett Montgomery, jodido incordio que debía ser—. Uno creería que una persona que trabaja en servicios debería ser más proactiva en el trato al cliente.

—¿Son clientes?—dijo con frialdad.

—No, pero tú no lo sabías hasta este momento. Puede ser tu trato el que me hizo arrepentir de...

—¿Qué. Hacen. Aquí?—repitió, cerrando los ojos y llamándose a tener paciencia.

—Hola, perdón, me disculpo en nombre de Rhett—dijo el otro—. Es un provocador nato. Soy Harrison. Somos...

—Lila sabe quiénes son, la pregunta es qué hacen aquí y qué buscan. ¿Quién les envía?—intervino Greta, sus manos en las caderas y actitud beligerante que entibió a Lila.

—Tranquila. No buscamos problemas—dijo Harrison—. No nos envía nadie. Mi hermano Beau probablemente estará furioso cuando sepa que... En fin, queríamos conocerte,

presentarnos.

Greta dejó escapar un bufido, y su modo protector se desplegó más todavía. Con sus manos en las caderas y gesto de que no aceptaría estupideces, se adelantó.

—Si esto es por la apuesta, será mejor que se vayan ahora mismo.

Rhett ladeó la cabeza, sin perder su sonrisa.

—¿La apuesta? Nah, eso ya caducó. Aposté, perdí, y Beau ganó, pero más de lo que pensó.

—No tienes ni un pelín de vergüenza, ¿no es así?—Greta cruzó los brazos, fulminándolo con la mirada—. Porque solo un idiota haría algo tan cruel como jugar con los sentimientos de una mujer.

Harrison levantó una mano en un gesto de calma, pero impaciente.

—No vinimos a defender la apuesta ni a justificarnos. Sabemos que fue un error. Pero también sabemos que Beau está... diferente desde que te conoce.

Lila se tensó, sus manos apretándose alrededor de un tallo de girasol.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que está enamorado, para nuestra sorpresa. Bueno, no tanto la mía, el día que te vi supe de inmediato que tú y él eran un match, aunque lo pensé a nivel físico—sonrió el otro con superioridad, y jugó con sus cejas—. Creí que sería un ligue y poco más. Me equivoqué, pero en el esquema amplio, fue bueno.

—¿Se cayó de chiquito y con todo su dinero que tienen no lo pudieron arreglar?—preguntó Greta al otro hermano, que se encogió de hombros.

—Queremos asegurarnos de que eres sincera con él—dijo Rhett, su tono perdiendo ligereza, y de pronto su mirada y su porte no fueron casuales. Este era un hombre avezado inspeccionando una situación—. Beau es un hombre complicado y duro en los negocios, pero cae rápido cuando alguien le enamora.

Lila tragó saliva, y el corazón le latió rápido. Sus hermanos estaban acá en afán protector, pero le estaban diciendo... Confirmaban lo que Beau le había dicho.

—Beau dirige los negocios familiares y hay mucho en juego. Aunque no lo admita, le cuesta confiar en alguien fuera de nuestra familia. Que lo haga contigo es monumental, y tenemos reservas.

—Pues pueden metérselas por dónde no les da el sol—elevó Greta su voz, impulsiva, y Rhett lanzó una carcajada mientras el otro achinaba los ojos y la miraba muy serio—. ¿Por qué demonios piensan que Lila no es sincera? ¿Quiénes sois vosotros para venir aquí a cuestionarla? Si alguien no fue sincero, fue Beau, y...

Antes de que Rhett pudiera responder, Harrison fijó la mirada en Greta, su voz firme pero tranquila.

—No estamos aquí para cuestionarla, sino para proteger a Beau.

—Greta, deja que me encargue—susurró Lila, y su amiga se cruzó de brazos, asintió, y fue hacia la ventana—. Ahora, ustedes dos... No me interesa lo que piensen o crean de mí, no voy a darles explicaciones. No son nada para mí... Bien, no, en verdad, miento. Tú eres un gilipollas elevado a la enésima potencia—le dijo a Rhett.

Iba a continuar y a ponerles de patitas en la calle cuando escuchó el llamado de Greta, que tenía los ojos dilatados.

—Lila, mira, ¡ven! Ese... Ese es tu ex, ¿o me equivoco?

Lila quedó muda, y corrió al escaparate para observar entre las plantas y ramos. Le vio de inmediato, y el pánico se apoderó de ella. Allí, en la acera opuesta y apoyado contra el capó de un utilitario, estaba Travis. El aire pareció huir de sus pulmones.

—Llama a la policía —atinó a decir, su voz temblando—. Está violando la orden de restricción. ¿Cómo me encontró?—murmuró, incrédula.

La voz grave a su lado le hizo saltar.

—¿Quién es ese hombre? —inquirió Rhett, su tono mucho más serio que antes.

—Es... es mi ex esposo—farfulló Lila, incapaz de mantener la compostura—. No debería estar aquí.

Harrison intercambió una mirada con Rhett y con una calma que contrastaba con la tensión del momento, dijo:

—No te preocupes. Ven—la separó de la ventana tomándola con gentileza de un antebrazo, y Lila se lo permitió.

Estaba alelada. Escuchó la voz de Greta hablando por teléfono, y tomó el vaso de agua que le ofreció uno de ellos.

—Tranquila. No vamos a dejar que te pase nada—dijo un Rhett mucho más gentil.

El sonido de las sirenas se escuchó a los pocos minutos.

—¡Se va! ¡Cobarde, escapa como una rata!—dijo Greta.

—Joder, tú sí que no te ahorras palabras—escuchó que rezongaba Harrison.

Tomó unos minutos para que el pánico la abandonara. La presencia de su amiga, que tenía un brazo protector en sus hombros, y de los dos hermanos, la ayudó. En verdad había sido una suerte que estos dos vinieran, pensó.

Rhett, por su parte, la miró a los ojos.

—Por tu reacción, entiendo que hay una historia fea entre ustedes.

Ella asintió. No iba a explayarse con él, pero no podía negarlo.

—¿Beau sabes de tu ex?

Lila negó con la cabeza, todavía temblando.

—No quiero meterlo en esto.

—Ya está metido, Lila—La voz de Rhett fue más suave de lo esperado—. Beau te eligió, y si se entera de que estuviste en peligro y no le contamos, nos matará. Con razón.

VEINTIUNO..

Beau llegó como una tormenta un buen rato después. El ruido de la puerta al abrirse abruptamente resonó en la tienda, y su figura llenó el espacio con una energía que era difícil de ignorar.

Lila, que estaba de pie tras el mostrador, lo miró con una mezcla de sorpresa y aprensión. Greta, todavía junto a ella, se apartó con discreción, dándole a Beau espacio para acercarse.

—¿Estás bien? —preguntó Beau sin preámbulos, sus ojos moviéndose por su cuerpo, evaluándola, buscando cualquier signo de daño o angustia—. Lila, dime que estás bien.

Lila asintió con lentitud, aunque su cuerpo aún se sentía sacudido por el susto.

—Estoy bien... ahora.

Beau avanzó, colocándose frente a ella. Sus ojos se suavizaron, pero su voz siguió cargada de una aprehensión que no ocultó.

—No deberías estar enfrentándote a esto sola. ¿Por qué no me dijiste antes que había una orden de restricción contra ese tipo?

—Porque no pensé que lo necesitara—admitió Lila, bajando la mirada hacia el mostrador—. Me mudé aquí y él lo ignoraba. Siempre he sido cuidadosa, nunca usé mi dirección real para recibir la correspondencia que envía a Henry, y el teléfono... Él llama a uno desechable. No sé cómo me encontró.

Beau respiró hondo, sus manos apretándose en un gesto contenido.

—Eso ya no importa. Lo que debemos cuidar es que estén seguros, tú y Henry.

Lila levantó la vista, notando la intensidad de su mirada.

—No necesito que me salves, Beau. Puedo manejar esto.

Él negó con la cabeza, acercándose un poco más.

—No se trata de salvarte. Se trata de protegerte. No puedo quedarme de brazos cruzados sabiendo que alguien como ese Travis está merodeando.

El tono firme de Beau la desarmó. Quería discutir, pero la preocupación genuina en sus palabras y el cuidado que reflejaban sus ojos la hicieron dudar.

—Podemos instalar cámaras—sugirió él, con un tono más calmado pero decidido—. Tengo un equipo de seguridad de excelencia que puede encargarse de ello. Te prometo que no será invasivo, será solo para asegurarnos de que Travis no pueda acercarse sin que lo sepamos.

—Solo cámaras —respondió Lila después de un momento de deliberación. —No quiero nada más, y no voy a aceptar que pagues por guardias. Este es mi problema.

Beau asintió, con obvia reticencia.

—De acuerdo, cámaras por ahora. Pero si algo más pasa, haré lo que sea necesario para mantenerte a salvo.

Lila observó cómo sacaba su teléfono para coordinar la instalación inmediata del equipo, enviando mensajes rápidos y claros a un tal Ivar. En ese momento algo en su pecho pareció relajarse. Beau no estaba simplemente hablando; estaba actuando. Nadie había hecho eso por ella antes.

En los días siguientes, la presencia de Beau se volvió una constante. Llegaba a la tienda cada tarde, a veces con una sonrisa despreocupada y otras con una seriedad que no dejaba espacio para discusiones. Lila dejó que recuperara lugar a su lado. Asustada por Travis, necesitada de protección, pero sobre todo, necesítándolo, el alma volviéndole al cuerpo al tenerle cerca.

Él era gentil y medía sus pasos. Traía café o té para Lila, panecillos o masas, y pequeños obsequios para Henry, desde libros hasta juguetes que sabía que le encantarían.

—¿Esto es demasiado?—le preguntó un día, mostrándole un avión de madera que había encontrado en una tienda local—. Pensé que le gustaría.

Lila lo miró, con los brazos cruzados pero una sonrisa inevitable asomando en sus labios.

—Le encantará. Pero no tienes que hacerlo.

—Quiero hacerlo—respondió, con un tono que no dejaba lugar a dudas.

Cuando Henry estaba en la tienda, Beau lo entretenía mientras Lila trabajaba. Jugaban juntos con figuras de acción, construían torres con bloques o simplemente se sentaban a leer.

Lila lo observaba desde la distancia, notando cómo Henry estaba más que cómodo con él, como si siempre hubiera sido parte de sus vidas.

—¿Qué haces?—le preguntó Henry un día, mientras intentaba ayudar a Beau a arreglar un estante en el almacén.

Beau se giró hacia él, sonriendo.

—Intento que esta tienda sea un poco más segura para ti y tu madre.

Lila, que estaba en la puerta, sintió un nudo formarse en su garganta. Por mucho que intentara mantener sus emociones bajo control, la paciencia y el cuidado que Beau mostraba hacia Henry estaban logrando que sus defensas se desmoronaran poco a poco.

Por las noches, cuando el sueño demoraba en venir porque tenía miedos y su mente conjugaba escenarios, pensaba en lo mucho que sus vidas habían cambiado desde que Beau comenzó a aparecer con regularidad.

Cada gesto, cada palabra, cada acción que él realizaba por ellos estaba destinada a demostrar que le importaban, y aunque parte de ella seguía dudando, otra parte cantaba esperanzada.

Una tarde, mientras revisaban juntos el monitor de seguridad, Beau rompió el silencio.

—Te echo de menos, Lila—dijo, con un tono bajo y cargado de significado—. Quiero que volvamos a tener lo que compartíamos. Lo extraño, pero sobre todo, te extraño a ti.

Lila lo miró, sorprendida por su sinceridad.

—No sé si puedo...

—Dame una oportunidad, te lo ruego—la interrumpió él, con una urgencia que pocas veces le había visto—. Déjame mostrarte que lo que siento por ti es real. Quiero invitarte a salir. Algo sencillo, solo tú y yo, fuera de toda esta tensión.

Antes de que pudiera responder, una figura apareció en el monitor. Lila se quedó helada al reconocer a Travis acercándose a la tienda.

—Está aquí —susurró, su voz apenas un hilo.

Beau se puso de pie de inmediato, su cuerpo tensándose mientras evaluaba la situación en el monitor.

—Quédate aquí con Henry. Yo me encargo.

Lila no tuvo tiempo de detenerlo antes de que saliera al encuentro de Travis. La tensión en el aire era palpable mientras Beau se colocaba frente a la entrada de la tienda, bloqueando el paso.

—No puedes pasar. Estas violando la orden de restricción. ¿Qué demonios quieres aquí? —le espetó, su voz dura como el acero.

Travis, con su sonrisa burlona, cruzó los brazos.

—Solo vine a ver a mi familia. ¿Eso es un crimen?

—Lila ya no es tu familia—respondió Beau, su postura firme—. Lárgate antes de que llame a la policía.

Los ojos de Travis destellaron con furia, pero antes de que pudiera decir otra palabra, o de que Lila pudiese detenerlo, Henry salió corriendo de la tienda.

—¡Papá! —gritó el niño, abrazando las piernas de Travis con fuerza.

La expresión de este cambió al instante, volviéndose más suave. Sin embargo, Lila, que había salido detrás de Henry, pudo ver la chispa de manipulación en sus ojos. Conocía a ese bastardo, por desgracia, y era incapaz de amar. Triste para Henry, pero real.

—Hola, campeón—dijo Travis, agachándose para estar a la altura de su hijo—. ¿Me echaste de menos?

Lila se acercó, su voz temblando.

—¡Sí, papá! ¿Viniste por mí? ¿Vas a llevarme a jugar?

Le rompía el corazón notar la cruda esperanza en los ojitos de su hijo.

—Henry, cariño, entra a la tienda. Necesito hablar con tu padre.

Henry miró a ambos, indeciso, pero obedeció. Cuando la puerta se cerró detrás de él,

Lila se volvió hacia Travis, con la furia contenida explotando en su voz.

—¿Crees que puedes aparecer aquí como si nada? ¿Después de todo lo que hiciste?

Travis sonrió, dando un paso hacia ella, pero Beau se interpuso como una pared.

—Ni un paso más—advirtió Beau, su tono bajo pero amenazante—. No vas a lastimarla, nunca más.

La confrontación fue breve pero intensa, ambos retándose con sus ojos. Al final, Travis, como el cobarde que era, retrocedió, lanzando una última mirada desafiante antes de marcharse. Lila, con los hombros temblorosos, sintió que el peso del mundo caía sobre ella.

—No va a hacerte daño —dijo Beau, colocando una mano suave pero firme sobre su brazo.

Lila lo miró, sus ojos llenos de miedo y gratitud. Cada vez que su ex había aparecido esta semana, los Montgomery habían estado para ella. Y si era egoísta de su parte meter a Beau en el medio, le aliviaba que Travis viera que no estaba sola, que no era el blanco fácil del pasado.

Ahora, tenía un corazoncito que intentar reparar, se dijo, suspirando, sus ojos anegados.

—Lila... No llores—susurró, y la abrazó.

Lo dejó hacer, porque necesitaba la contención, el refugio.

—No es por mí, Beau, es por Henry.

—Estará bien. Nos ocuparemos de que sea así, te lo prometo—le dijo, fiero, y Lila se mordió los labios, pero asintió.

Su debilidad necesitaba la garantía que Beau suponía.

Esa tarde Lila cerró la tienda más temprano e invitó a Beau a quedarse a cenar. Henry había insistido—se había encariñado con él de una manera que ninguno de los dos esperaba. Era probable que hoy necesitase la presencia de un hombre, también, dadas las circunstancias.

La conmovía, y sentía que Beau estaba haciendo mucho más de lo esperable o posible para reconquistarla. Le había insistido para que no dejara su trabajo a la deriva por ellos, sabedora de sus responsabilidades extensas, y de que su familia la culparía por el hecho de que descuidara el patrimonio familiar.

Mas Beau contestó que había dejado mucho sudor y tiempo en el conglomerado y este podía funcionar sin que él se esclavizara. <<*Beneficios de ser el CEO y tener mucha gente eficiente y preparada a disposición*>>, le había dicho.

Lila no se esforzó en preparar nada extraordinario. La cena fue sencilla: un guisado casero con verduras y pan fresco que había horneado esa mañana. No modificaría lo que era y podía pagar intentando emular la situación privilegiada de los Montgomery. La idea era risible, y Beau se mostraba cómodo con ellos.

Es que lo que su hogar y modo de vida carecía en sofisticación, lo tenía en calidez. La

riqueza estaba en el hecho de preparar algo rico para disfrutar con los que se quería; estaba en la manera en que Henry hablaba sin parar, en cómo sus palabras llenaban el pequeño comedor con una vitalidad que parecía contagiosa. En los momentos que se compartían.

Ahora mismo, Beau estaba sentado junto a Henry, escuchándolo con atención genuina mientras el niño describía sus dinosaurios favoritos con gestos amplios y expresivos.

—¿Sabías que los estegosaurios usaban sus colas para defenderse? ¡Eran como mazos enormes!—exclamó, sosteniendo su cuchara como si fuera la cola de un dinosaurio.

Beau fingió asombro, apoyándose en la mesa.

—¿De verdad? Eso suena aterrador. Creo que si me encuentro con uno, saldré corriendo.

Henry rio, golpeando la mesa suavemente con su pequeña mano.

—¡No podrías escapar! Pero si eres bueno con ellos, no te harían daño.

Después de cenar, Henry se quedó dormido en el sofá, dejando a los dos solos en la pequeña y acogedora sala de estar.

Lila estaba sentada con las piernas cruzadas debajo de ella, sosteniendo una taza de té. No había dicho mucho desde que Henry se había ido a dormir, pero el silencio entre ellos era cálido.

La luz tenue suavizaba los rasgos de ambos, y se veían... Relajados, menos cautelosos uno con el otro, como si las tensiones se hubieran esfumado y en su lugar se hubiese reinstalado la confianza.

—Gracias por quedarte—dijo Lila en voz baja, rompiendo la quietud.

Lo miró desde el otro lado de la habitación, sus ojos avellana firmes pero suaves.

—Me alegra haberlo hecho—respondió Beau, en un tono igual de bajo—. He querido pasar más tiempo contigo. Se siente... normal. Bien.

La mirada de Lila bajó hacia su infusión, y sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa.

—Supongo que ambos hemos estado esperando que las cosas vuelvan a ser normales entre nosotros.

Le vio tensarse, la postura más firme, y sus ojos la analizaron. Lila quería acercarse, acortar la distancia entre ellos, pero no se atrevía. No aún. Dejó su taza en la mesa y levantó la mirada, encontrando de nuevo sus ojos.

Había un destello en la masculina; un toque de restricción, de vulnerabilidad, mezclada con un deseo que no podía ocultar. La enervaba la idea de que él echaba de menos su cuerpo, su intimidad.

—No tienes que seguir siendo tan cuidadoso conmigo, Beau—le dijo con suavidad, su voz apenas un susurro—. No estoy tan frágil como crees.

Él pensó, como si considerara sus palabras, y luego se levantó, y cruzó la habitación hasta quedar frente a ella, sin apartar la mirada de sus ojos.

Muy lento, extendió la mano, los dedos rozando su mejilla, sintiendo el calor de su piel. Lila no se apartó, sino que se inclinó hacia su toque, cerrando los ojos por un breve momento, saboreando el contacto.

—Sé que no eres frágil—dijo Beau—. ¿Cómo podrías, con lo que has pasado y lo que has logrado? Es admirable—Su voz baja sonaba convencida, y Lila dejó que la envolviera, cerrando sus ojos—. No quiero hacerte daño. No quiero arruinar esto. Otra vez.

Lila abrió los ojos, encontrando su mirada, de nuevo, y esta vez no había duda. Extendió la mano, apoyándola en su pecho, sintiendo el latido constante de su corazón bajo su palma.

—Sé que no lo harás—le dijo, su voz firme.

VEINTIDÓS.

Eso fue toda la invitación que Beau necesitó. Se inclinó, capturando sus labios en un beso que no fue para nada tentativo. Comenzó suave, pero devino profundo, urgente, un beso lleno de las emociones que ambos habían intentado ignorar durante días.

Las manos de Lila subieron hasta sus hombros, acercándolo más, su cuerpo presionándose contra el de él mientras el beso se intensificaba. Los brazos de Beau la rodearon, levantándola del sofá y atrayéndola hacia él.

Podía sentir la tensión en sus músculos, su fuerza en la manera en que la sostenía, como si temiera que al soltarla se le evaporara. Imposible, si ella se derretía contra él. Este reencuentro de sus bocas y sus cuerpos había estado construyéndose durante semanas.

Hambriento, desesperado, urgido, así la besó Beau, con sus manos envolviendo su cintura, apretando su talle mientras la besaba una y otra vez. Luego de largos instantes, Lila rompió el contacto, su respiración entrecortada, sus ojos oscuros de deseo.

—Beau—le susurró, su voz temblorosa.

La frente de Beau se apoyó en la de ella, su respiración igualmente irregular.

—Dime lo que quieres, Lila—murmuró, su voz cargada de deseo.

Lila no necesitó responder con palabras. Lo atrajo hacia ella de nuevo, besándolo, sus manos aferrándose a su camisa como si no pudiera acercarse lo suficiente. Beau respondió de igual modo, sus manos explorando sus caderas, su espalda, y el calor de sus cuerpos les quemó a través de los tejidos de ropa.

El mundo a su alrededor se disolvió mientras se perdían en el instante, el único sonido en la habitación sus suaves y entrecortadas respiraciones entre beso y beso. Lila se dejó llevar hacia el sofá, sus cuerpos fusionados, y la última pizca de contención se deslizó fuera de ellos.

Eran deseo, necesidad, pasión que se volvía a encontrar, y ya no había excusas para no dejarse envolver y llevar. Las manos de Beau se detuvieron, sus labios suspendidos sobre los de ella mientras la miraba a los ojos, buscando cualquier señal de duda.

—¿Estás segura?—preguntó muy quedo.

Lila asintió, sus ojos fijos en los de él.

—Estoy segura.

Beau respiró hondo y cerró los ojos mientras asentía, y sonrió antes de tomar sus labios otra vez, más lento esta vez, saboreando el segundo a segundo. Permitiéndose que los sentimientos que había estado conteniendo se volviesen río bravo.

Su mano subió hasta su mejilla, el pulgar acariciando la piel de Lila mientras envolvía su boca con sus labios con una ternura que hizo que el corazón de ella doliera. Sus manos

encontraron el camino hasta su pecho, aferrándose a la camisa mientras lo acercaba más, queriendo volver a disfrutar de la tibieza que había aprendido a amar.

Las emociones que habían estado atoradas encontraban una salida. Las manos de Lila se deslizaron bajo la camisa, sus dedos trazando los músculos de su pecho mientras se presionaba contra él.

Beau dejó escapar un suave gemido, sus manos en descenso hasta su cintura, levantándola mientras la acomodaba sobre sus piernas. La respiración de Lila se entrecortó mientras se colocaba a horcajadas sobre él, sus manos enredándose en su cabello.

Los labios, imantados, se encontraban una y otra vez, la temperatura entre ellos creciendo con cada beso, cada caricia. Las manos de Beau, aferradas a sus caderas, la guiaron mientras se movía contra él, sus cuerpos presionados en un ritmo que se sentía tanto nuevo como familiar al mismo tiempo.

No existía otra cosa que ellos, envueltos el uno en el otro, sus cuerpos moviéndose en sincronía mientras la pasión crecía. Los dedos masculinos quemaron su piel, trazando la curva de su espalda mientras la acercaba más, sus labios recorriendo su cuello y dejando una estela de besos suaves y ardientes a su paso.

Lila dejó escapar un suspiro, su cuerpo arqueándose, queriendo más de esas manos cuidadosas y gentiles que la adoraban y sostenían como ella fuese algo precioso. Lila se sintió así. Preciada, valorada.

—Oh, Beau...—murmuró, su voz temblorosa derramando anhelos de más, más.

—Estoy aquí—dijo él, su voz ronca, cargada de emoción—. Estoy aquí.

—Henry... Aquí no...—dijo, y él se movió rápido para cargarla al estilo nupcial y con zancadas urgentes los llevó a su dormitorio.

No hubo prolijidad ni eficiencia en la forma en que se desnudaron, arrancándose las prendas, desesperados por sentirse, por vivirse. Hubo largos instantes gastados en apretarse uno contra otro, como si sus pieles les conminaran a pegarse y recordarse.

—No tienes idea... Lo que te he echado de menos... La falta que me has hecho...—dijo él—. Noches durmiendo mal o en vela y temiendo no tenerte otra vez...

La besó, sus ojos cerrados, y luego separó su rostro, para enterrarlo entre el hueco del hombro y el cuello, aspirando hondo. Desnuda, plenamente consciente de cada plano atlético debajo suyo, Lila sintió que el alma le volvía al cuerpo.

Y su cuerpo volvía a la vida, exigiéndolo todo, y ya. Quería tenerlo en ella, sentirlo profundo, que tomara posesión de su sexo y con ello la completara.

Era extraordinario lo mucho que lo deseaba, y por ello se frotó sin cortedad sobre su pelvis, elevándose sobre sus manos para que sus senos, que él adoraba, colgaran como frutas tentadoras.

La dureza de su miembro era cálida y le acarició el coño, haciéndola gemir con expectativa, y cuando los labios de Beau envolvieron un pezón, su cuerpo marcó más de los grados que debía.

Él succionó duro, y aureola y pico recibieron el calor y la humedad de su boca. Sus senos fueron venerados por su lengua y sus labios, que repartieron sus atenciones entre ambos, imponiendo un ritmo que elevó la tensión de manera indecible.

—Podría... correrme solo de mirarte y escucharte—gruñó él—. Pero lo quiero completo, Lila. Voy a follarte, no aguanto más...

—Hazlo... Oh, Dios, hazlo...—gimió ella, largo, porque él acomodó su miembro para que el glande comenzara a colarse en su raja.

—¡Maldición!—graznó él, y retrocedió, suspirando, y mirándola—. Lila, no traje...—su voz sonó muy grave, y el gesto de devastación de su faz fue elocuente—. Maldición, no tengo protección.

Ella parpadeó y se decidió al instante.

—No he estado con nadie, Beau, en años, salvo contigo... Y tomo píldoras para regular mi ciclo.

—Tampoco he estado con nadie, Lila—dijo él, su rostro un poema de sorpresa y anticipación—. Joder... Esto es... Voy a...

—Hazlo.

Su miembro estaba más duro, si cabía, y cuando comenzó a entrar y ubicarse en su vagina, se sintió... Suave, pero poderoso, acariciando las paredes de su intimidad, potenciando sensaciones.

—¡Oh, joder, joder, joder! Nunca... Se siente mil veces mejor, y ya era jodidamente espectacular...—Descendió su rostro y la besó con feroz posesividad—. Delicioso...—pujó corto varias veces y se ubicó para tomar control de cada tramo de su coño, y Lila gimió—. Por favor, preciosa, te juro que no voy a resistir mucho...

Su mano se coló por entre medio de los cuerpos semipegados y con torpeza urgida, logró que uno de sus dedos estimulara el clítoris de Lila, en una caricia que tal vez, solo tal vez, ayudó a que el orgasmo llegara unos segundos antes.

Fue una explosión nuclear que les envolvió y les derritió el cerebro, o al menos el de Lila quedó en blanco y solo pudo enviar sensaciones: placer, alivio, exhilarante alegría y liviano abandono.

El retorno a tierra fue bello: con palabras de amor vertidas a su oído y promesas de larga duración, con caricias que envolvían y besos en el rostro y los párpados.

—Te amo, Lila. Quiero estar contigo siempre... No imaginé decir estas palabras... Pero no hay otra a quien se las podría dedicar... Quiero estar contigo, follarte, cuidarte...

—Grandes palabras, Beau. No quiero que te arrepientas...

—¡No, no! Son reales. Las he pronunciado en mi cabeza por días y días, y no me atrevía... Idiota de mi...

—Te quiero, idiota y todo.

—Afortunado que soy—murmuró, y la abrazó, recostándola a su pecho, colocando su barbilla sobre la cabeza de Lila.

VEINTITRES.

A la mañana siguiente Beau se despertó con una felicidad y sensación de completitud que no había sentido en años. Se quedó quieto, escuchando el murmullo tranquilo de la ciudad afuera, tratando de asimilar lo que había pasado entre ellos. A su lado, Lila aún dormía, su cuerpo acurrucado junto al de él como si fuera lo más natural del mundo.

Su cabello caía en ondas sueltas sobre la almohada, y su respiración era estable y tranquila. Beau la observó por un largo momento, sintiendo su calor permeándolo. Estaba exactamente donde debía, donde necesitaba estar.

Con cuidado de no despertarla se deslizó fuera de la cama y caminó hacia la cocina. Mientras se servía una taza de café, su mente volvió a la noche anterior—la forma en que Lila se había abierto a él, cómo había bajado la guardia y se había rendido a la pasión que les unía.

Lo de anoche... Era más que intimidad física. Había una conexión más profunda, un entendimiento tácito de que ambos tenían problemas propios, pequeñas batallas, pero al estar juntos aquellas se desvanecían y se volvían poco importantes.

¿Y ahora qué?, pensó. Estaban lejos de tenerlo todo resuelto. Lila todavía cargaba con el peso de su pasado, y él... Ah, él tenía sus propios asuntos que enfrentar. Una parte de su familia tenía expectativas tan altas en él que no dudaba en intervenir cuando creían que no las satisfacía. Lo que la tía Lucille había hecho...

Apretó sus dientes, sintiendo la vieja emoción de la ira trepar por su garganta. *No fue diferente a lo que la abuela, la propia Lucille y mi madre hicieron con Emily.* El dolor de su primera juventud se presentó menos fiero que en el pasado, pero ahí estaba.

Un fantasma que le recordaba que había dejado ir a su primer amor, o la había rechazado, por presiones.

<<*Inadecuada, inapropiada*>>

<<*No está hecha para resistir la presión de ser la esposa de un hombre con tanto poder como lo serás tú, ¿qué puede entender de nuestra familia, de ti, Beau?*>>

<<*Deja ese capricho.*>>

Al final la brutal aunque sutil presión diaria, la intervención descarada entre ellos jugó tanto con su cabeza que Beau rompió con Emily de la manera más miserable. Simplemente dejó de verla, de contestar sus llamados, rechazó su presencia y la desconoció en los lugares comunes, como la Universidad.

Con eso, la volvió objeto de escarnio, porque habían habido muchos esperando para cebarse en su pequeña tragedia. Y él dejó que pasara, como un cobarde. Por satisfacer convencionalismos odiosos y dar la razón a un sector de su familia.

No pasará otra vez, se prometió, la taza apretada entre sus dedos, la vista perdida. La apuesta más idiota me acercó a la persona más hermosa y a su hijo, y no les dejaré ir. Los quiero, los necesito.

Era así de sencillo. En la balanza, pesaban más sus sentimientos, su necesidad física y mental de ella, que su rol y lo que rodeaba a este. Tendrían que aceptar a Lila, o confrontar la renuncia formal de Beau a su puesto, y su alejamiento.

Él estaba eligiendo, aquí y ahora, por adelantado. Amaba a los suyos, y creía que su padre, sus hermanos (no estaba seguro de Eliza), su tía Augusta, estarían con él. Quería pensar que su madre lo aceptaría en el largo plazo.

Su abuelo y sus tíos Lucille y Cornelious no, pero podía vivir con eso. Aunque el abuelo se había rendido a la realidad cuando Horace Montgomery había actuado llevándose a su hija, consideró. Tal vez podía hacerlo otra vez. O no, y estaría bien. Él estaría bien, si tenía a Lila a su lado.

Estaba perdido en sus pensamientos cuando escuchó el suave sonido de pasos detrás de él. Lila apareció en la puerta, envuelta en una manta, su cabello desordenado por el sueño. Lo miró por un momento, su expresión indescifrable, antes de acercarse.

—Buenos días—musitó, su voz espesa de sueño.

Beau sonrió, moviéndose para servir un café y ofrecérselo.

—Buenos días.

Se quedaron en silencio por unos momentos, bebiendo el café fuerte y dulce mientras el peso de lo que no habían dicho colgaba entre ellos. Beau no quería adelantarse y dejar fluir sus pensamientos antes de que ella delineara la situación entre ambos con claridad.

Con ella fresca de sueño y a la luz del día, temía haber leído demasiado en el sexo compartido. Al final fue Lila quien habló, su voz tranquila pero firme.

—Anoche...—comenzó, sus ojos alzándose para encontrarse con los de él—. Significó mucho para mí. No quiero que pienses que no fue así.

Beau asintió, sintiendo cómo sus palabras apretaban su pecho.

—Para mí también, Lila. Más de lo que puedo expresar con palabras.

Lila miró su taza, mordiéndose el labio como si buscara las palabras adecuadas.

—La realidad es que... Tengo miedo—admitió—. Tengo miedo de sentir demasiado, de jugarme por lo que mis emociones me dictan y de que esto se derrumbe, de que ambos terminemos heridos. Y no puedo... no puedo permitir que pase. Por mí, y por Henry.

Beau dejó su taza y se acercó a ella, levantando su barbilla para que lo mirara.

—Lila, lo entiendo. Te han lastimado antes, y estoy lejos de ser perfecto. Llegué a ti de una manera... Tonta, inmadura—Tomó aire, hondo—. Pero no lo lamento, ¿sabes? Conocerme fue lo mejor que me ha pasado en años. No voy a ninguna parte. Estoy aquí para ti y Henry. Haré

lo que sea necesario para demostrártelo—dijo con vehemencia.

Los ojos de Lila se suavizaron, pero aún había una pizca de duda.

—¿Qué hay de tu familia? ¿De tu vida? No perteneces a este mundo, Beau. No sabes lo que es luchar cada día para mantenerte en pie, respirando sobre el agua, que las deudas no te ahoguen... Y no quiero arrastrarte a ello.

Había cansancio en esas palabras, eran muestra de su lucha por rehacerse luego de su divorcio y de lo terrible que aquel bastardo le había hecho vivenciar.

—No lo sé—admitió Beau, su voz tranquila pero firme—. Y no tengo problema en decir que no será necesario que lo entienda, porque tengo mi fortuna personal, que quiero compartir contigo. Porque me hará feliz darles lo que el dinero puede comprar. Y quiero que me sigas enseñando a disfrutar de lo que este no compra, Lila. Quiero aprender de ti y de Henry, divertirme simple y natural... No sé, les quiero a ambos. Y no voy a dejar que las expectativas de mi familia dicten lo que hago con mi vida. No otra vez.

La mirada de Lila volvió a bajar, sus dedos apretando la taza en sus manos.

—Quiero creerte, no te haces una idea cuánto—susurró—. Pero me han decepcionado antes.

Beau extendió la mano, tomando la taza de sus manos y dejándola a un lado antes de atraerla hacia él.

—No soy Travis—dijo, su voz llena de determinación tranquila—. Voy a trabajar duro para no decepcionarte.

Lila dejó escapar un suspiro tembloroso, apoyando su frente contra el pecho de él. Por un largo momento, se quedaron allí, envueltos en un abrazo suave, el peso de sus emociones flotando en el aire.

Beau pudo sentir la tensión abandonar el cuerpo de Lila minuto a minuto. Las murallas que había construido a su alrededor bajaban, comenzaban a derrumbarse. Ella lo estaba dejando entrar, y era la cosa más hermosa que había experimentado.

—No sé cómo hacer esto—admitió Lila, su voz apenas un susurro—. No sé cómo permitir ingresar a alguien sin tener miedo a fracasar.

Beau besó la cima de su cabeza, sus brazos apretándose a su alrededor.

—Entonces lo descubriremos juntos—murmuró—. Paso a paso.

Lila se apartó, mirándolo con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo—dijo Beau en voz baja, su tono lleno de sinceridad.

Lila se sacudió un momento más, pero sus sollozos medraron, y al cabo de unos minutos, la calma llenó su faz, y vino el sol: una pequeña y genuina sonrisa que le iluminó los ojos. Alivio y esperanza llenaron a Beau.

VEINTICUATRO.

Lila estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia la calle, los brazos envueltos alrededor de sí misma. El cielo negrísimo, la lluvia que caía y difuminaba las luces exteriores la volvían una de esas noches ideales para acurrucarse con un té en un sillón y leer.

Pero Lila solo podía pensar que ese bastardo de Travis podía estar afuera, en alguno de los autos, observando, vigilando, tratando de joderle la vida, otra vez, y quitarle a Henry, dañarla. Así era ese hombre despreciable que una vez creyó querer.

—Estás pensando en él, ¿verdad?

Beau se le había acercado sin que le escuchara. Lila suspiró, sus dedos trazando el borde de la ventana.

—No puedo evitarlo. Temo que esté ahí fuera, en algún lugar, esperando. Puedo sentirlo.

Beau se colocó detrás, envolviendo su cintura para pegarla a él, y parte de su estrés se disolvió. La tibieza que él traía a su vida atemperaba el frío que su ex imponía.

—Nos ocuparemos de él. No estás sola en esto.

Lila giró en sus brazos, sus ojos sombreados por la preocupación.

—No entiendes, Beau. Travis... él no se rinde. Seguirá volviendo hasta conseguir lo que quiere.

La mandíbula de Beau se tensó.

—Odio que ese bastardo tenga el poder de hacerte sentir tan vulnerable—Besó su frente, y la abrazó—. Nos aseguraremos de que no tenga la oportunidad—dijo, su voz baja, firme—. No voy a permitir que te haga daño. Ni a ti ni a Henry.

Suspiró y recostó su cabeza contra el pecho masculino, dejando que el rítmico golpeteo de su corazón la calmara. Luego de unos segundos, respondió.

—No estoy acostumbrada a depender de nadie, Beau. He tenido que defenderme sola durante mucho tiempo.

—No dependes de mí. Estamos juntos, y no tienes que hacer todo sola.

—Sí, lo veo. Me lo estás haciendo entender, y te aseguro que me trae paz, dentro de mi preocupación. No es miedo por mí, ¿entiendes? Es que Henry... Mi niño quiere todavía a ese hombre, a pesar de no haber hecho nunca nada bueno por él.

Un poco de temor tenía, sí. No era loco. Ese hombre la había golpeado, la había lastimado, y si lo soportó un tiempo, no fue por disculparlo, o por amarlo. Lejos de eso.

Fue por no tener recursos y por sentirse sola y sin fuerzas. Hasta que aquella bendita mujer del grupo de contención y apoyo le había brindado esperanza y ayuda efectiva para

escapar, ir a lugar seguro, y hacer los trámites necesarios para imponer una restricción a Travis y obtener custodia completa de Henry.

Había huido lejos y forjado una vida, pero su debilidad por Henry, el que este extrañara a su padre, la había impelido a permitir la comunicación telefónica que el padre pidió a través de abogados. Eso había llevado a esta situación actual. A sentirse atrapada y temer que Travis les dañara.

No estás sola. Beau está contigo, y tiene medios. Deja de negarte a aceptar su ayuda con la seguridad. Ese orgullo tuyo no te favorece. Lo tenía con ella ahora mismo, sosteniéndola, sus dedos trazando suaves patrones en su espalda, logrando que la tensión en su cuerpo se desvaneciera.

—Está bien si temes, Lila. Sería poco realista no hacerlo. Te hizo la vida miserable, te acecha... Déjame meter el temor de Dios en el cuerpo de ese hombre—le susurró.

—No quiero tener en mi conciencia el que le pase algo malo. Henry... Cuando sea grande...

—Entenderá que su padre era un hombre peligroso que acechaba y lastimaba a su madre. Y que esta le crio con amor e hizo lo necesario para que viviera feliz y seguro.

—Eso espero—suspiró, y luego meneó la cabeza, la culpa metiéndose en su cabeza—. Esto es tan injusto. Te estoy quitando de tus obligaciones, de tus responsabilidades. No sientas que debes quedarte, Beau. Estás aquí a diario, por las noches... No descansas bien, corres de un lado a otro.

Beau negó con la cabeza, cubriendo su mano con la suya.

—Haré lo que sea necesario para que estés segura, a salvo. Eres parte de mi vida—dijo, su voz firme.

Lila contuvo la respiración ante sus palabras, su corazón latiendo agitado. Este hombre, que aparecía desapegado y ajeno en las fotos y con los demás, era romántico y gentil como nadie. Con ella. Con Henry.

¿Cómo no perdonar su falta, si le había mostrado que no solo estaba aquí para ganar un reto, o solo por los buenos momentos? También estaba en los días difíciles.

Beau había intentado mantener sus dos mundos emocionales apartados, al menos hasta decidir cómo procedería para integrarlos. Porque ese era su objetivo, y para eso, su familia tenía que entender que Lila y su hijo eran suyos, o de lo contrario, abstenerse de intentar que desapareciesen.

Era más sencillo pensarlo que ejecutarlo. Cada vez que charlaba al teléfono con sus padres, la presión devenía insostenible. Eleanor, con su aguda intuición, le reprochaba que sus prioridades se alejaran del legado de los Beaumont, y pretendía culpabilizarle. O Beau lo sentía

así, en realidad.

Luego estaba ese bastardo inmundo del ex de Lila. Travis. Este había aparecido para traerle miedo y llenar sus días de tensión. Ella estaba en alerta constante, y su sueño era agitado.

Su vista iba de las flores y arreglos al monitor de seguridad de modo constante, había suspendido las salidas de Henry a las casas de amigos, con las consiguientes decepciones del niño. Mas este era sensible a la preocupación de su madre y no se quejaba, obediente.

Beau odiaba que Travis tuviera ese poder sobre ellos: les había amargado el pasado y embarraba el presente. No era algo que pensase permitir mucho más; su contención de traer un ejército de guardias y perseguir al hombre hasta su guarida era por pedido de Lila, que no entendía que el dinero era una herramienta a usar a favor.

Su jodida independencia y deseo de no aprovecharse de él, como le había dicho, era molesta. Beau había asumido que había muy poco que él no haría por ella.

—Esa basura no va a ganar—murmuró Beau con firmeza, su voz llena de una resolución tranquila—. No se lo permitiré.

Lo encontraría, pondría a su gente en eso. Y mientras estos lo hacían, él llevaría a Lila y a Henry de viaje. Les sacaría de la atmósfera tóxica que respiraban estos días. Les haría bien a todos.

Decidido, se abocó a hacer su labor, lo que implicó firmar incontables documentos y reunirse con sus jefes de operaciones. Wilma, eficiente como era, había sido invaluable al organizar su agenda de modo de poder estar temprano en casa de lila, e incluso algunos días, trabajar desde allí.

Su departamento era un lugar de paso en los últimos días: se sentía vacío y sin vida. Entre reunión y conferencias, encomendó a Yvar la tarea de investigar a Travis.

—Quiero saber todo, en especial de qué vive y dónde, sus amistades. Hackea su teléfono, haz que tus hombres le sigan, no quiero que se acerque a Lila o su hijo.

—Así lo haré.

—Viajaré a Bahamas este fin de semana, y estaré allí tres días. Sería interesante que hubiera algún señuelo en la florería—dijo—. Tal vez puedes arreglar eso. Si es idiota, además de violento, podría atacar. Si le atrapan y lo ponen tras las rejas, nos quitan un peso enorme de encima.

—Mmm, podría ser—dijo Ivar, pensativo—. Aunque dudo que uno de los míos lleve un vestido tan bien como esa mujer—Beau rechinó los dientes y fue a decir algo, pero la risa alta de Ivar lo contuvo, sus manos en alto—. No mates al mensajero. Repito palabras de tu hermano Rhett.

—Guarda tus chistes y haz tu trabajo, Ivar. La mujer que quiero está triste y teme a su sombra.

El hombrón se puso serio y asintió.

—Lo vamos a localizar, y le pondremos tras las rejas. O lo que sea necesario.

—Sí, exacto.

Tres días después de esta charla, estaban en vuelo. Le había costado muy poco convencer a Lila, básicamente porque fue listo. Bastó que mostrara fotos de la playa y la casa a Henry para que este fuese el principal promotor.

También Preston, la seria bibliotecaria, y Greta, ayudaron a convencerla. A su pedido, y como las buenas amigas que eran, lo ayudaron.

El zumbido constante del jet privado era suave, como un murmullo de fondo que contrastaba con la emoción palpable de Henry, quien estaba pegado a la ventanilla, mirando con asombro el océano interminable. Lila, sentada junto a él, observaba a su hijo y no podía evitar sonreír.

—¡Mamá, parece una piscina gigante! —exclamó Henry, señalando el agua azul turquesa.

Beau, sentado frente a ellos en el lujoso asiento de cuero blanco, sonrió al escucharlo.

—Es mucho mejor desde abajo. Ya verás.

El avión, un Gulfstream G650, estaba a su disposición. Con su interior decorado en tonos claros y detalles dorados, era un reflejo de la vida que Beau quería brindarles. Había un bar equipado al fondo, donde un asistente les había ofrecido champán y jugo de frutas antes del despegue.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Beau, inclinándose hacia Lila.

—Es... increíble. Es la primera vez que volamos, y hacerlo con este confort, es... Una experiencia hermosa.

—Haremos que cada día sea especial —dijo Beau—. Será el respiro perfecto. Lo prometo.

El aterrizaje fue suave, y Henry casi no podía quedarse quieto mientras el avión rodaba hacia un pequeño hangar privado. Al bajar las escaleras, el aire cálido y salado del Caribe los envolvió.

La vista era de ensueño: un cielo despejado, palmeras balanceándose con la brisa y un océano que parecía sacado de una postal. Un buggy eléctrico los esperaba para llevarlos a la villa privada, y Henry no dejaba de señalar lo que veía.

—¡Mira, mamá! ¡Una playa! ¿Podemos ir ya?

—Pronto, primero vamos a ubicarnos en la casa—dijo Beau, colocando una mano en el hombro del niño mientras el vehículo avanzaba por un camino bordeado de exuberante vegetación tropical.

Cuando llegaron a la villa los rostros de ambos mostraron su sorpresa. Entendible: la

mansión era una estructura de ensueño, diseñada para integrarse con el entorno natural. Las paredes de cristal permitían vistas panorámicas al océano, y una piscina infinita parecía fundirse con el horizonte.

Los interiores estaban decorados con un estilo contemporáneo, pero cálido, con muebles de madera clara, tejidos naturales y acentos en tonos marinos.

—Es... impresionante —dijo Lila, recorriendo el espacio con la mirada.

Beau sonrió, satisfecho con su reacción.

—Quiero que te relajes, que disfrutes. Que Henry corra, juegue, se canse. Que ambos tomemos mimosas mientras nos relajamos al sol, que caminemos de la mano por la arena...

—Ay, Beau...—ella se mordió el labio inferior, sus ojos húmedos—. ¡Gracias! No sé qué decir... Me felicito por haber superado mi rabia y habernos permitido una segunda oportunidad.

—De lo que nunca me voy a olvidar. Anda, vamos a instalarnos.

Un equipo de servicio los recibió con bebidas tropicales y una selección de frutas frescas. Henry, emocionado, agarró un pedazo de mango y corrió hacia la terraza.

—¡Mamá, mira! ¡La piscina es enorme!—gritó, mientras señalaba con entusiasmo—. Beau, tu casa es de película!

—¡Gracias, Henry! Me alegro de que te guste. Tendremos mucho para disfrutar.

Sí, esta había sido una excelente idea. En este paraíso podrían relajarse y olvidar los problemas y sinsabores.

VEINTICINCO.

El primer día comenzó con un desayuno al aire libre con vista a la playa, envueltos por los rayos del sol que calentaban el aire. Café, croissants recién horneados, frutas exóticas y jugos naturales habían sido preparados en abundancia, y dieron buena cuenta de ellos.

Luego, Beau tomó como tarea el lidiar con el excitado Henry, que no podía decidir si quería pasear en bici, nadar en la piscina o en el mar. Lila los observaba desde una tumbona, en una bucólica paz, entibiada por los rayos del sol.

Beau era tan natural con Henry, dispuesto a compartir cada momento con él, que la parte de su corazón que todavía tenía alambre de púa y concreto se rindió a la evidencia de que ese hombre les quería.

Los dos pasaron un par de horas en el agua, chapoteando, jugando guerras, con juguetes inflables y competencias mientras Lila leía a la sombra de una sombrilla y servida a cada instante por solícita servidumbre.

Luego, decidieron explorar la isla en bicicleta. Había senderos que cruzaban el bosque tropical y les llevaron a playas semi escondidas paradisíacas. Henry iba delante, gritando de emoción cada vez que descubrían algo: un cangrejo corriendo por la arena, una pequeña laguna de aguas cristalinas.

Beau pedaleaba junto a Lila, observándola con satisfacción, distendido y sin las sombras de preocupación diarias que los negocios imponían en él. O mi situación, pensó Lila, que él había vuelto suya.

—¿Estás disfrutando? —le preguntó, cuando descendían de las bicis en un claro entre los árboles.

Lila lo miró y le tocó el rostro, acariciando su barbilla.

—Mucho. Gracias, Beau. No tengo palabras... Lo que haces por nosotros...

—Quiero que lo vean todo, que disfruten de cada minuto acá—dijo, con una sonrisa que le iluminaba los ojos—. No solo por Henry, sino por ti. Mereces momentos como este. Me aseguraré de brindártelos.

Había promesa en sus ojos, y Lila le creyó. El día terminó con una cena junto al mar, bajo un cielo lleno de estrellas. El chef preparó una parrillada con mariscos frescos, acompañada de ensaladas ligeras y vinos seleccionados para la ocasión.

Henry, agotado por las aventuras del día, se quedó dormido en una hamaca cercana mientras Lila y Beau compartían la comida. La conversación fluyó con facilidad, desde temas triviales hasta confesiones más profundas.

Lila, sintiéndose más cómoda, le habló de sus sueños de abrir una segunda tienda algún

día, mientras que Beau compartió historias de su infancia, sorprendiéndola con detalles de una vida que no había imaginado.

Cuando terminaron, caminaron por la playa. El sonido de las olas era relajante, y la arena bajo sus pies estaba tibia. En un momento, Beau se detuvo y la tomó de la mano.

—Gracias por venir —dijo, su voz baja pero llena de significado.

Lila lo miró, sorprendida. ¿Le regalaba días en un paraíso y le agradecía?

—Gracias a ti por traerme. No podré compensarte esto...

—Lo haces a diario—se apuró él a decir—. Me has cambiado el ánimo, las expectativas, la vida, Lila. Me sentía... Vacío. Conocerme fue lo mejor que me pasó.

Joder, era afortunada, dentro de sus vaivenes. Tenía a un hombre guapísimo abrazándola por la cintura y mirándola con hambre bajo las estrellas de las Bahamas, mientras su hijo descansaba seguro y protegido.

Las dificultades cobraron otra perspectiva. Estaban lejos, no la tocaban. El silencio entre ellos estaba cargado de emociones que no necesitaban palabras.

Beau se inclinó para rozar su boca con la de ella en un beso suave y lleno de intención. Lila respondió, permitiéndose bajar la guardia, dejándose llevar por la sensación de seguridad y deseo que él despertaba en ella.

Cuando se separaron, Beau le acarició el rostro.

—Quiero hacerte el amor, Lila. No puedo esperar.

—No esperemos, no—dijo, y sonrió.

Beau la tomó de la mano y la llevó por la duna hacia la mansión, y allí, con mucho cuidado, tomó a Henry y le transportó a su cama. Lila le siguió, y cuando se aseguró de que todo estaba bien con su pequeño, tomó la iniciativa, llamando con su dedo índice a su amante.

—Ven, Beau, te necesito.

Su voz sonó seductora y desconocida a sus oídos, y encendió a Beau, que fue tras ella quitándose la camisa. El pecho, los abdominales levemente marcados, los bíceps, que él flexionó al ver la intención con que lo miraba... Sí, él llamaba a sus instintos más primarios.

—Si me miras así, no voy a durar, Lila—le dijo, el barítono de su voz más audible que nunca—. Pero... Espera... Ve a la habitación mientras busco algo.

Ella enarcó las cejas, y protestó:

—Pero, pero... ¡Beau!

—Te va a gustar—le aseguró.

Hizo un mohín pero obedeció, y con velocidad, y también torpeza, se quitó las sandalias, el vestido liviano multicolor, y también las bragas y el sostén. Desnuda, su piel tibia por el sol del día, refrescada por la brisa que entraba por la puerta ventana y agitaba las cortinas, se tendió en la enorme cama.

La lujuriosa sensación del algodón fino acarició su piel, y probó tres posiciones en el intento de sorprenderlo con una muy sexy que le volara la cabeza. Eso quería.

Sus imperfecciones—algunas estrías en la zona del abdomen bajo, el leve abombamiento de su vientre, el que sus muslos no estuviesen tonificados al ciento por ciento—no importaba.

El ya había demostrado una y otra vez que le excitaba ella, su cuerpo y su mente, que la elegía, y a Lila le quedaban muy escasas dudas. Estas tenían que ver con su entorno, no con él.

Y pensaba disfrutar de cada instante aquí, y lo que tuvieran de tiempo juntos, en una relación que evolucionaba, pero que Lila todavía no etiquetaba. Eran amantes, amigos, tal vez novios.

El volvió con un paquete discreto que exacerbó su curiosidad de inmediato, y la sonrisa provocativa, puro sexo que le envió, la ruborizó en un santiamén.

—¿Qué... Qué tienes ahí?—susurró, incorporándose para apreciar mejor lo que él comenzaba a sacar de la caja.

—Pensé que era hora de poner un poco de especias a nuestros juegos—le guiñó un ojo, y le mostró envases—. Gel lubricante, especial. Saborizado—movió sus cejas—. ¿Qué te gustaría probar? ¿Algodón de azúcar, torta de cumpleaños, piña colada o sex on the beach?

Parpadeó cuando contó los cuatro envases que él tenía en sus manos.

—¿Es en serio?—inquirió.

—Por supuesto—se adelantó, caminando sobre sus manos en la cama, y la besó, mordisqueando su labio inferior antes de retroceder—. No bromearía con algo tan serio.

—Me temo que son sabores muy dulces para esta hora de la noche—señaló, divertida, haciéndose atrás, exponiéndose para él, que achinó sus ojos e hizo un sonido casi animal.

—Son sin azúcar agregado—respondió, sonriendo—. No que me importe un subidón de azúcar, si está extendida en el área perfecta. Voy por la torta de cumpleaños, y como soy el que eligió primero... Comienzo yo.

—Si debes...—bromeó.

—Oh, absolutamente, tengo qué—aseguró, y se colocó entre sus piernas, maniobrando para colocar una almohada que elevó su pelvis y la dejó en ángulo ideal para lo que vino.

La expectativa la llenó toda, y cerró los ojos cuando la sensación de algo viscoso y tibio esparciéndose en su coño la hizo vibrar. De inmediato olió un aroma que le evocó al chocolate.

—Eso, abundante para poder paladarlo—dijo él, y Lila abrió sus ojos justo para verlo llevarse los dos dedos que habían distribuido el gel a la boca.

La imagen y el ruido de la succión le elevaron la temperatura corporal varios grados. Y verlo descender lento, muy lento, para colocar la cabeza entre sus muslos la dejó sin palabras.

No necesitó articularlas para lo que siguió, porque la manera en que él la comió fue

intoxicante y abrumadora, dándole espacio solo a gemidos y pequeños sonidos guturales.

La húmeda calidez del gel y la saliva de Beau inundaron su coño y facilitaron el recorrido fluido de su lengua, que la paladeó con deliberada y jodida lentitud, para luego pulsar sobre su clítoris.

—¡Ahí, justo ahí! Ahhh.... Oh, Beau...

—Mmm...—dijo él, haciendo una pausa y clavando sus ojos cobalto en ella—. El gel está muy bien, ayuda, pero... El sabor natural es lo que de verdad me pone a mil.

Un dedo, sólido, duro, se coló por su entrada y exploró, y en un instante su clítoris y su punto G (supuso que tenía que ser), se encendieron y enviaron señales de incontable placer por todas las células, a una velocidad increíble.

El grito con el que se corrió sobre la boca de Beau sonó lascivo, pero imparable.

—¡Eso, córrete, mi amor!—gruñó, y su lengua se movió irredente por todo su coño, hasta que ella se movió incómoda, satisfecha, agotada.

Pero el estímulo que vino de inmediato, desconocido y urgido, la sobresaltó. Beau exploraba el más recóndito de sus orificios con la yema de su dedo mayor, y sus sonidos de aprecio la alarmaron.

—¿Beau...? ¿Qué...?

—Quiero tomar posesión de cada porción de tu cuerpo, Lila. Hacerte conocer cada postura posible, experimentar...—la miró, observando su reacción—. No será hoy, hermosa, pero... La idea de penetrarte aquí, decorarte...—Él cerró sus ojos y tragó saliva, obviamente llamándose a no dejarse llevar por la fantasía—. Sueño con juguetes eróticos, con posturas...

—Okay... Ya veremos—anunció, sin compromiso, aunque curiosa, muy, muy curiosa.

Él fue hasta la silla donde había dejado la caja, y Lila parpadeó, confundida. ¿Qué más había...? Oh, joder, eso...

Las esposas brillaron impactadas por la luz externa, y él las movió de forma pendular mientras se acercaba.

—¿Puedo?—Su mirada debió demostrar algo de la desconfianza que sintió ante la perspectiva de la restricción, porque él dulcificó su gesto, y se sentó a su lado—. No van a lastimarte, Lila, son especiales para la intimidad, y apenas me lo digas, te soltaré. Confía en mí.

Sus miradas no se despegaron, y Lila le besó firme y hondo, con el gesto afirmando que confiaba. Que se ponía en sus manos, le confiaba su cuerpo, se entregaba a él sin reparos.

Él tomó una de sus muñecas y la envolvió en la esposa, y luego le movió sus brazos atrás, y pasó la cadena por el respaldo de metal, asegurando la otra muñeca.

—Mírate. Hermosa.

Se hizo atrás, arrodillado, y se desvistió sin ceremonias, quedando a merced de los ojos hambrientos de Lila, que bebió de cada ángulo, de cada plano y elevación de su torso, abdomen,

piernas, y de la gruesa y larga polla que venía por ella. A la conquista.

Lila abrió sus piernas en invitación y él llevó su mano derecha a la base del miembro y masturbó varias veces.

—Te verías bella envuelta en las cuerdas del Shibari, Lila. ¡Tanto por hacer, me pone loco!

—¡Fóllame, Beau! Deja de imaginar, tóname—le urgió, el deseo volviendo a ella con venganza.

Era codiciosa cuando de él se trataba. Quería su presencia, su tiempo, su cuerpo, su amor. Y en este momento, su polla. Con desesperación.

—A mi merced—susurró él, avanzando.

Lila apenas pudo apreciar el momento de la conquista, porque lo tuvo sobre ella en un santiamén, y la ensartó hasta el fondo con urgencia, empujándola con fuerza, sus testículos pegando en la base de sus glúteos, acariciando sus paredes internas con cada embestida.

Desenfocado, embravecido, fuera de su habitual compostura, loco por ella, así le hizo el amor Beau, y Lila le recibió con igual necesidad, aunque más restringida de movimientos.

Esto era especial, novedoso, y la incitaba a otras experiencias. Abrió sus piernas y las extendió, cual alas de una mariposa, y la satisfacción hizo que las agitara, como si volara. Lo que casi pasó, cuando se corrió otra vez, y él se terminó en ella con jadeos incontrolados y gruñidos de satisfacción.

Se derrumbó sobre ella después, aplastándola a medias, y le recibió alborozada.

—Te amo y te deseo tanto. No hay otra que me haya hecho sentir así. Siento que gané, gané mucho más de lo que pensé al escuchar al idiota de Rhett.

Sonrió y le trajo con ambas manos para besarlo con dulzura. Él había transformado su vida, lo hacía a diario.

El fin de semana pasó demasiado rápido. Henry quedó fascinado por lo que vivieron, y su asombro constante y la alegría que fue visible en su faz todo el tiempo llenó el alma de Lila.

Por otro lado, si le quedaba alguna duda de que Beau estaba habituado a lo mejor, lo vivenció en la atención constante con que la servidumbre los agasajó, la comida y bebida, además del hecho de que ¡eran propietarios de la isla!

Esto la dejó sin palabras, y solo se enteró porque el domingo al mediodía la hermana menor de Beau llegó a la villa. La tomó por sorpresa, aunque no a Beau, quien luego le dijo que no había querido alarmla.

Tuvo razón; habría muerto de ansiedad de haber tenido tiempo para prepararse. La menor de los hermanos era una mujer muy bonita y sofisticada, además de distraída y sociable.

Llegó con tres amigas y pasaron la mayor parte del tiempo hablando de viajes, pasarelas de diseñador y eventos, y si no percibió desagrado de su parte, o altanería, la sintió lejana. Beau

le dijo que Eliza vivía en un mundo propio y era la mimada de la familia, por lo que había sido la consentida.

El balance de la recepción que la familia le estaba haciendo no era el mejor, pero tampoco el peor, pensó. Al menos cuatro miembros ya la conocían, y tres de ellos no la detestaban. La excepción, la tía Lucille.

Lo importante era Beau, y él era claro en su afecto. Cálido, perfecto. Lila sentía que él había traído muchas cosas buenas a ella, entre eso, lo que creía perdido: la capacidad de disfrutar, de estar presente.

Al final de la tarde del lunes el jet despegó, y Henry se quedó dormido de inmediato con la cabeza apoyada en su regazo, y Beau, sentado frente a ella, la miró con una sonrisa tranquila. Eliza y amigas charlaban más adelante, prescindentes de ellos.

—¿Lista para volver? —le preguntó.

Lila asintió, apretando la mano de su hijo.

—Sí, fue maravilloso. Gracias por este escape. Lo necesitábamos.

Beau sostuvo su mirada, su expresión firme pero cálida.

—Hay más de donde vino esto. Quiero enseñarte lo mejor de mi mundo.

Lila sonrió, dejando que la promesa en sus palabras se quedara con ella mientras el avión ascendía, llevándolos de regreso a la realidad.

VEINTISÉIS.

Beau se despertó antes del amanecer, energizado, y decidido. Se deslizó del abrazo de Lila con cuidado para no despertarla, y sentado en el borde la observó, pensativo. Se la veía en paz, su rostro distendido, y roncaba ligeramente.

Sonrió, embargado por emociones diversas. La principal era el amor. Amaba a esta mujer sencilla y bonita, como no había querido antes. Podría haber seguido en su burbuja, sin conciencia de su existencia, actuando como un hombre con la mitad de su corazón dormido de no ser por la apuesta. Le debía a Rhett, no al revés.

Se vistió, pescando sus ropas del suelo, donde habían caído en desorden la noche anterior, y cerró los ojos mientras se abotonaba la camisa, disfrutando de algunas imágenes de la pasión que compartieron.

Luego, se sacudió las ganas de volver al lecho y abrazarla para despertarla y rogarle por otra ronda de ardiente sexo. No, tenía tareas ineludibles. Las diarias y rutinarias, pero sobre todo las que definirían lo que se venía para ellos.

El silencio de la casa lo acompañó mientras caminaba hacia la cocina. Preparó café, tocino y huevos de la mejor forma que pudo, que fue quemando el segundo y pasando de punto los huevos, pero la cocina no era un mundo conocido hasta que llegó a esta casa.

La comida aparecía en su mesa, abundante y exquisita, por obra de chefs privados y la servidumbre. Esto último le gustaba, no lo negaba, y vería de tenerlo, una vez que resolviera las complicaciones.

Una casa con comodidades extensas, personal que hiciera la vida más sencilla a Lila, más espacio, ropa y diversiones para Henry, les quería dar todo. No quería eliminar lo que volvía especial a los que transformaron su vida, simplemente quería mimarlos, cuidarlos, sorprenderlos.

Con una taza de café en mano y la ideas claras, llamó a Ivar. Esperaba que este hubiera logrado avances en el rastreo de Travis.

—Jefe, buenos días—le saludó este. ¿Cómo estuvo Bahamas?

—Hola, Ivar, excelente. Corto, además. Estoy que me salgo por novedades. Dime que tienes algo—demandó Beau.

—Sí, fue sencillo. El software de reconocimiento facial es la puta hostia, y uno de mis contactos de la policía nos dio acceso al sistema. Costó caro, pero sé que no hay restricciones con eso.

—Por supuesto que no—dijo.

—Está en un motel barato, a las afueras de Savannah—respondió Ivar, directo al grano—. Trabaja como reponedor de mercadería en un supermercado y pasa parte de las noches en un

bar cercano. Ha estado hablando demasiado, diciendo que vino aquí a “recuperar lo suyo.” Parece que se cree intocable.

Beau apretó los dientes, el café en su mano olvidado.

—Quiero vigilancia constante sobre él. Si se acerca a Lila o a Henry, si da un paso para seguirlos, actúen de inmediato.

—Tengo a dos de mis hombres vigilándole. Son de lo mejor. Y el hombre es un imbécil, no tiene el más mínimo sentido de la autopreservación. Está acostumbrado a aterrorizar mujeres, u otros más débiles.

—Bastardo y cobarde—agregó Beau.

—Mis sentimientos exactamente. Beau, hay que proceder con cautela. Vigilarlo es prioritario, pero debes decidir qué harás si se acerca demasiado.

—Primero hablaré con Lila—respondió, su voz firme—. Ella todavía tiene ciertos pruritos, por su hijo. Este quiere a su padre.

—Inevitable, aunque lo mejor que le puede pasar es que desaparezca de su vida—señaló Ivar, práctico y sin ambages.

—Sí. En base a lo que ella decida, procederemos. Salvo que...—se detuvo, pensativo. Su compás del bien y mal no estaba roto, pero, ¡ah, la tentación de usar sus recursos para desaparecer al infeliz!—. No pienso quedarme quieto y dejar que ese hombre crea que puede manipularnos.

Ivar asintió al otro lado de la línea.

—Estaremos listos. Solo tienes que decirnos qué hacer.

Beau cortó la llamada y dejó la taza de café sobre el fregadero con un golpe seco. Este asunto estaba atendido, pero tenía otro que atender, y no lo podía posponer.

Cruzó la entrada principal de la mansión Montgomery una hora más tarde. Había tenido intención de hablar con sus dos padres, pero Horace le envió un mensaje un rato antes, cuando estaba por salir.

PADRE: *Beau, visita a tu madre, está inquieta por tu prolongada ausencia, hijo. Voy en viaje a Florida a un torneo de golf y volveré mañana.*

Su madre era mucho más dócil... Mala elección de palabra, consideró. Eleanor Beaumont era más proclive a mostrarse abierta y comprensiva cuando su esposo estaba a su lado. Así funcionaban, como dos caras de la misma moneda, esos dos.

No importa, pensó, tendrá que escucharme y aceptar lo que tengo para decirle, le guste o no. La encontró en el salón, con una taza de té en la mano y leyendo el periódico de la mañana. Al escucharle entrar, levantó la mirada, sus ojos evaluándolo con precisión.

—Ah, Beau, querido, qué placer verte.

Vino a ella y le besó la mejilla, con cariño. El que la considerase mandona y muy

pegada a las apariencias no ahogaba el hecho de que la amaba, y sabía que era mutuo. Lo que resultase de esta charla podía herir la relación, pero esperaba que no implicase una ruptura entre ellos.

—Hola, madre. ¿Cómo has estado?

—Bien, bien. El que ha estado bastante ausente eres tú—comentó, sin molestarse en ocultar el tono de reproche.

Beau se sentó frente a ella, asintiendo, su mirada fija y llena de determinación.

—Tengo mis razones. Escucha, necesito hablar contigo—dijo, directo al punto.

Eleanor dejó la taza con calma, y cruzó las manos en su regazo mientras asentía.

—Por supuesto, querido. Debe ser importante. Tienes ese aire...—hizo un gesto con su mano—. De porfiada decisión. Dime, ¿qué pasa?

—Es... Sobre mi vida... Han cambiado algunas cosas... Importantes—respondió Beau, con voz firme—. Y sobre cómo tú y los demás tendrán que aceptarlo.

Eleanor arqueó una ceja, pero su rostro permaneció inmutable.

—¿De qué clase de cambios hablas?—sacudió su cabeza—. Te lo juro, Beau, a veces eres dramático sin necesidad.

No lo creía. Tenía pruebas. El pasado le había demostrado lo determinadas que eran su abuela, madre y tía Beaumont en lo relativo a la mujer que esperaban formalmente a su lado. La que aceptarían.

—Hay una mujer en mi vida. Es una relación formal, somos novios—dijo sin rodeos—. Se llama Lila, tiene un hijo... Henry—su rostro sonrió al nombrarlo—. Ella será mi esposa.

La expresión de Eleanor se endureció, y sus ojos se entrecerraron.

—¿Lila? ¿Esa mujer del Distrito Starland, la de la apuesta? La que Lucille...

Su voz se afinó a medida que la decepción la llenaba.

—Sí, mamá. Ella. Y antes de que digas algo más que pueda ser hiriente, déjame dejarlo claro: ella me importa, demasiado y no voy a permitir que tú, Lucille o alguien más interfiera. Lo que tenemos es sólido, real.

Eleanor trató de mantener su compostura, aunque se removió en el asiento, y parpadeaba veloz, buscando palabras y una estrategia, no le quedó duda. Su madre era inteligente y no dejaba que las emociones la cegaran, de habitual.

—Beau, ¿tienes idea de lo que estás haciendo? ¿Lo que estás arriesgando? Tu legado, lo que nuestra familia ha construido... Una decisión tan apresurada, alocada...

Respiró hondo y se conminó a la calma. No caería en la trampa de enrabietarse, no era un niño. Procedería como el hombre que era.

Su madre tenía que verlo decidido, no cegado por emociones. En control, como a él le gustaba estar.

—No estoy tirando nada por la borda —dijo—. En verdad, estoy construyendo algo nuevo. Algo real. Es lo que papá y tú hicieron, ¿o no?

El ceño de Eleanor se frunció, sus labios apretándose en una fina línea.

—Golpe bajo, Beau.

—Es justo traerlo a colación, me parece—replicó, inclinándose hacia adelante—. Intento ser feliz, y encuentro que tengo que luchar para eso. No negaré que me resulta frustrante, pero no afectará el resultado final. Lila y yo somos un combo maravilloso—lo dijo con sinceridad, emocionado, pero se recuperó.

—¿Y crees que esto es lo mismo? —dijo Eleanor, su tono beligerante, sin molestarse en fingir su molestia—. ¡No compares lo que tu padre y yo construimos con esto! ¿Una divorciada con un hijo? Beau, puedes conseguir alguien mejor. El niño no es tu sangre, no sabes lo que...

—No hables así. No necesito conseguir nada, tengo justo lo que quiero a mi lado—dijo, su voz cargada de pasión—Adoro a Henry. Es un niño resiliente, gentil, inteligente, y su madre lo ha criado maravillosamente, porque es una mujer extraordinaria.

—Esto suena bien ahora, Beau, pero... ¿Qué pasará en unos meses, cuando la novedad deje de serlo, y te encuentres atrapado? ¿Es justo para ese niño, para esa mujer? No la juzgo, no la conozco, pero... Estás creando muchas expectativas—respondió Eleanor, en un intento de minimizar lo que él decía.

—Me das poco crédito, y a ti misma, que me criaste bien. No soy un hombre de precipitarme, y mis sentimientos no son descartables. Tengo dos ejemplos de que el amor dura, madre. ¿O acaso amaste menos a papá con el tiempo? Porque no es lo que me mostraste. Los abuelos igual.

—Estás dejando que tus emociones te nublen el juicio.

—¿No me prefieres emocional antes que serio y adusto, el frío robot que era antes?—preguntó, con una sonrisa tensa.

—No eras así —protestó Eleanor, aunque su voz perdió algo de convicción. —Un hombre con tus responsabilidades no tiene el lujo de...

—Sí lo era. Me sentía infeliz, vacío—la interrumpió—. Lo contrario a lo que siento hoy, y ella es la variable en mi vida. Y no voy a dejarla ir, porque tengo derecho a vivir y amar a quien quiera. Y lo haré.

Eleanor lo observó en silencio, sus manos temblando ligeramente. Por un momento, su rigidez habitual pareció quebrarse.

—Oh, Beau, no digas que eras un robot. Eso no es verdad...—murmuró, con una voz más suave.

Beau aprovechó la grieta en su fachada y actitud.

—Quiero que veas esto como lo que es, mamá. No es un capricho. Es real, y no voy a

renunciar a ellos.

Se levantó, inclinándose sobre la mesa para clavar su mirada en la de ella.

—Estoy dispuesto a correr riesgos, madre. Los que sean necesarios. Espero no perderte en el proceso, porque te amo.

Se incorporó y fue a ella, y le besó la mejilla. Eleanor suspiró y sacudió su cabeza, aturdida, pensativa. Sin esperar respuesta, salió del salón, dejándola sola con sus pensamientos.

Esto era el principio; pronto tendría que enfrentar las opiniones del resto de la familia, pero no le preocupaba. Su madre era el catalizador, la que quería que entendiera. Los demás se ajustarían, o no, y estaba bien.

VEINTISIETE.

Su próxima parada fue la oficina, y se puso al día con Wilma, resolviendo lo urgente y agendando aquello que requería su cuidadosa consideración, pero no era prioritario.

Se sentía más productivo que antes, a pesar de que dedicaba menos tiempo real, y se dio cuenta de que había soltado riendas que había tenido demasiado tensas de manera innecesaria.

Su necesidad de controlarlo todo le había llevado al agotamiento, y los nuevos intereses en su vida le mostraban que el dinero contrataba los mejores para los puestos gerenciales. Así que, lejos de verse afectados, los negocios florecían.

Para su deleite, el segundo al mando del conglomerado, Steven Nightingale, contratado un mes atrás, lidiaba de maravilla con Langston, y ese cateto ya no le incordiaba. Pequeñas bendiciones.

Cuando retornó a la casa de Lila, el aroma de los panqueques recién hechos lo envolvió. A estos dos les encantaba la comida de desayuno a cualquier hora del día, pensó, divertido. Desde la puerta, escuchó las risas de Henry mientras hablaba emocionado con su madre.

Los encontró en la cocina, con Henry sentado en la mesa, cubriendo su plato con jarabe, y Lila moviéndose con gracia del mostrador a la mesa. Ella levantó la vista al verlo, y una sonrisa iluminó su rostro.

—Has vuelto temprano.

Beau cruzó la cocina en silencio y la rodeó con los brazos desde atrás. Inclino la cabeza para besar su mejilla con suavidad.

—Te dije que no voy a ninguna parte.

—Beau, me gusta que quieras a mamá—dijo Henry, masticando, y un hilo de jarabe corrió hasta el mentón.

Le miró y sonrió, la emoción dejándole sin palabras. El niño sabía que eran novios, se lo habían dicho, pero no se había expresado hasta este momento. Y era una aceptación que llevaba alegría, para él, pero en especial para Lila, que pareció desinflarse, aliviadísima.

—La quiero mucho, Henry, y también a ti.

El niño asintió.

—¿Podemos ir al parque hoy?

—Henry, tienes clases de apoyo—dijo Lila.

—Pff, Okay—respondió el niño, sin arrojar ninguna pataleta—. ¿Mañana?

—Mañana será—prometió.

—¡Bien!

—Alístate, querido, Greta estará aquí en breve para llevarte a conocer a tu nuevo

profesor.

—¿Crees que será bueno conmigo?—dijo, curioso, y un pelín preocupado.

—Será genial, Henry, va a ayudarte con consejos para que puedas leer y escribir mejor.

Beau había contratado al psicopedagogo, o mejor, le pidió a Wilma que encontrara el mejor, y esta lo había hecho rápido. Lila no puso reparos, y eso era muestra de que podía retroceder en sus intenciones de no gastar su dinero cuando se trataba de darle lo mejor a Henry.

Beau usaría esto a su favor para poner el mundo a sus pies. Cuando el niño fue a prepararse, tomó a Lila por la cintura y la besó largo.

—Estoy empezando a acostumbrarme a que estés aquí—susurró ella sobre su boca.

—Eso es exactamente lo que quiero —respondió Beau con suavidad, y luego se separó, decidido a tener una charla.

El sonido del mensaje anunció a Greta, que esperaba para llevar al niño con el psicopedagogo, y por unos minutos Beau quedó solo en la cocina, pensando en cómo iniciar el tema.

No podía posponerlo. La amenaza de Travis pendía sobre ellos. Cuando Lila regresó, le indicó la silla

—Necesitamos hablar de Travis—dijo.

Los bellos ojos mostraron resignación y un chispazo de miedo.

—Lo sé.

Beau tomó sus manos entre las suyas.

—No voy a permitir que te haga daño. A ti o a Henry. Mi personal le ubicó, lo tiene vigilado.

Lila suspiró, bajando la mirada.

—Él no piensa como las personas normales, Beau. Solo le importa el control, y cuando siente que lo pierde... se vuelve peligroso. Violento, mucho.

La idea de ese bastardo hiriendo a Lila le hizo hervir la sangre. Se intimó a la calma.

—Ese tipo de hombres son valientes cuando tienen a alguien a su merced, Lila. Son manipuladores, pero enfrentados a alguien más fuerte, se desinflan. Y soy más fuerte, te lo aseguro.

—Pero él es retorcido...

—No exagero ni me creo un super hombre, es tan sencillo como pulsar los botones correctos. Lo que tienes que decidir es si lo quieres respirando en tu nuca y la de Henry el resto de tu vida, o cortas las amarras. Henry merece crecer sin miedo, y si ese hombre lo quisiera de verdad, no acosaría a su madre, y estaría concentrado en el bienestar del niño. Nunca hubo dinero para su manutención, preocupación por su educación o por pasar tiempo de calidad con él, ¿me equivoco?—le dijo, vehemente.

Ella sacudió su cabeza, su rostro pétreo.

—Ni siquiera sabe de su dislexia. Nunca envió un céntimo, y si hizo algo, fue aterrorizarlo al perseguirme y golpearme....

—¡Joder, Lila, eso me pone loco!—murmuró, los ojos cerrados con fuerza, bilis subiendo por su esófago y la necesidad de golpear al hijo de perra pulsando en sus venas.

Respiró profundo, y ella le abrazó.

—Es pasado, y te aseguro que cuando escapé le asesté un golpe que no olvidará. El que le denunciara, le expusiera y huyéramos reventó su orgullo.

—Ivar, mi Jefe de seguridad, es experto. Sabrá qué hacer para lograr que no se acerque. Tal vez hasta ni tengamos injerencia, porque me ha dicho que se rodea de mala gente. Un dato a la policía en el momento correcto podría llevarle a prisión, y con sus antecedentes, podría estar muchos años allí—dijo Beau, su voz cargada de determinación.

—Eso sería perfecto—dijo ella—. Lamento desear mal a alguien, pero Travis tiene todo mi desprecio.

—No necesitas sentirte mal por querer estar segura y sin ese hombre acosándote. Es mala hierba, y si no la cortamos, continuará asolándote, o encontrará otras víctimas.

—Es cierto—asintió.

—Déjalo en mis manos.

—Beau, parece que estoy agradeciéndote a diario.

—Protejo lo mío, Lila—acercó el rostro y la miró, tomando la base de su cabeza con ambas manos con suavidad—. Y no hay nadie más mío que tú, preciosa. En el mejor de los sentidos y sin la pretensión de controlarte, o...

—Sé que no eres como Travis, Beau. Tengo muy claras las diferencias. Te quiero, y sé que tu nos amas. Lo entendí, lo acepto.

Asintió y la besó con posesiva pasión. Claro que la quería. Esas palabras se quedaban cortas.

Los días siguientes transcurrieron en una tensión creciente provocada por los intentos de Travis de irrumpir en la vida de Lila de maneras cada vez más osadas y amenazantes. Su primer movimiento fue acercarse a la florería a mitad de la mañana.

La seguridad establecida por Ivar respondió con eficiencia y los guardias lo interceptaron a cincuenta metros de la acera, cuando se percataron de que su intención era ingresar al negocio. Lila no se enteró, no tuvo que pasar por la amargura y el temor de saber que no cejaba.

De acuerdo al informe que Ivar le dio a Beau, Travis había intentado intimidar a los hombres, gritando insultos y amenazas hacia Lila, insistiendo en que ella le pertenecía. Un

movimiento más que torpe considerando que los guardias era ex Fuerzas Especiales y con entrenamiento para desarticular cualquier amenaza. Travis no era nada para ellos.

—Se le advirtió que si intentaba volver daríamos cuenta a las autoridades, pero posterior a darle el castigo de su vida—le hizo saber Ivar—. Le dejamos claro que no estamos jugando aquí, pero...—Resopló—. No sé, Beau, el tipo no parece dispuesto a retroceder. Samuel dice que incluso cuando Nero lo tomó por la camisa y le puso su Glock en la sien no dejó de mirarlo furibundo. Probablemente consume sustancias, y eso lo hace errático.

Beau apretó los dientes, sintiendo la ira burbujear bajo la superficie.

—Que lo vigilen muy de cerca. 24/7, Ivar. Quiero saber cada paso que dé.

Que el pronóstico de la seguridad no era erróneo lo mostró el segundo intento, y esta vez Travis cruzó una línea más peligrosa. Se presentó en la escuela de Henry, un lugar donde Lila o el mismo Beau creían al niño seguro.

Greta, bendita sea, fue la primera en notar su presencia. La casualidad hizo que la maestra ese día entrase un poco más tarde, y le vio estacionado cerca del portón principal, observando a los niños jugar en el patio rodeado de altas rejas con una intensidad que le heló la sangre.

<<Era como si estuviera calculando cada movimiento>>, relató Greta más tarde, todavía temblando. <<Llamé a seguridad en cuanto lo vi, pero ese hombre... hay algo en su mirada. Parecía ido, y a la vez su foco estaba clarísimo.>>

Cuando Beau recibió la llamada agónica de Lila, estaba en medio de una reunión. En cuanto escuchó las palabras “Travis” y “escuela de Henry,” se levantó de inmediato, dejando a sus empleados confundidos.

—Encuéntrenlo—le ordenó a Ivar en el coche, con una voz que no admitía discusión—. Quiero que este hombre sepa que si sigue acercándose a ellos, no tendrá dónde esconderse.

Ivar cumplió la orden al pie de la letra. Más tarde esa noche, le informó a Beau que habían confrontado a Travis en un bar y que el mensaje había sido enviado.

—Es obvio que le intimidamos, pero... No parece tener sentido de autopreservación—dijo Ivar, aunque su tono era sombrío—. Hay algo que no me gusta de este tipo. Es insidioso, jefe. Está obsesionado, desesperado, drogado a medias, y eso es una mezcla peligrosa.

—Trae más hombres, Ivar. Renta alguna casa cerca del motel, instala más cámaras, no sé... Haz lo que debas para blindar a Henry y Lila. Quiero guardias en la escuela también.

Ivar asintió, y si a Beau le calmaba que los intentos hubiesen sido infructuosos, no se confiaba. Era un acosador, y como dijo Ivar, estaba enfocado y desesperado por tener en sus manos lo que creía suyo.

Error, gran error, hijo de mil putas. Lila y Henry están en mi vida para quedarse, y haré todo para protegerles y quitarte del medio.

Por unos días, el peligro pareció disminuir. Lila y Henry intentaron retomar una rutina normal, y Beau se permitió bajar la guardia. Pero la calma no duró. Estaban en la sala mirando una película, Henry ya dormido, cuando el teléfono de Beau sonó.

Era tarde, lo que de por sí era mala señal. Al ver el nombre de Ivar en la pantalla, su cuerpo se tensó de inmediato. Se levantó y fue hasta la cocina, cerrando la puerta detrás de él para contestar.

—Ivar, ¿qué ocurre?—inquirió, su voz baja pero firme.

—Travis escapó de los hombres que lo vigilaban —dijo Ivar, sin rodeos.

Había frustración en su voz, una emoción que Beau no había escuchado en él. Mala señal, muy mala.

—¿Qué quieres decir con que escapó? —preguntó Beau, sintiendo cómo su corazón se aceleraba y la ansiedad clavaba sus garras en su estómago.

—Se dio cuenta de que lo seguíamos. Aprovechó un momento, tal vez durante el cambio de guardia, y desapareció. Estamos procurando localizarlo, pero es astuto. Su teléfono está apagado, dejó el vehículo en el motel. No sabemos dónde está.

Beau apretó el teléfono, su mandíbula tensándose.

—¿Qué tan lejos pudo haber llegado?

—Difícil saberlo con certeza. Hay que asumir que puede estar cerca. Este tipo no actúa por impulso; está planeando algo.

Beau cerró los ojos por un momento, intentando controlar la creciente sensación de pánico. —¡Quiero más hombres buscando! Accedan a las cámaras de tráfico, hagan rondas por el vecindario, no sé... Y escucha bien: si lo encuentran, no lo dejen ir otra vez.

—Ya estamos en eso—aseguró Ivar, aunque su tono no logró disipar la preocupación—. Pero, jefe... no me gusta cómo se está desarrollando esto. Ese hombre está fuera de sí. Lo mejor sería que dejaran esa casa.

—Lo sé—respondió Beau, su voz un susurro áspero, y se decidió—. Prepárate para sacarnos de aquí en una hora.

—Entendido.

Beau colgó, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda, pero se ordenó calmarse. No podía mostrar su temor ante Lila, su tarea era ser el fuerte, y protegerla. Regresó a la sala, y Lila captó de inmediato su ansiedad.

—¿Qué ocurre? —preguntó, urgida.

Beau cruzó la habitación con rapidez y la tomó entre sus brazos.

—Travis escapó de la vigilancia, e Ivar cree que puede estar viniendo aquí, o al menos, está planeando hacerlo. Lila, tenemos que irnos.

Los ojos de Lila se llenaron de miedo, y su cuerpo se tensó contra el de Beau.

—¿Irnos? Pero...

—Te voy a sacar de aquí. A ti y a Henry. No puedo correr riesgos.

Lila asintió, aunque su voz temblaba cuando habló.

—Confío en ti, Beau. Oh, Dios, ¿por qué? Esa saña, esa persecución. ¡Maldito sea!—gritó, frustrada, sus manos retorciéndose una con otra.

—¡Ey, calma, amor, calma! Estaremos bien. Nos rodea un ejército de hombres, Lila, es solo precaución. Está bien que tengas miedo, pero no voy a dejar que nada les pase.

Ella asintió, abrazándose, y Beau detestó ver su rostro derrotado, cansado. Todo su ser hervía de deseos de dar la orden a Ivar de cazar a ese bastardo como a una bestia rabiosa y exterminarlo. *Cálmate. Piensa claro. Mantén el foco. No eres un mafioso.*

Mientras Lila recogía algunas cosas esenciales, cada sonido de la casa parecía amplificado. Cada crujido, cada sombra que pasaba por la ventana, hacía que su corazón latiera con fuerza.

Despertaron a Henry, y este, ajeno a la gravedad de la situación, miró los aprontes y esbozó una sonrisa curiosa.

—¿Mamá, vamos a una aventura?

Lila se agachó para mirarlo a los ojos, forzando una sonrisa mientras contenía las lágrimas. —Sí, cariño. Vamos a una pequeña aventura.

El rostro de Henry se iluminó, y abrazó a su madre con fuerza.

—¡Me gustan las aventuras!

Lila lo sostuvo por un momento entre sus brazos, y Beau volvió a desear tener a Travis delante para poder drenar su rabia. Sopló bajito y sonrió buscando reconfortar a Lila.

—Todo listo. Vámonos.

El trayecto hasta el lugar que Ivar le sugirió se hizo en silencio, excepto por la voz de Henry, que hablaba sobre las estrellas que veía desde la ventana del coche. Lila lo escuchaba y asentía, y Beau trató de enfocarse en su voz y no en el nudo que apretaba su pecho.

Sentía que huían, y eso no era su estilo. No tener control de la situación lo volvía loco. Mañana lo retomaría. Vería de convencer a Lila de ir a su apartamento, para lo cual debía comandar a Wilma que se asegurase de que lo alistarán para recibirles.

Quería darles lo mejor, pero era un reducto para un soltero, le faltaban comodidades. Las podía conseguir en un día, pero su prioridad estaba en este coche ahora.

VEINTIOCHO.

La posada era pequeña pero acogedora, escondida entre los robles que bordeaban los caminos a las afueras de Savannah. El ambiente era tranquilo, casi demasiado, como si la naturaleza misma intentara ofrecerles un respiro del caos que los había perseguido durante días.

Lila se sentó en la cama, observando a Henry, quien jugaba en silencio con naipes en la esquina de la habitación. Su pequeño cuerpo irradiaba la despreocupación propia de un niño, pero su hijo era más perceptivo de lo que parecía. Si esto seguía por mucho tiempo, no podría esconderle la verdad.

Beau había salido a hablar con el personal de custodia, asegurándose de que nadie los hubiera seguido hasta allí. Lila intentó calmar su mente. Su pecho se sentía pesado, su respiración irregular.

Nunca se había permitido depender de nadie como lo hacía ahora con Beau. Esa confianza que crecía en él, en su capacidad de protegerlos, le resultaba tan reconfortante como aterradora.

La puerta se abrió, y Beau entró. Su expresión era seria, pero irradiaba seguridad, y eso logró aliviar parte de la ansiedad de Lila.

—Todo está bien—dijo con voz baja mientras cerraba la puerta detrás de él—. El personal estará pendiente, e Ivar está en camino. Hay dos de los más eficientes guardias de la nación apostados afuera.

Lila asintió. No dudó de Beau, el hombre estaba habituado a tener y contratar a los mejores.

—Gracias —murmuró, su voz temblorosa.

Se las arregló para ocultar su agitación mientras se acercaba a Henry, quien ahora miraba un programa de animales en la televisión. Su hijo le sonrió y ella le acarició el cabello con suavidad antes de regresar a la cama.

Beau cruzó la habitación y se sentó a su lado. Sin decir nada, alargó la mano y tomó la suya, acariciando sus nudillos. Su toque era firme y reconfortante, una silenciosa promesa de que saldrían de esto. Juntos.

Tenía que agradecer que él estuviese a su lado, de forma incondicional. Su vida y la de Henry valdrían poco si Travis les hubiese encontrado apenas dos meses atrás. Se estremeció.

—Vamos a salir de esta, Lila —dijo en un susurro, su tono impregnado de una seguridad que parecía inquebrantable—. Te lo prometo.

Lila se inclinó hacia él, apoyando la cabeza en su hombro.

—Quiero que esto termine —susurró, sus palabras teñidas de cansancio—. Quiero dejar

de mirar por encima del hombro, esperando que él aparezca en cualquier momento.

Beau besó la parte superior de su cabeza y envolvió un brazo protector alrededor de sus hombros.

—Terminaré. Necesitamos un poco más de tiempo.

El silencio que siguió fue denso, cargado de emociones no dichas. Lila cerró los ojos, dejando que el calor del cuerpo de Beau aliviara parte del miedo que se había instalado en su interior.

Había pasado tanto tiempo luchando sola para protegerse, y a Henry, y hoy, por primera vez, alguien estaba dispuesto a luchar por ellos.

—No sé qué haría sin ti—susurró Lila, con la voz quebrada por la sinceridad de su confesión.

Beau se giró hacia ella, su mirada fija en la suya. Levantó una mano para acariciar su mejilla, sus dedos rozando su piel mientras acercaba su rostro.

—No tienes que pensar en eso —dijo, susurró antes de que sus labios se encontraran.

El beso fue lento, tierno, pleno de una intensidad silenciosa que decía más de lo que cualquiera de los dos podía verbalizar.

Lila relajó su cuerpo, su tensión deslizándose con cada caricia suave de los labios de Beau sobre los suyos. Era un recordatorio de que, a pesar del caos que los rodeaba, había algo hermoso y real entre ellos.

Entonces, de improvisto, quedaron a oscuras. Lila se tensó, separándose de Beau mientras la habitación se sumía en la negrura. El suave murmullo del programa de televisión se detuvo, y el único sonido fue el de sus respiraciones, que se aceleraron.

—Beau, ¿qué está pasando? —preguntó Lila, incorporándose, frenética.

Beau se levantó tras ella, su postura alerta, y le apretó el brazo.

—¿Mamá?

—Tranquila. Henry, es solo un corte de luz. Acuéstate, amigo, que voy a arreglarlo.

—¡Beau, no vayas!

—Cálmate, debe ser un simple corte de energía.

Pero su tono dejaba entrever que no estaba tan seguro, y Lila se puso en alerta. Mientras Beau se acercaba a la ventana, apartando la cortina para mirar afuera, ella fue hacia su hijo.

—Allí están los guardias, les veo. Es una suerte que la noche sea clara. Están en sus puestos.

—Beau... —Lila lo llamó desde la cama, su voz quebrada por el miedo.

Él volvió hacia ella, arrodillándose frente a la cama y tomando sus manos con fuerza.

—Estoy aquí. No te inquietes.

Lila asintió, aunque más por Henry que por ella. Su sexto sentido gritaba adentro, o tal

vez era el miedo que nunca retrocedía mucho de su parte consciente.

Henry, todavía ajeno a la tensión que llenaba la habitación, se acurrucó contra ella, buscando la tranquilidad de su madre. Lila lo envolvió en sus brazos, deseando con todo su ser poder protegerlo, blindarlo de lo feo de la vida.

—Voy a revisar afuera —dijo Beau, levantándose y tomando su teléfono.

—No, no nos dejes —murmuró Lila, sujetando su brazo.

Beau la miró, inclinándose para besar su frente.

—Volveré en un segundo. Solo quiero asegurarme de que todo esté bajo control.

Se giró hacia la puerta, caminando con pasos seguros hacia la puerta, y Lila quiso llamarlo una vez más para que se quedara con ellos.

Temía por él y estaba segura de que si algo le pasaba, no se perdonaría. Ella trajo esa bomba de tiempo a la vida de Beau.

La luz de la linterna del móvil de Beau cortó la oscuridad de la habitación. Henry, sentado en la cama con los ojos llenos de incertidumbre, miraba a su madre y a Beau con ansiedad.

Para aliviar la tensión, Beau se detuvo y lanzó una adivinanza, su voz calma a pesar de la creciente inquietud que sentía en el pecho.

—Piensa esto y responde, amigo. ¿Qué tiene cuatro patas, pero no camina?—preguntó.

Llegó a la puerta, y la rápida respuesta de Henry lo confortó.

—¡Una mesa!—respondió Henry—. ¿Está bien?

Beau asintió.

—Exacto, lo tienes. Piensa una para que responda tu mamá, y que sea difícil. Sabes que ella es buenísima para eso.

Beau casi llegaba a la puerta cuando el estruendo sacudió la tranquilidad de la noche. Corrió y abrió la puerta, y vio que a cien metros había fuego, y sus guardias corrían allá. *Debe ser ese lunático*, pensó.

Fue entonces que sintió los pasos pesados, como una estampida que venía, y cuando miró, una figura masculina se precipitaba hacia él. Atinó a entrar e intentar cerrar, pero el pie del hombre se interpuso entre la hoja de madera y el marco, y un brutal empujón le tiró atrás.

La puerta se abrió de golpe, pasando a centímetros de él, para estrellarse contra la pared. Beau jadeó y saltó atrás por instinto, y los instantes de duda fueron suficientes para que Travis, recortado en el umbral, ingresara.

Su rostro era una máscara de agitación, sus ojos salvajes y encendidos con una furia que parecía a punto de consumirlo, y Beau se aseguró de estar en la línea de su mirada.

—¡Apártate, hijo de perra! Vine por lo mío—gritó, Travis, y su tono amenazante

reverberó por la habitación.

Beau no se movió un ápice y fue pared entre Lila y Travis, su cuerpo erguido y tenso como un escudo protector.

—Aléjate, bastardo—dijo, su voz firme, su mirada fija en los ojos desquiciados de Travis.

Travis dejó escapar una risa amarga, desviando la mirada hacia Lila.

—¿De verdad creías que esto había terminado, Lila? —gruñó, avanzando un paso hacia ellos—. ¿Crees que puedes huir con este niño rico y fingir que estás a salvo?

Lila sintió que el aliento se le atascaba en la garganta. Su mente corría, buscando desesperadamente una forma de proteger a Henry, de terminar con esta pesadilla.

—Travis, debes irte. Los guardias vendrán acá en un momento, y están armados—dijo con voz temblorosa, esforzándose por sonar más calma de lo que se sentía.

—¿Irme?—repitió él, su tono lleno de burla mientras sus ojos se oscurecían—. ¿No has entendido que no puedes escapar de mí? Eres mía, Lila. Siempre lo has sido.

—Ella no te pertenece, Travis —intervino Beau, sus puños apretados a los costados mientras su mirada no se apartaba del intruso—. Nunca lo será. Es libre. Y será mi esposa—lanzó, desafiante, buscando que se concentrara en él.

Un cuchillo apareció en la mano de Travis, y Beau entrecerró sus ojos, midiendo a su rival. Tenía conocimientos de defensa personal, era fuerte y ágil, y solo debía mantenerlo distraído hasta que los guardias entendieran que les había dado esquinazo.

—¿Ah, sí? —dijo Travis con una sonrisa cruel mientras sus ojos se dirigían hacia Henry, que estaba abrazado a su madre—. ¿Y qué hay de él? ¿Crees que puedes mantenerlo a salvo? Lo llevaré lejos de ti, Lila. Lo tomaré, y nunca lo volverás a ver.

Henry sollozó, y una furia candente se encendió en Lila, su miedo transformándose en una determinación feroz. Dio un paso adelante, sus ojos llenos de una resolución que no había mostrado antes.

—No lo tocarás —dijo, su voz firme y cargada de desafío—. Nunca volverás a hacernos daño, Travis. Ni a mí ni a Henry.

El rostro de Travis se torció en una mueca de desprecio, pero antes de que pudiera responder, Henry soltó un sollozo desgarrador.

—¡Papá, vete!—gritó el niño, aferrándose a su madre con fuerza—. ¡No quiero que estés aquí! ¡Eres malo! ¡Nos haces daño, siempre nos lastimas!

Por un momento, Travis pareció vacilar, pero recuperó su postura agresiva con rapidez.

—Tú no entiendes nada, niño. Esto es por ti.

Beau aprovechó la distracción, lanzándose hacia Travis, tomando la mano con el arma y

retorciéndola, su cuerpo impactando contra el del intruso con una fuerza que los hizo tambalearse fuera de la habitación. Lila gritó y llevó sus manos a la boca, aterrorizada.

La lucha fue brutal, cargada de una furia que parecía más animal que humana. Travis lanzó un golpe que Beau bloqueó con el antebrazo antes de devolverle uno directo al rostro. El impacto resonó en la noche, pero Travis no retrocedió.

—¡No sabes con quién te estás metiendo! —gruñó Travis, mientras lanzaba otro ataque.

—Lo sé, oh, sí que lo sé—gritó Beau, con una calma peligrosa mientras lo empujaba contra el costado del auto estacionado—. Y estoy aquí para asegurarme de que no vuelvas a acercarte a ellos.

Dentro de la posada, Lila abrazaba a Henry con fuerza, ambos mirando por la ventana la escena que se desarrollaba afuera. Su corazón parecía una bomba de tiempo, exaltadísimo mientras veía a Beau y Travis intercambiar golpes, cada uno más brutal que el anterior.

Quería gritar, salir corriendo, detener la locura, pero lo que hizo fue trancar la puerta, y corrió al teléfono de Beau. Marcó a Ivar, y unos segundos pasaron antes de que le respondiera.

—¿Beau?

—¡Está afuera, luchando con Travis! ¡Dile a tus guardias que vuelvan, no aparecen! ¡Va a matarlo!

—Calma—se escuchó la voz gruesa—. Ya van.

—Mamá, ¿Beau está bien? —preguntó Henry, su voz temblorosa mientras se aferraba a su madre.

Lila lo sostuvo más cerca, intentando mantener su voz firme.

—Sí, cariño. Todo estará bien.

Afuera, Beau logró atrapar a Travis por el cuello de la camisa, empujándolo contra el auto una vez más.

—Ya se acabó, Travis —dijo, su voz gélida mientras miraba al hombre a los ojos.

Entonces aparecieron los hombrones de Ivar, dos figuras enormes que sacaron a Travis de la pelea y lo redujeron en minutos, mientras Beau se arrodillaba en el piso y jadeaba, agotado.

—¡Quédate aquí, ya vuelvo!—urgió Lila al niño, y fue a la puerta, que abrió, corriendo para alcanzar a Beau, que la abrazó.

De fondo escuchó los aullidos de Travis, que parecía un animal rabioso, y entonces, el silencio. Miró y alcanzó a ver que estaba en el piso, sangrando, y uno de los guardias se encogía de hombros.

—Ahora te callarás—escuchó que decía, mientras le ponían esposas.

—Ven, Beau, vamos adentro—le dijo, pasando sus manos con extremo cuidado por su rostro magullado—. ¡Oh, cariño! Lo lamento, ¿dónde te duele? Déjame ayudarte.

Beau asintió, y rodeó sus hombros para incorporarse. Uno de los guardias apareció para

colaborar.

—Lo lamento, señor Montgomery. Nos puso una trampa. Voló la instalación eléctrica y luego incendió un vehículo.

—Ya está. Ya está—murmuró, meneando su cabeza—. Asegúrense de que la policía tenga los reportes necesarios para ponerlo tras las rejas.

Como si les convocaran, el sonido de sirenas llenó el aire. Las luces de varias patrullas se acercaron y llenaron de actividad y ruido el estacionamiento.

—¡Oficiales, acá!—gritó el otro guardia—. Mi jefe y su familia fue atacado. Este es el perpetrador.

En cuestión de minutos tenían a Travis en custodia.

—¡No pueden hacerme esto!—gritó Travis, forcejeando contra las esposas mientras los oficiales lo arrastraban hacia la patrulla—. ¡Ella es mía! ¡Siempre lo ha sido!

Lila observaba desde la puerta, con el corazón en la garganta mientras le veía desaparecer en el asiento trasero del auto. Cuando todo quedó en silencio, su cuerpo cedió al agotamiento y el alivio.

Beau volvió hacia ella, manos en sus costillas, y su rostro magullado, pero sus ojos llenos de una preocupación que derretía cualquier duda.

—Se acabó —dijo en voz baja mientras se acercaba y envolvía a Lila y Henry en sus brazos—. Ya se acabó.

Lila rompió a llorar contra su pecho, soltando semanas de miedo y tensión acumulados. Henry los miraba, su rostro lleno de confusión y cansancio.

—¿Qué pasará con papá? —preguntó en voz baja.

Beau se agachó para mirarlo a los ojos, despeinando suavemente su cabello.

—Tendrá que responder por lo que hizo, amigo. No está bien. ¿Lo entiendes?

—Sí—asintió—. Lo entiendo—aseguró, y Lila cerró los ojos.

Se pequeño era sabio y resiliente. Lo superaría. Se aseguraría de que así fuera.

Por primera vez en lo que parecía una eternidad, Lila sintió que podía respirar. Estaban juntos, estaban a salvo. Y eso era lo único que importaba.

VEINTINUEVE.

Más tarde esa noche, después de que la policía se había llevado a Travis y el lugar recuperó un inquietante silencio. El generador alternativo funcionaba bien, y Beau, Lila y Henry estaban juntos en el pequeño estar de la habitación. La tensión aún pendía en el aire.

Henry estaba acurrucado en los brazos de Lila. Estaba exhausto. Se había dormido colgado del cuello de su madre, susurrándole preguntas que buscaban la confirmación de que su padre ya no volvería.

Beau, sentado a su lado, observaba la escena en silencio. La ternura con la que Lila consolaba a Henry le hacía darse cuenta, una vez más, de lo importante que eran para él. Más que nunca, estaba decidido a protegerlos de cualquier amenaza, a darles la seguridad y la estabilidad que tanto merecían.

Un suave golpe en la puerta rompió la escena. Lila y Henry miraron con alarma, y Beau se levantó, sus movimientos tensos. Cuando abrió, la figura imponente de Ivar llenaba el umbral. Sus ojos serenos y calculadores se posaron en Beau primero y luego en Lila, quien seguía sosteniendo a Henry.

—¿Todo bien aquí?—preguntó Ivar, su voz baja, pero con tono profesional.

Beau asintió y se hizo a un lado para permitirle entrar. Ivar cruzó la habitación con pasos medidos, deteniéndose frente a Lila. Su rostro, de normal inescrutable, mostraba una gentileza inusual mientras hablaba.

—Lila, quería asegurarme de que supieras que Travis ya no será un problema para ti—Hizo una pausa, como buscando las palabras adecuadas para tranquilizarla—. La policía se encargará de mantenerlo bajo custodia, y nosotros continuaremos vigilando, por si acaso. Pero quiero que sepas que están seguros. Él no podrá acercarse más.

Lila levantó la mirada hacia él, sus ojos brillando con una mezcla de gratitud y agotamiento.

—Gracias, Ivar. De verdad, gracias—dijo, su voz suave pero sincera.

Ivar inclinó la cabeza, aceptando sus palabras con modestia antes de girarse hacia Beau.

—Beau fue el héroe hoy. Mi gente se confió, no volverá a pasar—frunció el ceño—. Recomiendo que no permanezcan aquí mucho más tiempo. Sería mejor ir a un entorno más protegido.

Beau asintió.

—Nos iremos en cuanto Henry despierte. Necesita descansar un poco después de lo que ha pasado.

Ivar asintió con comprensión.

—Entendido. Estaré afuera por si necesitan... Lo que sea.

Cuando salió, el silencio volvió a llenar la habitación, pero esta vez era más reconfortante. Beau volvió a sentarse junto a Lila, sus ojos fijos en el niño dormido. Por un momento, no dijo nada, como si las palabras fueran insuficientes para expresar lo que sentía. Finalmente, habló, su voz baja pero cargada de emoción.

—No quiero que vuelvas a tu casa, Lila. Quiero que vivas conmigo. Tú, yo, Henry. Mi apartamento se adaptará a ustedes, y no puedo pensar en nada mejor.

Lila levantó la mirada, sorprendida por la intensidad de sus palabras.

—¿A vivir contigo? —preguntó, con un tono que mezclaba incredulidad y vacilación.

—Sí —respondió Beau, sus ojos fijos en los de ella—. Los necesito cerca. Quiero que estén seguros, y la única forma de lograrlo es tenerlos conmigo. Mi apartamento tiene la seguridad que puedas necesitar. Puedes seguir trabajando, y Henry puede ir a la escuela como siempre. Pero estarán protegidos. Conmigo.

Lila bajó la mirada hacia Henry, su corazón dividido entre el instinto de protegerlo y el miedo a depender demasiado de alguien.

—No sé si es lo correcto, Beau —dijo, con voz temblorosa—. No quiero que esto sea una carga para ti.

Beau tomó su mano, entrelazando sus dedos con los de ella.

—No es una carga, Lila. Nada de esto lo es. Los quiero conmigo porque me importan. Porque no puedo imaginar no estar ahí para ustedes.

Lila lo miró, viendo la sinceridad en sus ojos. Durante años había construido muros para protegerse a sí misma y a Henry, pero Beau estaba rompiendo cada uno de ellos con su determinación tranquila y su devoción.

—Está bien —susurró, su voz apenas audible.

Beau la miró con alivio, una sonrisa suave curvando sus labios.

—Te prometo que haré que funcione. Lo tendrás todo, amor.

Lila asintió, y por primera vez en mucho tiempo, sintió que el peso del miedo comenzaba a levantarse. Permanecieron en silencio, observando a Henry dormir.

Beau la sostuvo cerca, su brazo envuelto alrededor de ella, confortándola. Besándola con suavidad, acariciando su cabello, su mejilla. Dándole las fuerzas que necesitaba, y renovando su esperanza.

—Esto es solo el comienzo —murmuró Beau, más para sí mismo que para Lila—. No voy a fallarles.

Lila apoyó la cabeza en su hombro, permitiéndose creer que todo estaría bien.

Los días que siguieron al arresto de Travis transcurrieron en un pacífico desenfoque,

como si el mundo, por fin, les permitiera tomar un respiro. Sin embargo, el proceso no había estado exento de desafíos.

Tanto Lila como Beau, Ivar y sus hombres tuvieron que declarar lo ocurrido ante las autoridades, reconstruyendo cada detalle de la noche en que detuvieron a Travis.

Aunque revivir esos momentos fue difícil, el abogado que Beau contrató, uno de renombre a nivel nacional, les aseguró que Travis enfrentaría cargos suficientes como para pasar muchos años tras las rejas.

Por primera vez en mucho tiempo, Lila pudo respirar sin sentir la sombra constante del peligro sobre ella. La ansiedad que la había agobiado durante años se desvanecía, dejando espacio para algo que había olvidado cómo se sentía: la esperanza plena.

Travis estaba encarcelado, y si el juicio sería un proceso largo, tenía la certeza de que ella y Henry estaban a salvo. La mudanza al apartamento de Beau marcó un cambio profundo en sus vidas.

Desde el momento en que cruzó el umbral de su nuevo hogar, Lila quedó impresionada por los cambios que Beau propició para recibirlos. Una habitación perfecta para Henry, un escritorio para ella en la oficina y un ordenador a disposición, espacio para su ropa en el enorme closet de Beau, cremas de lujo y enseres en el baño de la habitación que compartirían.

Incluso la ropa de cama del dormitorio mayor ahora tenía toques más femeninos, como si Beau se esforzara por hacerla sentir bienvenida en cada detalle.

La amplitud del espacio, las vistas panorámicas de la ciudad desde los ventanales y la sensación de seguridad que brindaba cada aspecto pensado para protegerlos le dieron paz.

Henry, por su parte, estaba fascinado, explorando cada rincón con ojos brillantes de emoción. Más allá del lujo y el confort, lo que más conmovía a Lila era que Beau había hecho redecorar y preparar su casa para que se sintieran no solo cuidados, sino también queridos.

Y lo que hizo con su negocio... La tomó por sorpresa que le propusiera mudar la florería, y dudó un poco, pero fue cuestión de que le mostrara un lugar perfecto para que ella cediera. No había tardado nada en organizar el traslado del negocio a la nueva locación, más cercana al apartamento, en un barrio coqueto y transitado.

Lila se sentía emocionada por la oportunidad. No solo era un paso adelante en su trabajo, sino también un símbolo de lo mucho que Beau valoraba su independencia y daba alas a sus sueños.

Eran días especiales, el inicio de una nueva fase de sus vidas, consideró, mirando como Henry jugaba con varios amiguitos en el espacio que Beau había hecho acondicionar con ese objetivo.

Con la relación establecida y firme, su entorno social se había mostrado más amable. Había más padres buscando socializar con ella; algunos de ellos solían mirarla con recelo o

incluso desprecio en las reuniones escolares.

Ahora, con la noticia de su relación con Beau convertida en vox populi, esas mismas personas se esforzaban por ser gentiles, con sonrisas falsas y gestos de cortesía exagerados.

Pero Lila no tenía interés en esas relaciones forzadas. Animó a Henry a mantenerse cerca de los amigos que siempre habían estado a su lado, niños cuyos padres nunca le dieron la espalda cuando estaba sola.

¡Qué bonito era ver a su hijo correr y reír con despreocupación! Lila abrazaba esa imagen con gratitud, porque era su deseo más hondo el poder darle una infancia feliz después de lo que habían vivido.

—Se ve feliz —comentó Beau, rompiendo el cómodo silencio entre ellos.

Lila sonrió, y miró a Beau.

—Sí, lo está. Ha sido un largo camino, pero la normalidad es parte de sus días.

Beau deslizó su brazo para abrazarla y acercarla.

—Eres una madre increíble.

Lila se giró hacia él, sus ojos llenos de una mezcla de gratitud.

—No podría haberlo hecho sola. Tú... has hecho tanto por nosotros.

Beau le dedicó una sonrisa cálida antes de quedarse en silencio, mirando de nuevo a los niños. Finalmente, con una voz suave, preguntó:

—¿Piensas en lo que sigue para nosotros?

La pregunta tomó a Lila por sorpresa. Lo miró, buscando alguna pista de lo que quería decir.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Beau se giró hacia ella, y fijó sus ojos, esos que decían tanto, sobre ella con una calidez que la envolvió como un manto.

—Pienso en cómo será nuestra vida juntos, en cómo construir un hogar donde tú y Henry se sientan seguros, donde podamos ser felices.

Lila tragó saliva, su corazón acelerándose ante la intensidad de sus palabras.

—Haces que suene perfecto—susurró.

Vivir con él, perdurar y amarse estaba entre las metas que anhelaba con Beau.

Beau levantó una mano, rozando su hombro con el pulgar mientras hablaba.

—No será fácil, en especial con mi familia. Una parte de ella es demasiado convencional y tal vez no te acepte. Ya conociste a mi tía, y mi abuela es similar.

—Oh, sí, tu tía fue elocuente—indicó, meneando su cabeza, recordando a la estirada dama mirándola con reticencia.

—Mis hermanos y mi padre estarán de nuestro lado, estoy convencido. La que va a tomar un poco más de tiempo es mi madre, aunque... Tengo esperanzas... Y si no ocurre pronto,

se pierde de conocerte y entender cómo caí a tus pies a poco de acercarme. O a Henry.

—Es entendible que quiera más y mejor para su hijos. El mayor, nada menos—indicó, aunque un dolorcillo la acució.

Sentirse menos o no a la altura era su temor más grande.

—¿Mejor? No hay nadie mejor, Lila. Eres la perfecta parte que me completa. No lo olvides jamás.

Dirigió su cabeza al tomarla por la barbilla y la besó, largo. Esto disolvió su preocupación. Beau la quería, no mentía. Había hecho mucho para demostrarlo. Había derribado su reticencia con paciencia, con gestos que hablaban más que las palabras.

—Quiero eso—murmuró, sus ojos brillando con una emoción que no podía contener—. Quiero un futuro contigo, largo, bonito.

Beau se inclinó hacia ella, capturando sus labios en otro beso suave y prolongado, impregnado de promesas, de sueños. Cuando se separaron, Beau apoyó su frente contra la de ella, su voz apenas un murmullo.

—Entonces será nuestro, Lila. Lo construiremos de a poco.

Henry se acercó corriendo, con las mejillas sonrojadas y una sonrisa enorme en su rostro. —¡Mamá, pap... Beau, mira!—gritó, mostrándoles con orgullo el crucigrama que había resuelto.

Lila y Beau intercambiaron una mirada, compartiendo una sonrisa que hablaba de algo más profundo que las palabras. Ya estaban empezando a construir ese futuro juntos.

TREINTA.

El grueso de los Montgomery Beaumont había permanecido al margen de lo ocurrido con Travis. Beau había hecho lo posible para mantenerlos alejados del caos, concentrado en proteger a Lila y a Henry.

Pero la dinámica comenzó a cambiar cuando la tía menor de Beau, entró en escena. Augusta, con su personalidad vibrante y su insaciable curiosidad, fue una de las primeras en insistir en conocer a Lila.

Lila había estado nerviosa al principio, pero Augusta derribó cualquier barrera con su calidez y franqueza. Compartieron un té en una pequeña cafetería cercana a la tienda de Lila, y la conversación fluyó con naturalidad.

Augusta, quien era propietaria de una prestigiosa galería de arte, se ofreció a mostrarle su espacio, y Lila aceptó con entusiasmo. La visita a la galería fue un punto de conexión inesperado.

Augusta habló con pasión sobre sus exhibiciones y su trabajo, y Lila quedó impresionada por el mundo que había creado. El esposo de Augusta, Clark, se unió a ellas más tarde, y su humor encantador terminó por ganar a Lila por completo.

Pero lo que Augusta no pudo contener fue la noticia de lo profunda y estable era la relación entre Beau y Lila. No pasó mucho tiempo antes de que se filtrara entre los Montgomery, y las reacciones comenzaron a llegar.

El primer contacto fue de su padre. Una llamada breve pero cargada de significado.

—Beau, he oído lo que está pasando. Augusta lo contó, tu madre lo insinuó sin detalles, pero Ivar me lo relató todo—dijo Horace, su tono grave pero afectuoso—. Quiero que sepas que estoy orgulloso de ti. Has demostrado ser un hombre hecho y derecho, uno que defiende lo que ama.

Beau se quedó en silencio por un momento, las palabras de su padre golpeando un lugar profundo en su pecho.

—Gracias, papá. Significa mucho para mí oír eso.

—Solo una cosa, hijo. Ten paciencia. La familia... Tu madre es porfiada, y necesita tiempo para aceptar lo que no esperaba o no controla. Pero eso no significa que no te apoyará al final.

—Eso espero—dijo, sintiendo que una carga se aligeraba con esas palabras.

Nadie conocía mejor a Eleanor Beaumont que su esposo, y era casi el único que lograba salirse con la suya con ella. También al revés, en realidad. Eran sólidos.

Poco después, Rhett y Harrison lo buscaron para retomar su rutina de ejercicio en el

gimnasio privado de la mansión, una tradición que Beau había dejado de lado durante las semanas más tensas.

Mientras levantaban pesas y trotaban en las cintas, la conversación pasó de trivial a directa.

—Entonces, ¿esta es la mujer, la elegida? ¿No hay dudas al respecto?—preguntó Rhett, con su típica sonrisa sarcástica mientras sostenía una mancuerna.

—Es más que eso, Rhett—respondió Beau, su tono serio.

Harrison, que siempre había sido más observador, intervino mientras ajustaba el peso de su barra.

—Augusta dice que es encantadora. Que tiene carácter.

Beau se permitió una pequeña sonrisa.

—Lo tiene. Y sí, estoy con ella. De verdad.

Rhett levantó una ceja, bajando su mancuerna con un golpe.

—Bueno, espero que esta sea la última apuesta que hagas, hermano. Pero... si es quien crees que es, entonces, bien por ti.

Harrison asintió, una leve sonrisa en su rostro.

—Estamos contigo. Solo... no nos dejes de lado otra vez, ¿de acuerdo? Se siente raro no saber en qué lío estás metido.

Beau rio, pero la sinceridad detrás de sus palabras lo conmovió.

—No más secretos. Lo prometo.

Daphne fue la siguiente en comunicarse, horrorizada de no haber sabido antes lo que estaba pasando.

—¡Beau Montgomery! ¿Cómo es posible que la tía Augusta sepa más de tu vida que yo?—dijo al teléfono, su tono indignado pero afectuoso.

Beau rio con suavidad.

—No era algo que quisiera publicitar, Daph.

—Bueno, ya lo sabemos. Oh, Beau, ¡qué terrible lo que debieron pasar! Ese pobre niño. ¿Henry?

—Sí, es encantador.

—Quiero conocerles. Eliza dice que Lila es preciosa.

—Es mucho más que eso—respondió Beau, sonriendo ante la insistencia de su hermana —. La conocerás pronto.

Daphne suspiró al otro lado de la línea.

—Sabes que te apoyo, ¿verdad? Soy tu aliada, como cuando éramos niños.

—Nunca lo he olvidado —aseguró Beau.

Pasaron algunas semanas hasta que por fin llegó la invitación a cenar. Beau se sintió aliviado, aunque Lila había estado reacia al principio, nerviosa por el entorno de riqueza y tradición de la familia, un mundo que le parecía tan distante de su propia realidad.

—Es solo una cena, Lila. Nada más. Ellos quieren conocerte porque saben lo mucho que significas para mí.

Cuando llegaron a la finca, el imponente paisaje confirmó las preocupaciones de Lila. La casa señorial, con sus jardines cuidados y su arquitectura majestuosa la hizo sentir pequeña. Pero la mano de Beau apretando la suya le dio la confianza que necesitaba para seguir adelante.

Eleanor Montgomery los recibió en la entrada, su porte elegante intacto. Empero, había una calidez inusual en su sonrisa.

—Bienvenidos —dijo, mirando a Lila y luego a Henry, quien se escondía tímido detrás de su madre.

El comedor era imponente, con una mesa de madera oscura adornada con un mantel de lino impecable y candelabros de plata. Las paredes estaban decoradas con retratos familiares y obras de arte que hablaban de generaciones de riqueza y tradición.

Henry, sentado entre Lila y Beau, estaba silencioso, moviendo nerviosamente el tenedor en su plato mientras lanzaba miradas curiosas al resto de la sala. Eleanor Montgomery presidía la mesa con su porte elegante.

Cada uno de sus movimientos parecía calculado, desde cómo levantaba su copa de vino hasta cómo inclinaba la cabeza al escuchar a alguien hablar. Sin embargo, había algo en su expresión que no era frío, sino... medido.

Lila lo notó, y aunque su corazón latía con fuerza, decidió mantenerse lo más tranquila posible. Fue Eleanor quien rompió el hielo, dirigiéndose a Lila con una sonrisa que parecía ensayada pero no hostil.

—Henry es un niño encantador —dijo, mirando al pequeño antes de regresar su atención a Lila—. Beau nos ha hablado mucho de él.

Lila ofreció una sonrisa tímida, sintiendo cómo la atención de Eleanor la atravesaba.

—Gracias. Él es... todo para mí.

—Eso es evidente —respondió Eleanor con un leve asentimiento—. Beau también lo dice. Parece que han formado un vínculo muy especial.

Lila lanzó una mirada rápida a Beau, quien le devolvió una sonrisa tranquilizadora. Henry, tímido pero curioso, alzó la vista y respondió con una voz suave.

—Beau me ayuda con mis tareas. Es muy bueno en lectura.

Eleanor alzó las cejas, visiblemente sorprendida, y por un instante, una risa genuina cruzó su rostro.

—¿De verdad? Bueno, eso es algo nuevo. Siempre pensé que Beau era mejor en...

deportes y números que en letras.

—Mamá... —protestó Beau, aunque su tono era ligero.

La pequeña interacción alivió la tensión, y Henry sonrió antes de concentrarse en su plato.

Eleanor, no obstante, volvió su atención a Lila, con una mirada que, aunque cálida, aún tenía un toque de evaluación.

—¿Y la tienda, Lila?—preguntó, con un interés que parecía genuino—. Beau mencionó que estás trasladándola. Debe ser un desafío, ¿no?

Lila tragó saliva, el peso de la pregunta no pasándole desapercibido.

—Sí, lo es—admitió, tratando de sonar segura—. Pero también es emocionante. Me gusta la idea de estar en un lugar donde pueda tener más visibilidad. Creo que será bueno para mi negocio... y para Henry.

Eleanor asintió, dejando su copa en la mesa.

—Eso suena como una gran oportunidad. ¿Qué tipo de flores prefieren tus clientes? Siempre me ha fascinado cómo los floristas pueden transmitir emociones a través de algo tan simple como un ramo.

La pregunta tomó a Lila por sorpresa. No esperaba que Eleanor hiciera un esfuerzo por interesarse en su trabajo.

—Bueno... depende del cliente y la ocasión—respondió, sintiendo que sus hombros se relajaban un poco—. Los girasoles y las peonías son muy populares. Creo que la gente busca algo que les haga sentir esperanza y alegría.

Eleanor pareció reflexionar sobre sus palabras antes de responder.

—Eso tiene sentido. Después de todo, ¿quién no necesita un poco de alegría en estos tiempos?

Hubo una pausa, pero no fue incómoda. Era como si la tensión en el aire se hubiese aligerado en la medida que Eleanor cambiaba su postura y progresaba hacia la aceptación.

—¿Y Henry? —continuó Eleanor, su tono más suave—. ¿Está disfrutando de la escuela? Beau mencionó que era un buen estudiante y que recibe apoyo.

Lila miró a su hijo, que seguía concentrado en su plato pero escuchando.

—Sí, va muy bien. Es un niño curioso, siempre quiere aprender. Y aunque ha sido un poco difícil ajustarse, está encontrando su lugar.

—Eso es bueno —dijo Eleanor, inclinando la cabeza—. La educación es fundamental. Estoy segura de que con tu apoyo y el de Beau, tendrá lo que necesita para prosperar.

El comentario, aunque sencillo, hizo que Lila sintiera un nudo en la garganta. No podía evitar pensar en cuánto había cambiado su vida desde que Beau entró en ella. Beau, que había estado observando la conversación en silencio, intervino.

—Henry es increíble, mamá. Y eso es gracias a Lila. Es una madre maravillosa.

Eleanor sostuvo la mirada de Beau por un momento antes de asentir, como si aceptara lo que había estado resistiendo.

—Eso es evidente —dijo, mirando de nuevo a Lila con una pequeña sonrisa—. Está claro que eres una mujer fuerte, Lila. Admirable.

Lila, sorprendida por el cumplido, solo pudo murmurar un tímido “gracias”.

Después de la cena, se trasladaron a la terraza. La luz suave de las lámparas exteriores iluminaba los jardines, y la noche estaba fresca pero agradable.

Lila se sentó junto a Beau, mientras Eleanor ocupaba una silla frente a ellos. Por un momento, el único sonido era el leve susurro del viento entre los árboles. Al fin, Eleanor rompió el silencio, girando su mirada hacia Lila.

—Veo lo feliz que Beau está contigo—dijo, su tono tranquilo pero cargado de significado—. Y él dice que iluminas su vida. Eso me gusta. Es importante que mis hijos sean felices, por encima de todo.

Lila sintió que el aire se espesaba a su alrededor. Eleanor continuó, su mirada fija en los jardines.

—Beau siempre ha sido alguien que sigue a su corazón, aunque a veces le cuesta admitirlo. Y puedo ver que su corazón está contigo.

Lila tragó saliva, las palabras de Eleanor resonando en ella.

—Gracias —susurró, su voz quebrándose un poco—. No le quepa duda de que él es dueño del mío.

Eleanor se volvió hacia ella, con una expresión más suave que nunca.

—Sé que no fui... particularmente acogedora al principio. Pero quiero que sepas que eres bienvenida aquí. Tú y Henry.

Lila sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero logró controlarlas.

—Eso significa mucho para mí —dijo, su voz cargada de emoción.

Eleanor asintió antes de girarse para hablar a Beau.

—Eres afortunado, hijo. No lo olvides.

—No lo haré —respondió Beau, su voz firme mientras tomaba la mano de Lila.

La noche continuó con una calma inesperada, y cuando llegó el momento de marcharse, Lila sintió que mucho había cambiado hoy. Eleanor, quien podría haber sido un obstáculo serio, ahora parecía un puente hacia algo más grande.

En el coche de regreso, Beau le apretó la mano. Se lo veía exultante, aliviado. Él adoraba a su madre, ya lo sabía, y recibir la bendición lo liberó de malestar.

—¿Ves? Sabía que todo saldría bien.

Lila sonrió, con el corazón más ligero que en mucho tiempo.

—Creo que tienes razón.

DESENLACE.

El restaurante estaba listo para la cita que Beau había programado, cada detalle cuidado al máximo para crear la atmósfera ideal. Las mesas estaban cubiertas con manteles blancos impecables, adornadas con pequeños arreglos de flores: jazmines y peonías, los favoritos de Lila.

Su aroma dulce llenaba el aire, mezclándose con el ligero perfume de la madera pulida y las notas de vainilla de las velas, cuya luz suave parpadeaba, reflejándose en los delicados candelabros de cristal que proyectaban un brillo cálido por el salón.

Beau se detuvo cerca de una de las mesas centrales, ajustando los gemelos de su camisa con dedos tensos. No recordaba la última vez que se había sentido tan nervioso. Tenía todo bajo control en su vida: negocios, propiedades, decisiones críticas.

Pero esta noche, todo dependía de que Lila se sintiera valorada, amada, de que sus acciones en los meses anteriores la hubiesen convencido.

Había planeado cada detalle, desde la selección de las flores hasta el menú exclusivo, una fusión de sabores locales e internacionales que sabía que ella disfrutaría.

Tocó la pequeña caja en su bolsilla, la que contenía el anillo. La joya era muy hermosa, un intrincado diseño en platino y zafiro rodeado de diamantes, y había sido elegida con la ayuda de su hermana Eliza, quien se había emocionado más que él y le había vetado cada sugerencia hasta que encontraron el perfecto.

—Señor Montgomery—el maître llamó su atención—. El coche está en la puerta.

Su corazón se aceleró. Se movió hacia la entrada justo cuando Lila bajaba del auto, y su respiración se detuvo al verla. Vestía un vestido crema que acariciaba sus curvas, con un diseño sencillo pero elegante que le daba un aire de sofisticación natural.

Sus tacones, delicados y brillantes, acentuaban su postura, y su cabello caía en suaves ondas que flotaban alrededor de su rostro. Sus labios, pintados en un tono grana profundo, contrastaban de manera perfecta con la calidez de su piel.

Beau nunca había visto nada más hermoso. Suya, eso era, o lo sería, y los nervios aumentaron.

—¿Por qué me miras así?—preguntó, sonrojándose bajo su mirada intensa.

Beau dio un paso hacia ella, tomando su mano y llevándola a sus labios.

—Porque no puedo creer que seas real—dijo, con una sinceridad que hizo que Lila desviara la mirada, sonriendo con timidez.

—¿Qué hacemos aquí?—preguntó, ingresando de su brazo en el restaurante—. ¿Somos solo nosotros?—miró a todos lados.

—Es una sorpresa—dijo, guiándola hacia la mesa.

La primera impresión al entrar al restaurante fue abrumadora. Cada rincón parecía brillar, no con ostentación, sino con un lujo discreto que hablaba de cuidado y amor en cada detalle. Las flores frescas que adornaban las mesas eran de su tienda, lo reconoció de inmediato.

Había pasado la tarde preparando un gran pedido y, aunque le había extrañado que no se le informara el destino final, ahora todo tenía sentido. Se detuvo, sin poder ocultar su sorpresa.

—Beau...—comenzó, su voz un susurro—. ¿Qué es todo esto?

Beau la observaba con una mezcla de ternura y nerviosismo.

—Es para ti—dijo, tomando su mano con suavidad—. Quiero celebrar lo increíble que eres. Lo que has logrado. Lo que eres para mí.

Las palabras de Beau la dejaron sin aliento. Permitió que la guiara hasta una mesa central, donde una botella de champagne descansaba en una cubitera de plata junto a dos copas de cristal.

La vajilla, con detalles dorados, y la disposición de las velas hacían que todo pareciera un sueño. Pero lo que de verdad aceleraba sus latidos era Beau, quien en este ambiente de lujo, seguía siendo el mismo hombre sencillo y atento que había aprendido a amar.

A lo largo de la cena, Lila disfrutó de cada aspecto: los sabores exquisitos de los platos, la suavidad del champagne burbujeando en su paladar, la conversación fácil que compartían.

Pero incluso mientras reían y hablaban, había una anticipación en el aire, un sentimiento que crecía con cada momento que pasaban juntos. Cuando los postres fueron retirados, Beau se levantó de su asiento y extendió su mano hacia ella.

—Ven conmigo—dijo, su voz cálida.

Lila lo siguió hacia un rincón del restaurante, donde un pequeño arreglo de flores se destacaba bajo la suave luz de las velas. La ternura en los ojos de Beau la hizo sentir como si el mundo entero desapareciera, dejando solo a los dos.

—Lila—comenzó Beau, su voz temblorosa mientras tomaba sus manos entre las suyas—. Desde que entraste en mi vida, esta cambió. No solo por lo maravillosa que eres, sino porque me has mostrado lo que significa amar y ser amado. No hay nada que desee más que pasar mi vida contigo y con Henry.

Antes de que Lila pudiera procesar sus palabras, Beau sacó una pequeña caja de terciopelo azul de su bolsillo y se arrodilló frente a ella. Lila llevó una mano a su boca, sintiendo cómo las lágrimas llenaban sus ojos.

—Lila Green—le dijo, abriendo la caja para revelar el anillo. El zafiro azul profundo brillaba bajo la luz de las velas, rodeado de diamantes que parecían estrellas—. ¿Me harías el honor de casarte conmigo? ¿De hacerme el hombre más feliz del mundo?

Lila no pudo contener las lágrimas mientras miraba el anillo, luego a Beau. Su corazón

latía con fuerza, lleno de emoción y amor.

—¡Claro que sí! ¿Cómo preguntas? ¡Sí!—susurró, con la voz temblorosa—. Sí, Beau, quiero casarme contigo.

La sonrisa de Beau fue radiante mientras deslizaba el anillo en su dedo. Se levantó y la abrazó con fuerza, inclinándose para besarla y dejarla sin aliento.

Cuando regresaron a la mesa para compartir una última copa de champagne, Lila miró a Beau a través de la tenue luz. El lujo que la rodeaba era impresionante, pero lo que realmente importaba era la sinceridad en sus ojos, la forma en que la miraba como si fuera lo más valioso del mundo.

—Eres mi hogar—murmuró Lila, tomando su mano—. No importa dónde estemos, siempre que estemos juntos.

Beau sonrió, apretando suavemente su mano.

—Entonces, hagamos de cualquier lugar al que vayamos nuestro hogar.

Cuando regresaron al apartamento, Lila apenas podía procesar lo sucedido. Preston y Greta los recibieron con sonrisas cómplices, mientras Daphne, que se había vuelto muy amiga de las otras dos, también la abrazaba y examinaba su anillo con entusiasmo.

—Es absolutamente perfecto—exclamó Daphne, lanzando una mirada a Beau—. ¡Bien hecho, hermanito! Hasta que Lila apareció, no tenía idea de que eras tan romántico.

Preston asintió.

—Lila consigue lo mejor de los que la rodean.

Henry, que estaba medio dormido, levantó la cabeza desde el sofá.

—¿Mamá? ¿Qué pasó?—murmuró, su voz somnolienta.

Lila se arrodilló junto a él, mostrándole el anillo.

—Beau me pidió que me case con él, cariño. ¿Qué opinas?

Los ojos de Henry se iluminaron mientras sonreía.

—¿Eso significa que será mi papá?

Lila asintió, tragándose las lágrimas mientras lo abrazaba.

—Sí, amor. Significa exactamente eso.

Beau se unió al abrazo, envolviendo a ambos con sus brazos fuertes. En ese momento, no había dudas, ni miedos, solo la certeza de que, juntos, podían enfrentar cualquier cosa.

La boda fue mucho más que un evento; fue una celebración del amor que habían construido en medio de los desafíos y las sombras del pasado.

Se llevó a cabo en la majestuosa casa de verano de los Montgomery, una propiedad situada en las costas de Miami, donde el océano se extendía como un telón de fondo infinito y las palmeras se mecían con la brisa.

El lugar era un sueño. Los jardines, adornados con flores de la tienda de Lila, destilaban un encanto sofisticado y natural. Arcos de jazmines y rosas en tonos crema enmarcaban el altar, mientras las luces colgantes iluminaban los espacios con un brillo cálido y romántico.

Lila se encontraba en una de las habitaciones más luminosas de la casa, rodeada de sus damas de honor: Preston, Greta, Daphne y Eliza. La atmósfera estaba llena de risas y emoción mientras ultimaban los detalles de sus atuendos.

Eliza, que había diseñado los vestidos, supervisaba cada ajuste con el ojo crítico de una perfeccionista, pero con una sonrisa que denotaba orgullo.

—Estos vestidos parecen sacados de un cuento de hadas—comentó Greta, girando frente al espejo—. Pero me siento como si tuviera que caminar flotando para no estropearlo.

—Lo importante es que lucas increíble—dijo Preston con una sonrisa cómplice, arreglando uno de los mechones de su cabello—. Aunque no encajemos en todo este lujo, el atavío lo disimula.

Daphne, sentada en una silla con la mirada fija en el reflejo de Lila, negó con énfasis.

—Creedme, chicas. Al final, esto no se trata del lujo. Mi hermano está muy enamorado, y hoy es su día tanto como el de Lila.

Lila, ajustando el delicado encaje de su vestido, se volvió hacia ellas, sus ojos llenos de gratitud.

—Gracias a todas por estar aquí. Nunca imaginé que algo así fuera posible, y teneros conmigo hace que sea aún más especial.

Preston se acercó y la tomó de las manos.

—Este es tu momento, Lila. Lo mereces más de lo que crees.

La ceremonia, realizada al atardecer, fue un espectáculo conmovedor. Henry caminó por el pasillo con pasos seguros, sosteniendo los anillos con un orgullo que iluminaba su rostro. Beau no podía apartar los ojos de Lila mientras ella avanzaba, luciendo un vestido de encaje que capturaba la luz de las antorchas y la hacía parecer etérea.

Cuando se encontraron en el altar, Beau tomó las manos de Lila, y por un momento, pareció que el mundo se detenía.

Sus votos fueron un reflejo de lo que habían compartido: el dolor, la lucha, y finalmente, la victoria de haber encontrado el amor verdadero.

Henry los miraba con una mezcla de curiosidad y emoción, como si entendiera que este era el comienzo de lo más hermoso para su familia.

La recepción, celebrada en los jardines iluminados por guirnaldas de luces, fue una mezcla de sofisticación y calidez. Las mesas, decoradas con arreglos florales en tonos pastel y dorados, estaban rodeadas por algunos de los invitados más influyentes, pero también por los amigos más cercanos de Lila y Beau.

La banda en vivo tocaba una mezcla de clásicos románticos y ritmos animados, mientras los invitados disfrutaban de un banquete diseñado para reflejar la unión de sus mundos: platos tradicionales sureños con un toque contemporáneo.

Lila, parada cerca de la pista de baile, observaba a Henry jugar con otros niños. Su hijo estaba riendo, corriendo con una energía que le recordaba lo resiliente que era. Beau se acercó a ella por detrás, colocándole una mano en la cintura.

—Es feliz—dijo en voz baja.

Lila asintió, una sonrisa suave en sus labios.

—Lo es. Y yo también.

—Mmm—besó su cuello y la meció al compás de la música.

—Mira lo interesante de la fusión de nuestros mundos—dijo Beau, y ambos clavaron sus miradas en la interacción agitada entre Greta y Harrison.

Ella con las manos en sus caderas, ojos entrecerrados, él con su ceja levantada y leve gesto mordaz, intercambiaban palabras. Miradas intensas y desafiantes entre ambos.

—¿Qué crees que está pasando ahí?—preguntó Lila.

Beau soltó una risa baja.

—Harrison parece haber encontrado a alguien inmune a sus tonterías. Tu amiga es encantadora, pero muy, muy firme y no tolera zarandajas.

—Es por ello que fue un puntal tan enorme para mí y Henry.

Más tarde esa noche, después de que la fiesta había terminado y los invitados se retiraban, Beau y Lila se encontraron solos en un rincón tranquilo del jardín.

Henry ya dormía en una habitación cercana. El cielo estaba salpicado de estrellas, y la brisa del océano les acariciaba el rostro.

—Me sentí tan privilegiado. Mi familia conmigo, incluso la tía Lucille, aunque con la peor de sus ondas—Ambos rieron. La mujer no tenía otro modo que agrio—. ¿Fue lo que esperabas?—preguntó, rodeándola con sus brazos.

Lila se inclinó contra él, cerrando los ojos mientras se permitía saborear el momento.

—Hoy fue perfecto. Hace mucho que lo es, pero hoy fue el sueño de la princesa vuelto realidad—sentenció muy bajito—. Gracias, Beau. Por todo. Por hacer esto posible. Te amo tanto.

Beau la giró para mirarla a los ojos, su expresión suave pero intensa.

—Gracias a ti por confiar en mí, por dejarme ser parte de tu vida y la de Henry.

Lila se alzó de puntillas y lo besó, sus labios encontrándose en un gesto lleno de amor y promesas, sus ojos brillando con amor y gratitud.

—Esa apuesta fue lo mejor que nos pasó, al final.

—No se lo digas a Rhett. El idiota se cree la gran cosa. Ven, Lila, te quiero tener en tantas posiciones como pueda esta noche.

De la mano fueron hacia su dormitorio, y mientras las estrellas brillaban sobre ellos, Lila agradeció al universo el haberle puesto en el camino lo que siempre había deseado: amor, seguridad y un futuro lleno de posibilidades.

En los brazos de Beau era donde pertenecía.

**RECUERDA SUSCRIBIRTE PARA RECIBIR REGALITOS, INFORMACIÓN
DE LANZAMIENTOS Y NOVEDADES: subscribepage.io/Uu7Okf**

FIN

**¡MUCHAS GRACIAS POR LEER Y ACOMPAÑARME
EN ESTE CAMINO!**

RECUERDA QUE LA PRECUELA ESTÁ DISPONIBLE
GRATIS EN TODAS LAS PLATAFORMAS.



**EL RELATO DE AUGUSTA, UN EXTRA,
ESTARÁ LISTO PRONTO (Regalo para suscriptores)**

Toda la info de próximas novelas de la serie, y
otras que se vienen, en mi Newsletter.